
El Cuatricentenario del Inca Garcilaso de la Vega

Los centenarios representan para la crítica sólitas y fugaces fechas evocativas. Deben aspirar a concretar posiciones o proposiciones, significar oportunos ensayos, nuevos puntos de vista crítico-revalorativos o invitaciones en prosecución de conceptos más veraces o cordiales que vitalicen las imágenes estereotipadas que de la vida y obra de nuestros escritores dán los cerrados manuales o las críticas tradicionales. En el cumplimiento de los períodos seculares, debemos perseguir algo más que el mero alarde recordatorio, porque esas figuras nuestras exigen ya la apreciación adecuada, integral y lograda de su vida y obra, el alongamiento de éstas por encima del límite estrecho de fechas determinadas.

Garcilaso de la Vega Inca ha tenido así los atuendos que suscitaron voces críticas encordadas en torno a su figura señera, tan distanciada en el tiempo, pero perteneciente a la heredad de nuestros literatos intemporales.

La *Revista Histórica* dedica sus principales páginas en este número a la rememoración de los homenajes del cuarto centenario del Inca, que revistieron excepcional importancia tanto en la capital cuzqueña—sede legítima de los festejos— como en Lima, provincias y en el extranjero. La *Revista* contribuye a que se siga proyectando la atención sobre el Inca y

persistan los ecos de su fecha centenaria que ha constituido, en verdad, la primera valoración colectiva de la obra garcilasiana.

Desde un punto de vista estrictamente histórico y enjuiciando los trabajos publicados con ocasión del cuarto centenario de Garcilaso, encontramos que han sido escasos los datos nuevos sobre la vida y obra del Inca. Siempre en el plano histórico es preciso tener en consideración que será difícil el hallazgo de material inédito sobre Garcilaso de la Vega Inca. La *Revista Histórica*, desde sus primeros números, acopió el más valioso material histórico sobre el Inca. Se publicaron en sus páginas los estudios de José Toribio Polo, el ensayo básico de Riva-Agüero, la polémica González de la Rosa-Riva Agüero—decisivo aporte a la dilucidación histórico-crítica de la obra garcilasiana—El mismo González de la Rosa descubrió el testamento y codicilos del Inca, que recientemente ha vuelto a publicar José de la Torre y del Cerro. El Director de esta Revista, a su vez, escribió sobre los “preliminares de León Hebreo”, apoyando la tesis de Riva-Agüero y en oposición a González de la Rosa, quien sostenía el plagio de Garcilaso respecto a la traducción de los *Diálogos del Amor*. Por último, Cúneo Vidal publicó un artículo sobre la tumba del Inca en la catedral de Córdoba (1).

Siempre en el plano histórico debemos mencionar el aporte documental contenido en la obra de don Rafael Ramírez de

(1). — Cf. *Revista Histórica. Órgano del Instituto Histórico del Perú*. Tomo I. Trimestre II. Año 1906. — Tomo I Trimestre IV 1906. — Tomo II Trimestre I 1907. — Tomo II Trimestre II 1907. — Tomo II Trimestre IV 1907. — Tomo III Trimestre I 1908. — Tomo III Trimestre II 1908. — Tomo III Trimestre III 1908. — Tomo IV Entrega IV 1912. — Tomo VII Entrega II 1924.

Arellano (2) y sobre todo, la importantísima colección de documentos de José de la Torre y del Cerro (3) que contiene un riquísimo material inédito sobre Garcilaso. De la Torre precede su libro con un concienzudo prólogo basado casi exclusivamente en la nueva documentación hallada por él y que tiene por lo tanto el mérito—raro tratándose de nuestro Inca historiador—de apartarse de la clásica biografía de Garcilaso que desde la publicación del definitivo estudio de Riva-Agüero viene repitiendo—sin aportar nuevos datos—la gran mayoría de los críticos de la obra de Garcilaso. José de la Torre publica documentos que dan luces nuevas sobre aspectos de la vida de Garcilaso en Córdoba desde diciembre de 1591, es decir, durante los últimos veinticinco años de su vida, período el menos conocido. Tenemos así algunos en que aparecen vinculados los nombres de Garcilaso y Góngora, muchos que aclaran circunstancias relacionadas con la publicación de sus obras, otros que dan luces sobre la situación económica del mestizo en España, que, como se desprende de los citados documentos, distaba mucho de ser precaria. Inserta también el testamento, codicilos e inventario de los bienes del Inca—publicado este último también, aunque en forma parcial, por González de la Rosa—y su partida de defunción, que con el epitafio y el inventario de bienes suscita un conflicto para fijar la fecha de la muerte del Inca, la cual según De La Torre y del Cerro, tuvo lugar “en la noche del sábado al domingo”; esto es, del 23 al 24 de abril de 1616, aunque tradicionalmente se ha aceptado como fecha el 22 de dicho mes. En el cuatricentenario de Garcilaso, el único hallazgo histórico ha sido un

(2). — Ramírez de Arellano, Rafael: *Ensayo de un Catálogo biográfico de la provincia y diócesis de Córdoba con descripción de sus obras* Tomo II. Madrid, MCMXXIII, Artículo sobre *El Inca Garcilaso de la Vega*, págs. 118/125.

(3). — De la Torre y del Cerro, José: *El Inca Garcilaso de la Vega* (Nueva Documentación). Biblioteca de Historia Hispano-americana, Madrid, Imprenta de José Murillo, MCMXXXV.

fragmento del testamento del capitán Garcilaso de la Vega en favor de su hijo Gómez Suárez o sea nuestro Inca (4).

Desde el punto de vista literario, algunos de los trabajos publicados han significado una contribución al estudio de la obra garcilasiana. Agrupando estas notas aisladas o dispersas, pueden lograrse datos críticos de interés, pero es preciso reconocer que la mayoría de la producción del cuatricentenario de Garcilaso se resiente de una perezosa imitación de los estudios críticos ya tradicionales sobre el Inca. Urge, en verdad, un trabajo integral, documentado y crítico de todos los aspectos de la vida y obra de Garcilaso, su ubicación en el cuadro de los cronistas de la Conquista en un análisis crítico, una depuración comparativa de sus obras con las demás crónicas, tanto desde el punto de vista histórico como de su valor literario, indiscutible tanto para la tesis garcilasista como para la ya superada posición denigratoria a ultranza.

Los homenajes a Garcilaso se anticiparon a la fecha de su cuatricentenario, no sólo en el Perú sino también en las revistas y periódicos extranjeros. Así, el *Boletín Bibliográfico de Antropología Americana* publicó una nota sobre el acontecimiento a celebrarse, debido a la pluma del americanista Rafael Heliodoro Valle.

En la Conferencia Panamericana reunida en Lima en Diciembre de 1938, la delegación boliviana presentó la siguiente moción: "CONSIDERANDO: Que el 12 de abril de 1939 se cumple el IV Centenario del nacimiento del esclarecido es-

(4). — Ese documento es una cláusula testamentaria del Capitán Garcilaso de la Vega y fué publicado en la edición de "El Comercio" del Cuzco el 12 de abril de 1939 por el P. Domingo Fray Humberto E. Molano. La *Revista Universitaria* del Cuzco lo volvió a publicar, habiendo hecho la nueva versión el doctor J. Uriel García en colaboración del Notario doctor Juan Loayza, descubridor de esa pieza paleográfica y en cuyos archivos se encuentra el protocolo correspondiente.

critor Garcilaso de la Vega Chimpu Oello cuya pluma fecunda evocó la tradición incásica historiando al mismo tiempo el proceso inicial de las funciones coloniales en la América.

Que por tal concepto es deber de los pueblos americanos rendirle tributo de homenaje estabilizando su recordación en forma práctica y simbólica;

La Octava Conferencia Internacional Americana

ACUERDA:

Recomendar a los Gobiernos de América colaboren con el Gobierno de la República del Perú en la celebración del IV Centenario del nacimiento de Garcilaso de la Vega Chimpu Oello, procurando la mayor difusión de sus obras y la erección de un monumento en la capital del Cuzco, cuna del ilustre escritor americano". Esta moción fué aprobada por unanimidad. El Embajador de México en el Perú y delegado de su país ante la misma Conferencia, señor Moisés Sáenz, al adherirse al homenaje expresó que México no podía menos que admirar la mentalidad prócer del escritor cuzqueño que en la historia americana significaba quizás el más alto de los exponentes de la fusión de la cultura aborígen con la hispánica. La señora Coelho Lisboa de Miller, en nombre de la delegación del Brasil, pronunció breves palabras en homenaje al Inca "que supo sintetizar en un libro admirable, el pensamiento y el alma de su raza". El señor Prieto, en nombre del Paraguay, y los delegados de Honduras, Venezuela y Uruguay, pronunciaron frases de adhesión al homenaje. El delegado de Nicaragua, señor Ramírez Brown, recordó que Garcilaso Inca fué uno de los primeros escritores americanos que expresó en forma elevada el pensamiento americano y enseñó a las generaciones de América a comprender la verdad sobre la raza aborígen y la obra de los conquistadores. El señor Rivarola, de la delegación argentina, hizo el elogio de Garcilaso considerándolo el escritor e historiador superior del continente, teniendo en cuenta la época, las circunstancias y la forma en que escri-

bió su obra histórica, que puede tomarse como el decálogo de la verdadera historia del Perú y también de la América del Sur durante la Conquista y primeros años del Coloniaje. El delegado de Haití, señor Bellegarde, expresó que aunque pareciera extraño que un delegado de su país se pronunciara en la oportunidad del homenaje, lo hacía por tratarse de uno de los primeros historiadores americanos que era, por otra parte, como los nativos de su país, un mestizo. El señor Henríquez Ureña, presidente de la delegación de Santo Domingo, expresó que Garcilaso de la Vega es un timbre de honor y de orgullo para la América entera. El señor O'Hara, de los Estados Unidos, se adhirió a la moción manifestando que Garcilaso de la Vega es símbolo de la cultura y del pensamiento americanos durante la Colonia. Agregó que la obra del Inca es ampliamente apreciada en los Estados Unidos, país en el cual se le considera como un importante documento que aporta amplias y verídicas referencias respecto a las conquistas de los Incas y a la obra inicial de los Conquistadores. El doctor Juan Bautista de Lavalle de la delegación del Perú, agradeció la moción propuesta por Bolivia, agregando que cumplía también el encargo recibido del señor Presidente de la delegación del Ecuador de manifestar la adhesión de este país a la conmemoración de Garcilaso.

En el XXVII Congreso Internacional de Americanistas, en su sesión de Lima de setiembre de 1939, la Sección de Historia planteó apreciaciones considerativas sobre la vida y obra de Garcilaso y en la sesión plenaria se aprobó una moción de homenaje al Inca.

Oficialmente, los festejos del cuatricentenario se iniciaron con el siguiente decreto:

Lima, 22 de marzo de 1939.

Teniendo en consideración:

Que el 12 de abril próximo se cumple el Cuarto Centenario del nacimiento del Inca Garcilaso de la Vega;

Que la figura del gran historiador peruano ha adquirido relieve continental;

Que es deber del Estado exaltar la personalidad de los peruanos ilustres como vivo ejemplo de las virtudes y de los méritos que los elevaron en el aprecio de sus conocimientos;

Que en el caso particular del Inca Garcilaso debe rendirse justo homenaje de admiración a quien simboliza a la nacionalidad en su doble tradición incaica y española; y,

Vistas las sugerencias presentadas por la Comisión que preside el Excelentísimo señor Arzobispo de Lima, así como el informe del Director del Museo Nacional;

Se resuelve:

Artículo 1.º—Declarar el año en curso de 1939 como Año de la Conmemoración del Cuarto Centenario del Nacimiento del Inca Garcilaso de la Vega.

Artículo 2.º—El día doce de abril próximo será feriado en la ciudad del Cuzco, cuna del ilustre historiador.

Artículo 3.º—En todos los establecimientos de enseñanza de la República se ofrecerá, en esa fecha, conferencias escolares sobre la vida y la obra del Inca Garcilaso.

Artículo 4.º—Uno de los Centros escolares de la ciudad del Cuzco llevará el nombre del autor de los “Comentarios Reales”.

Artículo 5.º—El día doce de abril entrante será colocada la primera piedra del monumento que se erigirá en una de las plazas del Cuzco al Inca Garcilaso.

Artículo 6.º—Queda encargado el Ministerio de Educación Pública de la ejecución de lo ordenado en los artículos precedentes, así como del estudio y oportuna presentación de los siguientes puntos.

- a). Concurso artístico para la erección del monumento.
- b). Edición completa de las obras históricas y literarias del Inca Garcilaso.
- c). Edición de una antología escolar de los Comentarios Reales.

d). Concurso histórico sobre el valor y significación de la obra del Inca Garcilaso.

e). Expropiación de la casa en que vivió en el Cuzco, en la cual funcionará la Facultad de Letras de la Universidad y se establecerá un Museo y Archivo históricos.

Regístrese y comuníquese.

Rúbrica del Presidente de la República.

Montagne.

El Municipio y el Instituto Arqueológico del Cuzco patrocinaron las ceremonias de conmemoración del cuatricentenario de Garcilaso de la Vega Inca. El Instituto presentó una lista de sugerencias para solemnizar el acontecimiento y pidió, entre otras cosas, la reunión de un Comité Ejecutivo Central, la erección de un monumento y la repatriación de los restos del Inca a la catedral del Cuzco, la reunión del primer Congreso de Historia Nacional con sede en el Cuzco, la convocatoria de un concurso de monografías sobre la vida y obra del Inca, la reimpresión de los *Comentarios Reales* y la realización de un certamen de arte para obtener el mejor retrato de Garcilaso. El Comité Central Ejecutivo, formado por personalidades intelectuales cuzqueñas, y los subcomités nombrados a efecto, trabajaron desde agosto de 1938 en preparar la celebración del cuatricentenario. Se reunieron asambleas integradas por lo más representativo del departamento y se obtuvo la colaboración de los cuzqueños residentes en Lima para coadyuvar en los festejos. El programa de homenajes, confeccionado por el Municipio cuzqueño y demás instituciones, empezaba el día 9 de abril y duraba hasta el 23 del mismo mes, pero las actuaciones conmemorativas se extendieron más allá de estas fechas oficiales, tanto en los periódicos y revistas como en las instituciones y centros culturales. Principalmente el Centro "Inka Garcilaso", y el "Instituto Americano de Arte", realizaron actuaciones especiales y colaboraron eficiente

mente en los homenajes. El "Centro Inka Garcilaso" preparó un programa especial de actuaciones y el "Instituto Americano de Arte" realizó una sesión solemne, en la cual pronunciaron discursos el doctor José Gabriel Cosío y el Presidente del "Centro Inka Garcilaso", Alfredo Yépez Miranda.

Se adhirieron a los homenajes en el Cuzco, el Instituto Histórico del Perú, el Concejo de Arequipa, la Academia de la Lengua Española y la Universidad Católica del Perú, representadas por el doctor V. A. Belaúnde; el Instituto Santmartiniano de Lima, que acreditó al señor Ricardo Cavero Egúsqiza; la Universidad de Arequipa representada por su Rector, el señor doctor Carlos Gibson; la Universidad de San Marcos de Lima, por su Rector doctor Alfredo Solf y Muro y por el doctor Mariano Iberico Rodríguez, catedrático de la Facultad de Letras; y los diarios "El Comercio" y "La Prensa" de Lima. El Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, Sr. Dr. Luis López de Mesa, acreditó como delegado de esa nación al literato Sr. Mario Carbajal; y el Ecuador estuvo representado por el Excmo. Señor Ministro Dr. Gonzalo Zalumbide. La gran mayoría de las instituciones oficiales y particulares de Lima, así como muchas personas de figuración intelectual y política, se adhirieron con mensajes de homenajes. Los municipios e instituciones de los diversos departamentos y provincias del Perú mandaron también sus adhesiones, lo mismo que muchos centros oficiales y particulares extranjeros.

En la capital cuzqueña, fueron numerosísimos los festejos de índole musical, deportiva, militar, social; inauguraciones de centros, monumentos, avenidas, edificios; actuaciones en instituciones particulares, etc.

Entre los festejos oficiales, tenemos la velada organizada por el Municipio el día 11 de abril, acto que fué ofrecido por el Alcalde don David Chaparro, pronunciando a continuación una conferencia el jefe del Museo Arqueológico del Cuzco, señor doctor Luis A. Pardo. El 12 celebró sesión el Concejo, leyéndose los mensajes llevados por el doctor Víctor Andrés Belaúnde provenientes del Instituto Histórico del Perú, de la

Academia de la Lengua Española y del Concejo de Arequipa; y la credencial del doctor Mario Carbajal suscrita por el Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia. Ese mismo día, con ocasión de ponerse la primera piedra del monumento a Garcilaso, tuvo lugar una actuación en la cual hicieron uso de la palabra el Alcalde David Chaparro, Alfredo Yépez Miranda, el Prefecto del Departamento y el señor Ricardo Cavero Egúsquiza. Frente a la casa de Garcilaso se realizó una manifestación solemne, pronunciando una oración el doctor José Gabriel Cosío, Director del Colegio Nacional de Ciencias. Número oficial del programa fué, asimismo, la misa pontifical celebrada en la Basílica, terminada la cual el presbítero doctor Maximiliano Rendón hizo el elogio del Inca. El Rotary Club del Cuzco, como los restantes similares del Perú, participó en los festejos, celebrando una sesión extraordinaria, en la cual hicieron uso de la palabra, entre otros socios, el Presidente del Club, Ing. Oswaldo Ráez Patiño y los doctores Maldonado, Cosío, Gibson, Iberico Rodríguez y Uriel García. El Rotary Club propuso gestionar la compilación e impresión de toda la labor literaria de Garcilaso. El 12 de abril tuvo lugar la solemne sesión inaugural del Congreso de Rectores—postergada a tal fecha para que coincidiera con el cuatricentenario de Garcilaso—. En ella pronunció el discurso de orden el Rector de la Universidad del Cuzco, doctor Oscar Saldívar; y a continuación, el doctor Alfredo Solf y Muro, Rector de la Universidad Mayor de San Marcos, hizo el elogio del Inca, presentando una moción suscrita además por los Rectores de Trujillo y Arequipa, la cual fué aprobada por unanimidad. La moción estuvo concebida en los siguientes términos: “LA CUARTA JUNTA DE RECTORES DE LAS UNIVERSIDADES OFICIALES, al inaugurar sus funciones en este día de magna celebridad nacional, emite un voto de férvida adhesión patriótica a la glorificación del gran cuzqueño Garcilaso de la Vega, y asimismo formula un voto de simpatía y de amor al pueblo del Cuzco”.

En el Colegio Internacional, que tiene su sede en el histórico convento de Santo Domingo, antes el General o Templo

de la Luna, se celebró una importante actuación de carácter continental ofrecida por el R. P. Maestro de Estudios y Provincial de la Orden Fr. F. Vásquez, en la cual dictó una conferencia sobre el retrato de Garcilaso el Padre Morales, haciendo también uso de la palabra el doctor Víctor Andrés Belaúnde. El día 14 se efectuó la gran recepción que la Comuna había organizado en honor de los huéspedes ilustres que participaron en las fiestas jubilares. Ofreció la manifestación el Alcalde e hicieron uso de la palabra los doctores Gonzalo Zaldumbide, Carlos Gibson, Solf y Muro, Iberico Rodríguez y el Prefecto del Departamento.

El día 16 de abril se verificó la clausura del Congreso de Rectores con la sesión solemne en el Paraninfo de la Universidad. En ella, el Secretario del Congreso dió lectura a un mensaje enviado por la Universidad de San Marcos a la del Cuzco, con ocasión de las fiestas centenarias. El doctor Iberico Rodríguez pronunció un discurso sobre la personalidad de Garcilaso y el doctor Zaldumbide hizo, asimismo, el elogio del Inca. Hicieron también uso de la palabra los Rectores de las Universidades del Cuzco y Arequipa, y el doctor Uriel García, por encargo de la Universidad del Cuzco, leyó el discurso de orden en homenaje a Garcilaso.

Los homenajes en honor de Garcilaso continuaron durante todo el mes de abril y el Día del Idioma se dedicó en especial al Inca, hablando en esta ocasión, en el Colegio Nacional de Ciencias, el doctor Cosío.

Los periódicos cuzqueños colaboraron en forma altamente eficiente a la celebración del cuatricentenario de Garcilaso. "El Sol" desde el 10 de abril, y en casi todos sus números, dedica especial atención a la celebración del centenario. "El Comercio", desde principios de abril, inauguró una Sección, a cargo de José Gabriel Cosío, en la que el autor acota diversas cuestiones sobre el Inca y su centenario. Ambos diarios lanzaron una edición especial el 12 de abril.

Las principales revistas del Cuzco dedicaron números especiales en homenaje a Garcilaso entre ellas el Boletín Muni-

cipal, Revista Universitaria y la Revista de Filosofía y Derecho. También dieron curso al homenaje, abriendo sus páginas a la exégesis de Garcilaso, la "Revista del Instituto Arqueológico del Cusco", "Alma Quechua", "Revista del Derecho", órgano del Colegio de Abogados.

Los centros culturales e instituciones tanto oficiales como particulares de Lima, rindieron su homenaje al Inca. La Universidad Mayor de San Marcos celebró en el Salón de Actos de la Facultad de Letras una solemne actuación el 12 de abril, presidida por el Vice-Rector doctor Pedro M. Oliveira y por el Decano de la Facultad de Letras doctor Horacio H. Urteaga. Concurrieron miembros de dicha Universidad, del Instituto Sanmartiniano, del Instituto Histórico del Perú, de la Academia de la Lengua, de la Academia de Ciencias de Lima, de la Sociedad Geográfica, del Ateneo y de los altos círculos diplomáticos. El doctor Pedro M. Oliveira inició la actuación a Garcilaso con un discurso; y luego, el Secretario de la Facultad de Letras dió lectura al Acta de la sesión del Consejo Universitario en que se acordó el homenaje al Inca. El doctor Luis E. Valcárcel pronunció el discurso de orden a nombre de la Facultad de Letras. La ceremonia finalizó con la colocación del retrato de Garcilaso en la sala *Perú* de la Biblioteca Central de la Universidad.

Siguiendo las disposiciones de la Octava Conferencia Distrital de Clubs Rotarios de Lima, el Rotary Club de la capital, así como todos los demás de la República, participaron en los homenajes a Garcilaso. El de Lima se reunió en sesión especial bajo la presidencia del doctor Horacio H. Urteaga, quien pronunció un discurso de ofrecimiento; a continuación del cual el doctor Leonidas Madueño hizo el elogio de la obra literaria del Inca.

La Radio Nacional retransmitió los homenajes. Dedicó también audiciones especiales al Cuzco, en la que hicieron uso de la palabra el Arzobispo de Lima y el doctor Urteaga.

El Círculo Militar del Perú ofreció una conferencia pronunciada por el Teniente Coronel Tomás F. Azpileueta. En la Asociación de Jóvenes Cristianos se realizó una actuación especial, disertando el Excmo. Señor Moisés Sáenz, Embajador de México en el Perú, y el doctor Manuel Beltroy. En la Penitenciaría se efectuó una ceremonia de homenaje en la Biblioteca que lleva el nombre del Inca, corriendo los discursos a cargo del Director General de Prisiones y del Director de la Escuela de la Penitenciaría. Con motivo de la inauguración de las Bibliotecas Populares "Inca Garcilaso", se rindió homenaje al historiador, interviniendo en él las autoridades del Ministerio de Educación Pública. Muchos centros culturales e instituciones, como las Sociedades Unidas, el Centro Cultural Cuzco y todos los colegios de la capital, rindieron homenajes especiales al Inca Garcilaso. La Comisión Central del Día del Idioma, acordó, además, que todas las actuaciones de esa fecha se dedicaran a Garcilaso de la Vega.

Los periódicos de la capital lanzaron ediciones especiales o publicaron artículos conmemorativos. Se destacó la edición de "El Comercio" de 9 de abril de 1939, que incluyó en su páginas importantes artículos y reprodujo las críticas clásicas sobre el Inca, así como también una bibliografía de sus obras.

Casi todas las revistas limeñas participaron con artículos, especiales en la celebración de la fecha. Mencionamos "La Revista Rotaria" "3", "Mercurio Peruano", "La Revista Policial del Perú", "La Revista de la Universidad Católica del Perú", "el Boletín Bibliográfico de San Marcos", "La Revista del Museo Nacional", "El Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima", "Turismo", "Letras", "Expresión".

Aparte de los festejos del Cuzco y Lima, en todo el resto del Perú se realizaron numerosas actuaciones conmemorativas,

y en todas las escuelas y colegios se dictaron conferencias alusivas al acto. Los Concejos Municipales y las Instituciones enviaron sus mensajes al Cuzco o dedicaron ceremonias al Inca. En Arequipa fueron muchas las actuaciones de carácter cultural, destacándose la ofrecida por la Universidad del Gran Padre San Agustín. En esta ceremonia disertaron los catedráticos doctores Vladimiro Bermejo y Pedro Arenas y Aranda sobre Garcilaso literato e historiador, respectivamente. La Universidad de Trujillo ofreció también una actuación solemne.

La revista "Huamanga", órgano del Centro Cultural Ayacucho, dedicó un número especial al recuento de las múltiples actuaciones realizadas en Ayacucho. La revista "Tierra" de Ambo, destinó también su edición de abril a idéntico homenaje.

Los clubs rotarios, Concejos Provinciales y Distritales, y los Colegios de Abogados de la República, participaron en forma destacada en la celebración de la fecha.

En el extranjero, han sido muchos los festejos y homenajes a Garcilaso. Mencionaremos en especial a Lisboa, ciudad en que tuvo lugar un acto especial de rememoración. El día 12 de abril se celebró en la Biblioteca Nacional de Lisboa una solemne actuación académica, inaugurándose una exposición de las obras del historiador peruano. Ocupaban sitios de honor, junto al doctor Julio Dantas, que presidió la ceremonia, El Cónsul del Perú, Alberto Ureta, los profesores Leite Pinto, Secretario General del Instituto de Alta Cultura, Antonio Ferrao y Alvaro Vicente Leao, Director Interino de la Biblioteca; los Ministros de Estados Unidos, México, Cuba y Colombia; representantes de las embajadas y consulados de Argentina, España, Brasil y demás Repúblicas sudamericanas, y profesores universitarios. Julio Dantas, en representación del Ministro de Educación del Portugal, pronunció un discurso

recordando la valiosa obra de Garcilaso, al cual calificó de humanista e historiador notable y el primero de los grandes historiadores hispanoamericanos. Habló asimismo del origen y ascendencia del Inca y a continuación se refirió en particular a los *Comentarios Reales* y a la *Florida*, editados en Lisboa; y a los Diálogos del Amor, impresos en Madrid, diciendo que fué el Inca el primer escritor americano que imprimió sus obras en Europa. Revivió también la estadía del Inca en Lisboa bajo la protección del Duque de Braganza, terminando con un cálido elogio de nuestro historiador. El cónsul peruano Alberto Ureta agradeció el homenaje elogiando a Portugal, declarando que Garcilaso de la Vega jamás había negado su deuda a esa nación, que había dedicado su libro *La Florida* al Duque de Braganza, y exaltado en sus obras el genio lusitano. (5)

Muchas e importantes revistas del extranjero participaron en el homenaje a Garcilaso. Podemos así citar el "Boletín de la Unión Panamericana" y el "Boletim da Uniao Panamericana" que reprodujeron páginas del estudio de Riva-Agüero; "La Revista de las Indias" de Colombia; "Nosotros" de Buenos Aires; "El Boletín Bibliográfico de Antropología Americana" de México; "Universidad de la Habana "Atenea", de la Universidad de Concepción; "Revista Nacional de Cultura", Caracas; "Boletín de la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares" de la Argentina; "La lettura del médico" de Milán; "Anales de la Sociedad de Geografía e Historia" de Guatemala.

(5). — La Biblioteca Nacional de Lisboa publicará, o tal vez ha publicado ya, un "Catálogo de las Obras del Inca Garcilaso" que contendrá los discursos del Inspector de Bibliotecas señor Julio Dantas y del Cónsul Peruano doctor Alberto Ureta.

Dados los numerosos artículos publicados con ocasión del cuatricentenario del Inca Garcilaso de la Vega, resulta imposible reproducirlos en su totalidad en esta Revista. Por consiguiente, nos vemos obligados a publicar—**basándonos en diversos criterios**—algunos de ellos. Además la Revista Histórica cumple con advertir que se ha limitado a reproducir los artículos manteniendo una rigurosa fidelidad a los textos publicados en las Revistas y periódicos que en cada caso se mencionan.

**CONFERENCIAS Y DISCURSOS
PRONUNCIADOS
EN LAS DIVERSAS ACTUACIONES PUBLICAS
REALIZADAS EN HOMENAJE AL
INCA GARCILASO DE LA VEGA
CONMEMORANDO EL IV CENTENARIO
DE SU NACIMIENTO**

1539 — 12 DE ABRIL — 1939

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR JOSE
GABRIEL COSIO EN LA REUNION ROTARIA
INTERCITADINA REALIZADA EN EL CUZCO**

Señores:

Como Delegado del Club del Cuzco ante la undécima conferencia distrital de los Rotary Club del Perú, reunida en febrero último en Lima, y por encargo especial de mis comitentes, presenté la siguiente ponencia, que fué aprobada en sesión solemne y pública de manera preferente y unánime:

“Los Clubs de los distritos 36 y 37 rendirán un homenaje a la memoria del Historiador Garcilaso Inca de la Vega con motivo de conmemorarse próximamente el cuarto centenario de su nacimiento.”

Y es en cumplimiento de este acuerdo, y en esta solemne conferencia intercitadina con que los Rotarios del Cuzco recordamos a tan ilustre símbolo de la raza y la nacionalidad, que me hallo ante vosotros para cumplir, de manera pálida, pobre y desmedrada, el encargo de mis consocios que me han hecho la deferencia de señalarme para este difícil cometido. No creo tener para ello más merecimientos que el acendrado amor, la admiración profunda y cordial que siento por el ilustre cuzqueño, el más grande de cuantos han nacido en esta tierra de leyenda e historia, uno de los más ilustres que ha producido el Perú a través de los tiempos y el más destacado

historiador clásico de cuantos habiendo nacido en tierra americana han escrito sus anales, sus tormentos y sus glorias en lengua española. Mi garcilacismo, que no es de hoy, sino de antaño, desde que aprendí a amar los blasones intelectuales que ilustran nuestra Patria y nuestro Continente, y desde que supe recorrer en las calles de nuestra vetusta ciudad, en los campos soleados de sus cercanías, marcados con los imborrables jalones de nuestra raza, en sus monumentos que desafían el paso de las edades, sigue la gloriosa ruta que Garcilaso rememora y describe con orgullo, con piedad unciosa, con melancolía de peregrino y con la dulce blandura del poeta.

Sólo con este título creo haber merecido la deferencia de mis amigos rotarios y sólo con este título solicito la indulgencia de vosotros para decir un breve elogio del héroe que es centro, motivo y causa de esta y otras solemnidades, con que su tierra natal lo recuerda y festeja.

Exaltar la figura y remozar el recuerdo de los hombres que en el tiempo y el espacio ensancharon el plano del progreso humano, que acendraron su espiritualidad y abrieron nuevos luminosos horizontes al bienestar y la grandeza de los pueblos, cabe dentro del programa Rotario. Ha sido, es y debe seguir siéndolo uno de los más cordiales y dilectos empeños de nuestra institución.

Una de estas figuras es la del historiador y cronista cuzqueño, que no sólo es timbre de honor para su tierra nativa, para la patria y el Continente, sino para los pueblos y naciones de habla española, que a través de tres siglos abrevan su sed de conocimiento del pasado americano en las admirables páginas de La Florida del Inca y Los Comentarios Reales, libros que hoy son tan raros y tan requeridos por los estudiosos y por quienes sienten el dulce reclamo de la inquietud espiritual.

Fruto de la feliz conjunción de dos razas, igualmente ilustres, la de los claros y brávos castellanos, que escribieron la inverosímil epopeya de la Conquista y el Coloniaje, y la de

los fastuosos, señoriales y sabios Incas; la de los dominadores y los dominados, de los que vinieron con Pizarro y Hernando de Soto y de los que acabaron su realeza con Huáscar y Atahualpa, el Cronista Garcilaso de la Vega Henestrosa y Vargas, Gómez Suárez de Figueroa y Sotomayor, nació, un día como hoy, hace cuatrocientos años, como una flor entre las grietas de una inmensa roca batida por la tempestad. El fiero castellano. El fiero castellano que atesoraba virtudes varoniles selectas y cuyo abolengo entroncaba con el legendario Garcí Pérez de Vargas, terror de los moros, el Capitán Garcilaso de la Vega, entró en el Cuzco con la expedición de Alonso de Alvarado y prisionero de Almagro, después de la batalla de Abancay, en 1537, apenas disipado el fragor del levantamiento del Inca Manco, que tanto dió que hacer a los españoles en el sitio de Lima y el Cuzco, a cuya defensa acudió el Capitán extremeño desde Buenaventura, donde a la sazón se encontraba, venido con Pedro de Alvarado de Guatemala y Méjico. El inquieto Conquistador conoció, entre sus andanzas guerreras, a la Palla Isabel de Chimpu Ocello, sobrina legítima por vía materna de Huaina Kccápacc y nieta directa de Thúpacc Inca Yupanqui. Fué Isabel para Garcilaso de la Vega, el Conquistador, como dice Riva Agüero en su famoso e insuperable elogio, que es una síntesis acabada de alta crítica y de galano y bronceo análisis, una de tantas tímidas gacelas que solazaron las horas inquietas de los bravos castellanos. La buena Palla, que mimaba al hijo mestizo, con la ternura suave y honda con que las de su raza solían cuidar de sus retoños, vivía en el Palacio del Conquistador, que no llegó a hacerla su esposa, pero que asistía en el hogar a los numerosos invitados que pululaban por sus salas, como una inteligente ama de casa y padeció tormentos, persecuciones, sitios y hambre en las horas rojas de la revolución de Gonzalo Pizarro y Hernández Girón, junto al hijo tierno y desamparado. Abandonada, a los quince o dieciseis años de vida común, por el Capitán que contrajo nupcias, a más de los 50

años, con una dama española de resonante apellido sufrió en el silencio su humillación y, en la tristeza, el olvido del blanco que le robó la calma de sus horas de juventud, no sin que esta tragedia lacerase el espíritu del joven mestizo que frisaba en los 16 años, y que se embebía, tomándolos a sorbos, de los recuerdos y enseñanzas de la grandeza de sus antepasados maternos, cuya poesía y nostalgia había de cantar más tarde desde España.

El mestizo Garcilaso, nacido en una casa solariega del Cuzco, que ya la conocemos harto, junto a la alegre plaza, y desde cuyo corredorcillo, como lo recuerda en sus Comentarios, solía contemplar el mercado pintoresco de los indios, el kecatu incaico, extendido a sus pies y en lontananza hacia el sur, por el camino de Ceollasuyu, la punta nevada del Vilcanota o Ausangate; que con otros mestizos, como él, traviosos y juguetones, hacía sus escapadas de la casa paterna para recorrer los campos de Quipaipán, donde su primo Huáscar fué hecho prisionero y afrentado por los generales de Atahualpa; que besó en Ceolcampata, el palacio sagrado de sus mayores, las manos de su tío Sairi Thúpacc, cuando salido éste de Vilcabamba, por capitulación con el Virrey Marqués de Cañete, iba a retirarse a su Marquesado de Oropeza, en las risueñas vegas de Yucai; que hizo sus primeros estudios de latín y gramática, aunque muy irregularmente, según sus propios recuerdos con el buen Canónigo Cuéllar; que pasó días de tragedia, de horror y espanto, cuando su casa era saqueada por los parciales de Gonzalo Pizarro, cañoneada por Hernando Bachicao desde el atrio de la Catedral y casi totalmente destruída y arrasada, como había sido la orden de los enemigos de su padre, que fugó a Lima, perseguido por Carbajal, y que huérfano ya de padre y sin los bienes de fortuna, demasiado mermados, resolvió marcharse a España, con el corazón lleno de esperanzas, pero transido de dolor porque sabía que no volvería más hacia la tierra que le fué tan querida, Garcilaso de la Vega, como digo en aquestos enfadosos incisos,

empapó su alma de adolescente en la visión física y moral de su pueblo y las provincias próximas, como Charcas y Apurímac, donde el padre tuvo cuantiosos repartimientos, lugares que, después de cuarenta años iba a pintar con tal maestría, delectación y encanto, con tal candor y evocadora exactitud, que Menéndez Pelayo, con su irrefutable autoridad crítica, dice que en *Los Comentarios Reales* palpita hondamente el alma de la raza vencida, y que ese libro es el más profundamente americano que en tiempo alguno se haya escrito. Con que blanda emoción añora sus días y sus horas de infancia, con que maravillosa retina vió esos paisajes que relumbran de verdad y vigor en sus deliciosas páginas descriptivas. En ellas la feliz y vieja stirpe intelectual y literaria de los Lasso de la Vega, se exalta, se encumbra y se depura con luminosos toques de originalidad y grandeza cautivadora. La suavidad de las pastorelas del Marqués de Santillana en su vaquera de la Finojosa; la melancolía adormecedora y crepuscular de Jorge Manrique en sus Coplas únicas y la levedad y gracia cautivadoras del ínclito cantor de la Eglogas, Garcilaso de la Vega, que como su lejano pariente el mestizo, blandía unas veces la espada y otras la pluma, se sienten, en consuno artístico y en maravillosa síntesis plasmadora en las páginas de nuestro Cronista Historiador.

En España, a la vuelta de muchas promesas no obtiene lo que desea ni aquellas recompensas y reivindicaciones que le habían obligado a salir del Cuzco. Sus parientes o lo desconocen o lo tratan con indiferencia, salvo su tío el Marqués de Priego. Lope García de Castro, informado de las guerras civiles en el Perú, por la lectura de *El Palentino*, lo descubre ante la Corte como a hijo de un traidor, indigno de merecer recompensas, con flagrante injusticia, pues el Conquistador Garcilaso, ofreció a Gonzalo Pizarro su caballo Salinillas, para que fugara, después de la batalla y no en medio de combate, y es casi sabido que dicha cabalgadura era ya de propiedad del que se valió de él para su fuga. Como Cervan-

tes, con quien tiene tan íntimo y significativo parecido, busca fortuna en las armas; pelea bajo las banderas del Rey en Granada, en Flandes y seguramente en Italia. Es uno de los héroes de las gueras de Granada que arrancaron las bellas páginas de Hurtado de Mendoza y de Ginés Pérez de Hita y es Capitán del Rey antes de cumplir los treinta años, cosa rara en aquellos tiempos, con despachos otorgados personalmente por Felipe Segundo, los dos primeros, y por Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, los últimos. Igual que el inmortal Manco deja las armas y se refugia en la quietud del estudio y las letras. Pasa por Andalucía, Sevilla, la encantadora y otras ciudades y fija su residencia en Córdoba, la muelle y morisca ciudad de la Mezquita, donde desengañado, aunque no vencido, abraza la carrera eclesiástica, aunque sin haber obtenido las órdenes mayores, y da a la posteridad, desde su retiro sus famosas obras históricas y su traducción de León Hebreo, del Toscano al Castellano, y también, como se supone, por lo que él mismo dice, al quechua, versión que ha desaparecido o no ha llegado hasta nosotros. En Diálogos de Amor da bella muestra de su petrarquismo y de sus aficiones por el pensamiento neoplatónico, en traducción que en limpidez de estilo, hondura de conceptos y gracia del lenguaje, es la mejor de cuantas traducciones se han hecho de la obra en español y que supera al descuidado original italiano en quilates artísticos. En la Florida del Inca, un bello poema en prosa, canta a Hernando de Soto y sus conquistas en las regiones del Norte de América y como Ercilla en La Araucana, según lo hace notar Ventura García Calderón, pinta la brava y truculenta naturaleza del Nuevo Mundo. Son Los Comentarios Reales su obra por excelencia; la de toda su vida; la flor más preciada de su jardín interior. En ella afloran sus recuerdos de infancia y juventud; las consejas y leyendas de sus tíos Huallpa Thúpacc, Cusi Huallpa, de Pechuta y Chauca Rimachi, capitanes de guardia de Huaina Kccápacc; las solemnes ritualidades de la Citua y el Raimi; la imagen de los campos

que recorrió de niño; el ruido del AILLI en las horas del sembrío, cuando el Inca araba personalmente en el andén de Ccolecampata, y las horas horriblemente trágicas de Salinas, Chupas y Huarina. Cómo le vienen a la memoria el llanto y las íntimas congojas de sus viejos tíos, “cuando de las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes; lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república. Y con la memoria del bien perdido, siempre acababan en lágrimas y llanto, diciendo trocésenos el reinar en vasallaje”. Así—dice el más acertado crítico de Garcilaso—en este cuadro de desamparo y solemne melancolía; en la desolación patética y sublime de un crepúsculo misterioso, se depositaban en el alma del historiador las secretas tradiciones de su abatida patria”.

Esta magna obra casi siempre copiada hasta con solapada malicia por los historiadores de profesión, después de haber sorteado durante algún tiempo la detracción de muchos y el olvido de algunos, vuelve hoy, ha vuelto desde principios de este siglo a readquirir su fama y su autoridad del siglo XVIII, y su reivindicación ha sido semejante a la que orientalistas y críticos modernos hicieron de la desmembrada autoridad del gran Heródoto. Los hallazgos arqueológicos de los últimos tiempos, el análisis sereno y la crítica sensata, han visto en Los Comentarios Reales, dentro de sus naturales equivocaciones y las explicables lagunas, la fuente más poderosa y más fecunda para el conocimiento y la explicación de las conquistas, sucesión y organización del Imperio de los Incas, y como páginas de evocación y de resurrección del pasado alcanza sus mayores quilates y ostenta los mayores timbres de verdad y de dilatadas perspectivas históricas.

La vida de nuestro Historiador se consume tranquila y suavemente en la penumbra de la ancianidad y en su retiro de Córdoba, como una lámpara votiva que iluminara el mágico retablo de un templo misterioso que fuera la antesala de la eternidad. El 22 de abril de 1616, un día antes que Cervan-

tes y unos pocos más que Shakespeare, cierra los ojos de la vida. Una llama se apagaba en Córdoba y otra agonizaba en Madrid. Tal vez desconocidos entre sí, porque la desgracia no los juntó en su ruta, como la gloria los unió en la inmortalidad, Garcilaso y Cervantes, los dos insignes clásicos de habla española, acababan para el mundo. En la capilla de las Animas de la histórica ciudad, al calor de un hermoso epitafio que los libros divulgan, y bajo la custodia de los blasones de sus padres, el del Capitán Garcilaso y el de los Incas, sus abuelos, con el Sol, la Luna, el arco iris, el llauta y las sierpes en azul, duermen para siempre los despojos de aquel que escribió el bello poema de su Raza, comparable al drama Ollantai por encerrar dentro de sus páginas el espíritu bravo y atribulado de un pueblo y de una civilización. Ambas obras son las únicas que guardan "ecos de una -sumergida tradición que no han podido vivir luego sino subterránea e inconscientemente; ahogados suspiros del irreparable secreto olvidado, últimos y tenues remolinos sobre las aguas de un insondable naufragio".

He dicho.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR ALBERTO
DELGADO EN EL DESFILE ESCOLAR DEL DIA 12
DE ABRIL EN EL CUZCO**

Jóvenes estudiantes:

Es común a pueblos e individuos suspender por breves instantes el agitado ritmo del vivir inmediato para entregarse en actitud meditativa a la saludable tarea de reconstruir el pasado.

De tal actitud, de la reflexión serena y la discriminación valorativa de lo ya realizado derivan para el individuo los más fuertes estímulos y los cimientos básicos de su personalidad. Ser persona que es algo más que ser meramente humano implica una conciencia vigilante que mantenga la cohesión orgánica entre la conducta actual y sus más remotas motivaciones. Igualmente, en el orden colectivo, la sistemada y serena meditación sobre el pasado, es la fuente fecunda inspiradora de la acción futura de los pueblos. A esta reflexión, como acertadamente se ha dicho, que "actualiza el pasado colectivo" llamamos historia. Y la historia es para los pueblos el sustentáculo de esa superior coherencia que se traduce en el ethos colectivo, en el espíritu nacional, en la cultura propia. Por esto, nosotros, jóvenes estudiantes, nos hemos congregado en el pórtico de esta casa solariega para llenar esta exigencia de meditación que reclaman las glorias y desventuras de nuestro pueblo, los fastos y nefastos de nuestra raza. Y lo hacemos precisamente hoy que se cumple el Cuarto Centenario del Nacimiento de Garcilaso Inca de la Vega, para poner el fervor del minuto meditativo bajo la sombra espiritual del gran mestizo que es la encarnación viva de nuestra nacionalidad, por la doble herencia de sangre que corrió por sus venas y el espíritu que animó su obra. Bien está que esta meditación histórica la presida el espíritu de Garcilaso que es la historia encarnada y la historia escrita de nuestro pueblo.

Corrían los años del segundo del cuarto del siglo XVI. A fines de 1533 un puñado de bravos aventureros españoles capitaneados por el genial y audaz Francisco Pizarro llega hasta las puertas de esta imperial ciudad del Cuzco, después de haber teñido en sangre sus victoriosos pendones en Cajamarca. La ciudad reposa bajo el oro de un frío y opaco sol de noviembre y destaca en la amplitud del valle la hierática magnificencia de sus templos y palacios. Un silencio de muerte se congela en esta histórica plaza de Cusipata, muerde el

granito de las construcciones, se expande por las colinas próximas y va a morir, allá lejos, en los recodos más ocultos de la quebrada y en los picos nevados de la cordillera. El Cuzco, la ciudad sagrada, capital política y religiosa de un Imperio es hollado por la planta del conquistador y en la profundidad de ese silencio solo rezuenan el metálico repique de los arreos militares y las férreas herraduras de los caballos de batalla. La ciudad ha sido conquistada. Se completa la obra que inició el sueño profético de un visionario, Cristóbal Colón, y llevó a cabo la audacia e intrepidez de una raza igualmente admirable por la excelencia de sus virtudes y la grandeza de sus pasiones. A la pacífica ocupación suceden luego el saqueo de los tesoros almacenados por un pueblo industrial y la demolición de templos y palacios. Una desenfrenada orgía desborda los instintos primarios de la especie y pone sus notas de dolor de sangre y exterminio. En el tapete de la historia se juega el destino de un pueblo y ruedan los dados cavilosos para entregar a los azares de la fortuna al dios tutelar de una raza. El silencio se hace aún más profundo, el estupor sella los labios tras un corto y estrangulado grito de protesta, y en la mudez, que vienen prolongando los siglos hay un vivo reclamo de palabras nuevas.

¿Quién ha de responder a esta exigencia vital que clama por un nuevo repertorio, por una nueva fe, por un nuevo dios, desde el espíritu estrangulado de una raza? Porque la conquista significó eso para la raza aborígen: la esclavitud espiritual que sepultó en las profundidades subconscientes sus modos habituales de expresión: su arte, su literatura, su ciencia, sus formas políticas, su fe religiosa. Aún no hemos dado respuesta al inquietante problema de recrear el espíritu de esa raza que es la nuestra, al problema capital de nuestra nacionalidad, al clamoroso problema indígena. Y precisa advertir que este problema indígena no es simplemente el de incorporar a la civilización los dispersos habitantes de nuestras serranías. Es además el problema de saturar de espíritu, de

crear regulados impulsos de voluntad, para canalizar los bruscos estallidos psíquicos del mestizo. Vale decir: un solo problema se agita en el subconsciente de cuantos llevamos en las venas la sangre de los vencidos en Cajamarca y de los que enmudecieron de estupor ante el paso de las falanges conquistadoras, en los tétricos días de la Conquista.

Sorprenderá de pronto el que esta divagación parezca ajena a los motivos que nos han congregado. Y es que, jóvenes estudiantes, si es cierto que no hemos dado respuesta definitivo al clamor de nuestra raza, no faltan en el ejemplario de nuestra historia, espíritus superiores, que sintieron en su propia carne el disloque psíquico; y nos han legado los signos iniciales con que se escribirán en el futuro las nuevas palabras que nos rediman del silencio. El más grande, entre todos ellos, el que inicia la cruzada redentora, es este egregio mestizo que se llamó Garcilaso Inka de la Vega.

No he de fatigar vuestra atención con una dilatada biografía del Inka historiador, porque sólo precisa señalar algunos breves rasgos para destacar su figura, como la mas gallarda del panteón de nuestros inmortales.

En ese ambiente de Epopeya de los primeros años de la Conquista nació Garcilaso Inka de la Vega. Es el fruto de los amores de un orgulloso conquistador de noble prosapia castellana y de una bella ñusta de sangre imperial: el capitán extremeño Garcilaso de la Vega e Isabel Chimpu Ocllo descendiente de Túpac Yupanqui. Se trata, pues, de un depurado tipo humano, fruto de la conjunción de dos aristocracias en la plena vigencia de su poderío. De la aristocracia que forjó un imperio y de esa otra que acababa de dorar sus blasones en la guerra titánica de la Reconquista. Recibe por herencia todo el peso de dos tradiciones raciales que él supo armonizar en una síntesis superior. Cómo no reconocer al indígena en el rapazuelo vivaz que recorría los campos vecinos, capitán de una cuerda de traviesos palomillas. Cómo no ver un auténtico español en el fornido mocetón, experto jinete, hábil en los juegos de caña. Su sangre castellana le lleva a com

petir ventajosamente en los torneos caballerescos que se realizan en esta plaza de Cusipata entre los hijos de los Conquistadores. La misma sangre que más tarde le llevara a sentar plaza de soldado en los tercios españoles y vagar por el mundo con igual sentido aventurero que su progenitor. Y luego es español, típicamente español, de un españolismo que recuerda las figuras más saltantes del ejemplario peninsular eso de despojarse a mitad de la aventura los arreos militares para vestir un modesto hábito talar. Es el gesto de don Quijote ya curado de locura; es también el gesto de Felipe II que se refugia en un monasterio después de pasear los pendones de Castilla por la mitad de Europa y es el gesto del soldado Ignacio de Loyola. Pero es indígena, profundamente indígena la reconstrucción con que el niño escucha en el hogar materno los relatos de la grandeza pretérita de su raza. Es quechua ese regocijarse melancólicamente con las glorias pasadas, ese tornar los ojos y ese sentir el peso de la tradición en el espíritu. Es quechua esa nostalgia por el hogar lejano que se traduce en los "Comentarios Reales". Garcilaso sólo pudo escribir su obra maestra a los sesenta años, cuando el torcedor de la ausencia lejana había sido acallado por la resignación que depara la vejez y los consuelos que proporciona una profunda piedad religiosa. Si los "Comentarios Reales" se hubiesen escrito antes, la pluma de Garcilaso nos habría legado una llorosa elegía, trasunto de un estado de espíritu, enfermo de nostalgia y no el documento en que se contienen las noticias más valiosas sobre nuestro pasado precolumbino y que hacen de los Comentarios Reales, uno de los más valiosos monumentos de la literatura histórica escrita en lengua castellana. Urge esta aclaración para robustecer la sagaz crítica con que el Dr. La Riva Agüero refuta una acusación de plagio formulada contra el Inka historiador, y uno de cuyos capitales argumentos se refiere a la edad en que Garcilaso escribió los Comentarios. Garcilaso Inka, defiende con fiero orgullo castellano los títulos nobiliarios que derivan de su estirpe materna. Dispone en su testamento la inscripción

de una lápida que destaca su apelativo indígena y se graban en la verja de la capilla en que reposan sus restos los emblemas de la nobleza imperial junto a los blasones de los Vargas y Suárez de Figueroa.

La calidad de la actitud es castellana por sus formas e indígena por su contenido. Es la del español que no admite reparos sobre la calidad de sus títulos y pone todo su ímpetu caballeresco en defenderlos. Y esto, cuando ya en España y en América, había surgido ese estado de espíritu que se traduce en el menosprecio de la nobleza peninsular por la nobleza criolla y mestiza. También es indígena ese sutil sentido paisajista que desbordan las páginas de los Comentarios. Sus descripciones de lugares y monumentos, hechas en una severa prosa castellana, maravillan por su exactitud y su colorido. Esta calidad literaria es propia del mestizo cuzqueño, de Cuzco, tierra pródiga en pintores y dibujantes, en artistas del pincel y del lápiz. Y por último él, es quechua esa "indole amable y generosa" que quedó patente en todos los hechos de su vida y todos los ragos de su pluma" a que se refiere el más autorizado crítico de Garcilaso, Dr. José de la Riva Agüero. "Indole amable y generosa" que está muy lejos de la arrogante prestancia con que derrocha el español su bondad generosa por el mundo. Hombre reconcentrado, de pocas palabras, grave de continente, debió ser Garcilaso. Sus modos y maneras distaban mucho de ser aquellas que han acreditado esa jocunda fanfarronería española. La fanfarronería del peninsular que entregó a España el botín de un Continente. No sabemos si alimentó su espíritu esa pasión típicamente española por los juegos de azar, pero si sabemos que le ganó la partida a Mancio Sierra de Leguizamo, reconquista para su raza al dios tutelar que se eclipsó en la noche de la Conquista. Garcilaso es, señores, la más pura gloria de la raza. De esta que viene forjando el destino de América con el orgullo de su doble prosapia española e indígena. En tanto no surja en el escenario de América-hispana, el profeta redentor de las

razas aborígenes, habremos de considerar a Garcilaso Inka de la Vega, como el precursor del único movimiento ideológico realmente americano. De ese movimiento ideológico que postula una síntesis cultural superior que disuelva las contradicciones que dislocan nuestra vida psíquica individual y colectiva.

Jóvenes estudiantes, en el patio solariego de esta casa, un niño mestizo sembró la simiente de la nueva fé que hará la grandeza de nuestro pueblo. Inclinémonos reverentes ante su recuerdo.

**DISCURSO LEIDO POR EL DR. MARIANO IBERICO
RODRIGUEZ EN EL ACTO DE SER NOMBRADO
DR. HONORIS CAUSA EN LA FACULTAD DE
FILOSOFIA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD
DEL CUZCO**

Señor Rector,

Señores:

Traigo la palabra de la Universidad de Lima, que se asocia al Cuzco y a su Universidad en la glorificación del Inca Garcilaso de la Vega. Y al hacerlo, se juntan en mi espíritu un vivo sentimiento de peruanidad que se exalta ante la evocación de una figura de tan alto y trascendente sentido y la profunda emoción personal de quien alimentó el sueño constante de venir al Cuzco a respirar su poesía de siglos y a tributar a su pasado grandioso, su homenaje de admiración y reverencia.

No es una superstición creer en la existencia de lugares sagrados, de sitios elegidos por el destino para irradiar la misteriosa influencia del alma. Existen esos lugares privilegiados llenos de vida contagiosa, focos de mágica irradiación, y el Cuzco es uno de ellos. Por arcano designio fué aquí donde

hubo de formarse el Imperio de los Incas, de donde partió su impulso de civilización y hacia donde ascendían la reverencia y la gratitud de los súbditos. Así el Cuzco no fué un mero punto geográfico sino el centro vital del Imperio, centro luminoso y atractivo, como el sol en el cosmos. Y como la vida del espíritu impregna la materia, y como en todo lo que una vez ha vivido queda siempre una vida, resulta que el Cuzco realiza para nosotros los peruanos, el milagro de conservar no sólo el espíritu sino el cuerpo de un pasado glorioso y de ser al mismo tiempo un símbolo ideal y una como pétreo materialización de nuestra historia.

Así como el espacio no es un simple concepto geométrico sino el cuerpo vivo de la naturaleza, así como el tiempo no es tampoco el simple transcurrir de las cosas sino el alma y el sentido del espacio, y de esta suerte, en el Cuzco, cuerpo y sentido de la peruanidad, podemos encontrar a la vez, que la expresión más completa y palpable, las categorías más elevadas y las direcciones más trascendentales y distantes de nuestro destino nacional.

Porque el Cuzco no sólo es el pasado incaico. En su escenario, digno de las tragedias más sublimes, se consumó el drama de la conquista y sobre sus ruinas milenarias se levantaron los monumentos de otras civilizaciones. De tal manera esta ciudad es como una geología de la historia peruana en que cada estrato guarda el secreto de una edad, y en que al superponerse unas a otras estas capas de tiempo, convertidas en piedra, forman como una escala indefinida, propuesta a la admiración y al esfuerzo ascensional del Perú.

Y he aquí, como en esta ciudad, donde por decirlo así se cristalizan y yuxtaponen y al propio tiempo se sintetizan y aun todos los aspectos y etapas de la historia peruana, nació Garcilaso de la Vega en cuya sangre y en cuyo espíritu se juntan las mejores esencias de dos grandes civilizaciones y que así en su extensión y en su armonía es como la expresión paradigmática de la realidad anímica del Perú,

Garcilaso, es desde luego, una forma de sensibilidad y de imaginación. Está lleno de reverencia por el pasado glorioso de su ascendencia indígena, de comprensión y de amor por los valores religiosos, morales y estéticos de la civilización española. Y es principalmente un espíritu poético, lleno de esa poesía que es comparable a la irradiación ultravioleta del alma de las cosas, o mejor al nimbo de misterio y de magia que rodea los objetos de la contemplación o del recuerdo y que sustrayéndolos a la inmediata realidad en que yacen, los incorpora en una como nueva y más profunda dimensión de lo real.

Es un contenido, no tanto de historia que es tiempo, movilidad, proceso; cuanto de tradición que es eternidad y profundidad, que no es la trascripción de lo leído, sino la transmisión de lo oído en una atmósfera de emocionada rememoración, en que el pasado a la vez que se conserva, florece y en que al propio tiempo que se difunde y expande se configura y condensa.

Recogiendo de labios de sus antepasados la versión de los sucesos antiguos y extrayendo merced a su contacto con la población indígena y a su natural conocimiento del quechua lo que quedaba de más significativo y viviente de la civilización incaica, Garcilaso construyó, para proponerla a la admiración universal, lo que podríamos llamar la forma ideal del Imperio. Forma esencialmente estética y platónica, en el sentido de que es arquetípica y perfecta y frente a cuya radiante majestad pierden toda importancia, así las confirmaciones como las rectificaciones de la historia. Porque esa forma la creó Garcilaso gracias a la intuición genial de la esencia obtenida en las fuentes vivas de la tradición y no por el mero conocimiento externo de elementos abstractos y dispersos.

Así por su capacidad de configuración y creación, Garcilaso es un poeta y más exactamente es el poeta del alma incaica en toda la rica variedad de sus posibilidades, puesto que el admirable escritor no sólo describió con emoción y relieve los grandes aspectos de la vida social, política y religiosa de la cultura

imperial, sino que supo captar en su más íntima vibración, en su más espontánea frescura, la poesía encantada y anónima del alma popular. Y además porque sintió la magia del paisaje, la resonancia mística de esa callada música del cosmos, que especialmente en nuestra sierra adquiere una tan grandiosa y misteriosa solemnidad.

La actividad literaria de Garcilaso no se limitó a la descripción e interpretación de la realidad peruana pre-hispánica. También describió las luchas entre los conquistadores de que fué testigo presencial en el Perú y sus hazañas de aventureros audaces poseídos por la fiebre del oro, movidos por la ambición, pero llenos al propio tiempo de pasión heroica y de impulso de grandeza y de gloria. Seres extraordinarios sin duda, cuyo ímpetu de dominación y de codicia se transfigura y redime por la sin par abundancia de energía y de vida que pusieron en el logro de sus singulares empresas.

No se concretó tampoco esta actividad de interpretación y creación al ámbito del Perú y de la América. Como expresión de su interés por las cuestiones universales del espíritu, tradujo Garcilaso los diálogos sobre el amor del neoplatónico *León el Hebreo*. Con ello se completa la figura de Garcilaso en cuanto representante de la inquietud intelectual del Perú que no se encierra en los problemas locales sino que se levanta a las esferas más intemporales y abstractas de la especulación, de la contemplación y de la ciencia. Y con ello, además, Garcilaso nos dá en cierto modo la clave de su sensibilidad filosófica y poética, sensibilidad impregnada de amor por las esencias ideales, y cuya manifestación más evidente fueron aquellas páginas en que Garcilaso evocaba y al mismo tiempo iluminaba con la luz de una inspiración superior al tiempo, el pasado imperial del Perú.

En síntesis, la obra entera de Garcilaso, nos invita a buscar la forma esencial de nuestra cultura y de nuestro pueblo. Y es el propio Garcilaso, quien en su pensamiento de alcance trascendente parece mostrarnos al par que la dirección de nuestro

esfuerzo, la significación de su ciudad natal, el Cuzco en la vida espiritual del Perú.

Garcilaso decía que el Cuzco era la Roma del Perú. Y en efecto el Cuzco no es sólo una ciudad, ni tan sólo un recuerdo; es una posibilidad del alma peruana, un ideal. No en vano "CCOSCCO" es el centro; no en vano en su recinto se juntan y conviven todas nuestras configuraciones culturales. No en vano en la silenciosa majestad de sus viejas piedras superpuestas, palpitan todo el drama y toda la grandeza de nuestra historia. Por eso yo creo, y al decirlo recojo además, el pensamiento de la Universidad de Lima, que bajo el prestigio de su nombre secular, *Cuzco*, el centro, debemos poner los peruanos el programa de la integración nacional, el programa de una labor que construya el país como un gran monumento, no para la nostalgia, sino para la admiración y la ascensión.

Y así el Cuzco se nos ofrece como el símbolo magnífico de la ciudad espiritual que todos debemos levantar sobre las nobles piedras que hundiera el pueblo de los Incas en la tierra maternal del Perú.

En este sentido me permito hacer una invocación a la juventud en cuya alma se contiene estos dos extremos polares y a la vez complementarios de toda vida creadora: el espíritu de veneración y de respeto por los valores del pasado y el impulso forjador del porvenir.

Cada nueva generación es una nueva flor de la vieja savia. En consecuencia, toda juventud tiene estas dos misiones primera, florecer, prodigarse en dones de alegría, de generosidad y de entusiasmo; segunda, prolongar, perfeccionar y si es necesario, rectificar la obra de los viejos pero siempre dentro de un espíritu de continuidad, de comprensión y de amor.

Y en fin, yo que soy de Cajamarca, del lejano norte, vengo al Cuzco como en un peregrinaje. Me halaga recordar y reclamar el privilegio místico que los antiguos peruanos cedían al caminante que venía al Cuzco, por el simple hecho de venir, de llegar. E imitando a los cargadores indíge

nas que cuando atravesaban los pasos más altos de los Andes, deponían su carga y ofrendaban una piedra a las apachetas sagradas de las cumbres, yo quiero, en esta hora de mi carrera y de mi vida añadir la piedra modesta pero viva de mi fervor nacionalista, de mi emoción patriótica al monumento invisible de la peruanidad.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL VICERECTOR DE LA
UNIVERSIDAD MAYOR DE SAN MARCOS SEÑOR
DOCTOR DON PEDRO M. OLIVEIRA EN LA
CEREMONIA DE HOMENAJE HABIDA EN LA FACULTAD
DE LETRAS DE LA U. M. S. M. EL DIA 12 DE
ABRIL**

“Señores:

El 12 de abril de 1539, o sea, hace cuatro siglos, nació en la ciudad del Cuzco el célebre Inca Garcilaso de la Vega.

Para conmemorar este acontecimiento, el Consejo Universitario resolvió, oportunamente, celebrar en la Facultad de Letras un acto literario, colocar el retrato del renombrado escritor en la Sala Perú de la Biblioteca de la Universidad y premiar el mejor estudio que se publique sobre él antes de un año. El primero de dichos acuerdos se cumple hoy mediante esta actuación, organizada por la Facultad de Letras y realizada con la presencia de ilustres diplomáticos americanos y de dignos representantes de varias Instituciones Académicas nacionales. Me cabe el honor de presidir este homenaje por ausencia del Rector y merced a la invitación que recibí ayer de mi distinguido colega, el Decano Dr. Urteaga.

Garcilaso de la Vega es uno de los varones ilustres de América.

Como literato, no sólo es un escritor de fuste, sino el prosista máximo que produjo la Colonia en tres siglos. A juicio de Menéndez y Pelayo, Garcilaso y Alarcón, el dramaturgo, son los dos verdaderos clásicos españoles nacidos en el Nuevo Mundo.

Ningún historiador tuvo “mas larga y clara noticia” que Garcilaso de las cosas del antiguo Perú; ninguno estuvo más capacitado que él para comprenderlas y descubrir su verdadero espíritu. No cabe duda que sus Comentarios Reales son la mejor fuente literaria para estudiar la historia del incanato. De ahí que esa obra sea, como anota Markahm, la más citada de todas las que se han escrito sobre la materia.

Pero Garcilaso, y éste es el único punto sobre el cual quiero llamar la atención de nuestros estudiantes, además de historiador de nota y de literato egregio, fué un patriota de verdad que nos dió todo su espíritu sin exigir recompensa alguna. Empezó la traducción de los Diálogos del Amor de León Hebreo, el primer libro de autor peruano que se imprimió en Europa, con el deseo de dar con ello ejemplo a los del Perú donde nació, según lo asevera en su dedicatoria a Felipe II. “Forzado del amor natural de la patria”—estas son palabras suyas—compuso su obra capital, los Comentarios Reales, que ofrece el cuadro más completo que se ha escrito de la civilización incáica. En esa obra se vanagloria de ser “un indio”, nacido entre los indios, criado entre armas y caballos”. Se enorgullece, asimismo, de ser natural de la ciudad del Cuzco. “El Cuzco en su imperio, dice, fué otra Roma en el suyo; y así se puede cotejar la una con la otra, porque se asemejan en las cosas más generosas que tuvieron. La primera y principal, en haber sido fundadas por sus primeros reyes. La segunda, en las muchas y diversas naciones que conquistaron y sujetaron a su imperio. La tercera, en las leyes tantas y tan buenas y bonísimas, que ordenaron para el gobierno de sus repúblicas. La cuarta, en los varones, tantos y tan excelentes, que engendraron, y con su buena doctrina urbana y militar criaron”. Tan avasalladoramente predominó

en Garcilaso el amor a su tierra y a su sangre materna, dice un ilustre historiador nacional, que cuando escribe sobre la conquista del Perú se le escapan voces de protesta. Por eso, el Consejo de Indias, terminada la insurrección de Túpac Amaru, prohibió la lectura de los Comentarios Reales en el Virreinato, porque “aprendían en ellos los naturales muchas cosas inconvenientes que removían y excitaban la conciencia de la nacionalidad”. Garcilaso es, pues, sobre todo, un símbolo del Perú nuevo que comenzó a formarse a raíz de la Conquista mediante la fusión de vencedores y vencidos. Hijo de un conquistador de claro linaje y de una nieta de Túpac Yupanqui, demostró, con su obra, la aptitud del mestizo para elevarse a la cima de la vida intelectual y para continuar las tradiciones de la raza indígena y de la raza hispana en el mundo del pensamiento y en el de la acción. Este es el fundamento granítico de la inmortalidad que Garcilaso ha alcanzado. Por eso su gloria, como la gloria de Bolívar, según la frase inspirada de Choquehuanca, “erecerá a través de los siglos, como crece la sombra cuando el sol declina”.

**CONFERENCIA LEIDA EN LA GRAN VELADA DE GALA
REALIZADA EN EL TEATRO MUNICIPAL DEL
CUZCO, EN HOMENAJE AL INCA GARCILASO
DE LA VEGA, EN EL IV CENTENARIO DE
SU NACIMIENTO, POR EL DR. LUIS A. PARDO**

Señores:

Grande honor es para mí el haber sido designado por el Consejo Provincial del Cercado del Cuzco, que tan dignamente preside el prestigioso juriconsulto y decano de la Facultad de Derecho de nuestra Universidad, doctor don David Chaparro, para hacer la apología del eminente historiador

peruano Garcilaso Inca de la Vega, cuyo cuarto centenario de su nacimiento se conmemorará el día de mañana.

Y, al cumplir tal mandato, lo hago con la mayor satisfacción, guiado por un alto ideal cuzqueño y sobre todo por el más acendrado nacionalismo, que ve en la excelsa figura de Garcilaso, al más grande de los comentaristas y al más insigne reivindicador de nuestras pretéritas glorias, ante el concepto de los hombres del Occidente, quienes antes de la difusión de los Comentarios Reales, nos tuvieron como a hijos de la más pavorosa barbarie, justo, es pues, recordar y glorificar tan egregia personalidad en recompensa de su inconmensurable labor peruanista, tanto en el campo de la Crítica Histórica y en el de las ciencias que le son afines.

Señores: Al tratar de la radiante personalidad de Garcilaso de la Vega vamos a estudiarla en los tres aspectos siguientes:

Primero. ¿Quién es Garcilaso de la Vega?

Segundo. ¿Cuáles son las obras de Garcilaso de la Vega?

Tercero. ¿Qué valor tienen las obras de Garcilaso en el campo de la Historia y la Literatura del Perú?

Consecuente con el plan trazado vamos a exponer la vida de nuestro historiador, comenzando por una breve indicación de sus antecesores.

Ante todo interésanos conocer quiénes fueron sus abuelos por la rama paterna, su biógrafo más afamado, el historiador don José de la Riva Agüero, dice: el Capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, el padre del autor de los Comentarios Reales, era natural de Extremadura, de la ciudad de Badajoz, nacido probablemente en 1500, que a su vez fué hijo de Alonso de Henestrosa de Vargas, señor de Valdesevilla y ascendiente de los posteriores marqueses de este nombre y al mismo tiempo nieto de Alonso de Vargas, el señor de Sierrabrava. Asimismo, pertenecía por la línea masculina a la de Garcí Pérez de Vargas, uno de los más connotados oficiales del Rey San

Fernando, en aquellas épocas homéricas de la reconquista de la unidad española. Entre sus abuelos figuraban el Conde don Gómez Figueroa de la Casa Ducal de Feria. El historiador don José de la Riva Agüero, manifiesta que en esta época era costumbre que el apellido paterno se reservara para los primeros hijos o sean para los mayorazgos y que los últimos adoptaban los otros apellidos de la ascendencia, especialmente los maternos con el primordial fin de mantener los enlaces consanguíneos. Siguiendo este ejemplo, Don Garcé que era el tío abuelo del padre de nuestro gran historiador, dejó para los dos primos hermanos el apellido de Vargas y adoptó el de Lasso de la Vega, que le tocaba por la línea materna o sea por doña Blanca de Sotomayor y Suárez de Figueroa.

Alonso de Vargas y Figueroa, de genio resuelto y levantisco optó por la carrera de las armas, por eso se fué a militar en Italia, Flandes y Alemania. Los otros dos hermanos don Juan de Vargas y Garcilaso de la Vega, de sangre noble pero de alma aventurera, se dirigieron rumbo a América, llegando a México. Más tarde, don Pedro de Alvarado en compañía de Gómez Tordoya de Vargas y don Gómez de Luna arribaron al Perú, más o menos en los precisos momentos de la rebelión del Inca Manco. Como el Capitán Garcilaso de la Vega, era un espíritu inquieto y aventurero, emprendió la tarea de recorrer el país desde Buena Ventura, Puerto Viejo y seguidamente llegó a Lima y al Cuzco, en compañía de Gonzalo Pizarro, en esta época a Sebastián Garcilaso de la Vega, se le concedió un extenso repartimiento en Tapacari. Mientras tanto el Cuzco, la gran Capital Incaica, la Kaaba milenaria era el centro de su base de operaciones y en los cortos espacios de tiempo que le restaba, en medio del tráfigo de su vida trashumante, se quedaba en esta ciudad, llegando a conocer a una hermosa princesa indígena llamada doña Isabel Chimpo Ocello, nieta del Emperador Túpac Yupanqui y sobrina carnal del Monarca Huayna Ccápac, pues, fué hija del tercer hermano de este último o sea de Huallpa

Túpae Yupanqui, de manera que la Phalla doña Isabel, pertenecía a la casa real del Perú, a lo más encumbrado de la nobleza incaica reinante y que de casarse sólo podía haberlo hecho con algún príncipe de la dinastía reinante. Ella sería ante los ojos del famélico conquistador, alta y bien compartida, de ojos fascinadores, nariz larga, casi aguileña, pómulos levantados, sonrosadas mejillas, labios carnosos y sensuales, pechos ebúrneos, el busto aplomo, las caderas anchas, músculos repletos, abultadas pantorrillas, así sería la hermosa figura de aquella doncella de noble estirpe, que cautivó el corazón de tan bravo Capitán, que vino a América a conquistar honores y glorias para el Rey y el pendón de Castilla.

Fruto de estos amores nació el doce de abril de 1539, el genial mestizo Inca Garcilaso de la Vega que por otro nombre solía llamarse Gómez Suárez de Figueroa, nombre o apellido que también llevaba su tatarabuelo. Hasta el presente, a pesar de la muy diligente labor desplegada por los más encumbrados autores no se ha podido saber su verdadero nombre de pila, su partida de nacimiento asentada tal vez en la Matriz o cualquier otra Iglesia del Cuzco, no se ha hallado. Además, tuvo nuestro celebrado escritor una hermana menor llamada Leonor de la Vega, así se lee en un testamento del Capitán Garcilaso de la Vega, otorgado ante el Notario Público don Gregorio de Buitrero, fechado en 3 de marzo de 1569 y que ahora corre a cargo del Notario doctor don Juan J. Laiza, quien me ha mostrado dicho documento histórico y que consta de dos hojas y media, en papel llamado San Lorenzo, de aquella época, su lectura es muy dificultosa por los perfiles y rasgos de los caracteres confusos. En este mismo instrumento público puntualiza el Capitán Garcilaso que nuestro historiador era su hijo natural y a fin de que reciba una sólida instrucción le dejaba 4,000 pesos oro.

Por otra parte, los ascendientes de la Phalla Chimpo Ocello, y por consiguiente ella misma, hallábanse en situación económica angustiosa porque las persecuciones y exterminio decretado por Atahuallpa, les tenía completamente

arruinada, agregándose a esto el desconcierto que les causó la conquista española; en esta situación llegó a ser la concubina del capitán español Sebastián Garcilaso de la Vega.

La casa solariega donde nació el iustre cronista.—Está situada precisamente, en la actual esquina que forman las calles de Coca hoy Garcilaso y la de Heladeros, es decir, hállase al Sud-este de la plaza del Cabildo, la antigua Cusipata, en este sitio está la ancha casona que prestó albergue a la familia de Garcilaso, es un relicario que ahora yace como entregado a un sueño de siglos, que nos atrae con la mágica expresión de su aire pétreo, cual si se tratara de contarnos los graves secretos de la eternidad, por ahí ha pasado la vida española, en plena época romancesca, de las costumbres feudales y monásticas hasta las albores de nuestra época libertaria. Casa de Garcilaso, casa de recuerdos, lumbre de vida eterna, casa hidalga, libro eterno del que cada página es un capítulo de la historia, bajo la égida de la Cruz y la espada.

Dícese que la puerta del ingreso de este viejo solar, en un comienzo daba a la calle de Heladeros, encima de la cual destacábase un pequeño corredorcillo, largo y angosto; fué en su época lugar de cita de señores rumbosos e hidalgos, vecinos, era el sitio desde donde se solía contemplar alegres fiestas de sortijas, bravísimas lidias y juegos de cañas, que en Cusipata se realizaban. El mencionado balcón puede observarse en el cuadro que representa el terremoto de 1650 y que se conserva en la sacristía del templo de la Matriz de esta ciudad.

Sobre la autenticidad de la casa que habitara el ilustre mestizo no cabe duda alguna, en la actualidad, en su gran portada se exhibe la placa conmemorativa que, con motivo del tercer centenario de su muerte se colocó.

En este lugar de leyenda e historia, de cosas altas y graves que el pensamiento puede concebir la princesa Chimpu Ocello, la concubina del Capitán Garcilaso de la Vega, hacía los honores y prodigaba de atenciones a todos los bravos con-

quistadores, amigos del Capitán, para quienes se tendía mesa larga y repleta, en este período regalado y feliz la Phalla Isabel, recibía la visita de sus parientes y amigos y en medio de la charla amical y de honda camaradería al adolescente Garcilaso, al futuro historiador referíanle, "todas las fábulas, los hechos heroicos, los resultados de todas aquellas famosas expediciones que los antepasados hicieron, de la gerarquía de los dioses, de sus milagros, de la fauna, de la flora, de las hierbas medicinales y venenosas. Sobre todo estaba vivo el tío abuelo de nuestro buen Garcilaso, el anciano Cusi Huallpa, testigo presencial de todas las hazañas del gran Monarca Huaina Cápace, cuyos hechos le relató con lujo de detalles, que bien por este aspecto se puede considerar a Cusi Huallpa como el primer tradicionista peruano". (De la introducción a la antología de Garcilaso, por Pereira).

Las frecuentes ausencias y las no menos peligrosas intervenciones de don Sebastián Garcilaso, en los negocios de la naciente Colonia obligaron a los familiares del inmortal historiador a colocarle bajo el amparo y protección de su fidelísimo ayo Juan de Alcobaza, quien con afecto paternal supo guiar los pasos de nuestro famoso Inca, gloria de las letras nacionales.

En esta época de la juventud de Garcilaso, el Cuzco grávido y solemne, ya famoso en los anales de la historia, y de la fábula, reliquia venerable de un pasado sin dual, no había cambiado casi nada de su peculiar aspecto, seguía vibrando el espíritu de la raza máter, se conservaban invívitadas todas las costumbres de nuestros antepasados.

Acontecimientos inesperados sorprendieron la tranquilidad de nuestro Garcilaso, estalló la tremenda lucha entre el Virrey Blasco Núñez de Vela y el impetuoso Gonzalo Pizarro, como la causa de éste iba camino de la desgracia, el Capitán Garcilaso se dirigió a Lima con el propósito de ponerse a las órdenes de Blasco Núñez de Vela, sabedor de esta defección Gonzalo Pizarro, ordenó el saqueo de todas las casas de los traidores, se ensañaron contra la residencia de Garcilaso, no de-

jaron ni una estaca, la oportuna intervención de poderosos vecinos impidió que el fuego consumiera la casa, en esta situación angustiosa para colmo de males la Phalla Isabel era perseguida juntamente que sus dos hijos naturales, se salvaron de la represalia sangrienta en los sótanos de la misma casa que habitaba, por otra parte el oficial Bachicao hizo colocar su artillería, sobre el atrio de la Catedral contra la casa de Garcilaso, durando el sitio más de 8 meses, habiendo escaseado completamente los víveres, al no ser la oportuna ayuda de los parientes de Isabel Chimpu Ocello, el hambre habría acabado con ellos (J. de la R. Agüero).

La situación álgida de Garcilaso seguía el ritmo de los acontecimientos, su predilecto ayo optó por sacarle a la casa vecina de Juan de Escobar a tomar alimentos y volverlo también todas las tardes. Esta vida azarosa necesariamente tuvo que impresionar el alma de Garcilaso, quizá hasta formarle su carácter taciturno, medroso y tímido y lleno de sobresaltos, especialmente, por la presencia en la vecindad de don Alonso de Toro, hombre de carácter diabólico que asediaba igualmente a la familia del Capitán. Esta situación intranquila obligó a doña Isabel Chimpu Ocello y a su hijo a que se dirigieran a una encomienda distante 30 leguas de la ciudad, en esos precisos momentos D. Diego Centeno recuperó el Cuzco, para la causa del Rey, entonces Garcilaso, vuelve a esta ciudad creyendo en la estabilidad del régimen legal, pero a poco tiempo nuevamente Centeno es derrotado y otra vez los partidarios de Gonzalo Pizarro ocupan el Cuzco, mientras tanto el Capitán Garcilaso entabla nuevas relaciones de amistad haciéndose como se cree su adepto, así fueron a la batalla de Huarina, el Inca Garcilaso de la Vega, fué en hombros de sus familiares a recibirlo hasta lo que es ahora la Provincia de Quispicanchi.

Como la autoridad del Rey iba en desmedro se presentó por estas tierras el sabio pacificador don Pedro de la Gasca, quien con sólo su breviarío ganó la batalla de Jaquijahuana, hecho del desbande, el primero que se pasa, a las filas de la

Gasca, fué el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega, Gasca en recompensa de este hecho visitó su casa situada en la esquina de Heladeros, desde cuyos balcones contempló las diversiones de que se hicieron gala por tan sonado triunfo de las huestes del entonces Rey Emperador Carlos V.

Viajes de Garcilaso de la Vega.—Al fin vinieron los días ansiados de la paz y el orden, después del terrible ejemplo de la exhibición de los cadáveres de los sublevados, el joven Garcilaso, comenzó por instruirse, habiendo concurrido a las aulas de cinco maestros de latinidad y por último se hizo discípulo formal del Canónigo Juan de Cuéllar, natural de Medina del Campo (España).

El joven Garcilaso con sus amigos y parientes en este período comienza por recorrer los antiguos barrios incaicos, admirando su factura increíble, visitando la Fortaleza del Sacsaihuamán, penetrando a sus recónditos misteriosos; haciendo al mismo tiempo relatos fidedignos sobre tan importante monumento arqueológico y que últimamente hemos podido constatar a raíz de haberse hecho la correspondiente limpieza, con ocasión del Cuarto Centenario de la Fundación Española del Cuzco.

Con frecuencia, en esta época se dirigía al paradisíaco valle de Yucai, complaciéndose su alma en el recorrer del Vilcanota, como quien ve el resbalar del tiempo, con el vago deseo del infinito, preparando al mismo tiempo su corazón al amor por los espacios mudos, a los paisajes sosegados y silenciosos, recorría los campos de su delectación comiendo la dulce fruta, al abrigo del estival clima. Su entrañable amor por los caminos, por los cerros esmeraldinos, por las fuentes y los paisajes lo llevaron a visitar el extenso repartimiento de Ceoillurqui o sea todo lo que ahora comprende la antigua provincia de Cotabamba o Grau, del Departamento de Apurímac.

El joven Garcilaso, espíritu inquieto y escudriñador no sólo se contentó con haber conocido las heredades paternas sino que viajó también por toda la zona del Collao y aun pa-

rece que estuvo en Charcas, Cotagaita, la Cordillera de Poreo y se cree con fundamento que vivió por una temporada más o menos larga en Cochabamba y Potosí admirando las riquezas de este sector territorial. Estos viajes fueron la fuente principalísima de sus copiosos conocimientos geográficos y de los que tanto lujo hace en sus Comentarios Reales.

El Capitán Garcilaso de la Vega y su hijo desarrollaron también una activa vida social dentro de ese ambiente monacal del Cuzco de la colonia, de este modo entraron en amistad con hombres de alta estirpe, entre esos cuéntanse a don Francisco de Almendras, padrino de bautizo del Inca Garcilaso, don Diego de Silva, su padrino de confirmación, rico encomendero, cuya casa solariega se halla en la actual plazoleta de Silvacce, don Pedro Luis de Cabrera y el Capitán Gonzalo de Silvestre, estos caballeros de alta alcurnia despertaron en el ánimo de nuestro genial mestizo sus instintos patrióticos, religiosos y guerreros; sus ideas ardientes de autoridad y de tradición, los ensueños de su casta nobiliaria.

Disposiciones legales emanadas de la autoridad del rey de España, puntualizaban que el concubinato debería ser proscrito en las nuevas tierras pertenecientes a la Corona y a fin de que la moralidad no sufriera quebrantos y a manera de incrementar la naciente raza blanca, el monarca español obligó a los conquistadores a contraer nupcias, atendiendo a estas disposiciones el Capitán Garcilaso de la Vega, resolvió probablemente, mal de su agrado, celebrar matrimonio con doña Luisa Martel, hija de Gonzalo Martel y nuestro ilustre cronista fué obligado a abandonar el cálido hogar de la madre, de esa su amantísima madre que le dió el ser. Esta nueva forma de vivir de su padre fué la ocasión propicia para que nuestro celebrado historiador compulsara el valor de la raza aborigen a la que él pertenecía, inclinado por ese innato amor hacía constantes recuerdos en medio de su soledad ya sea en sus conversaciones o públicamente en sus Comentarios Reales, el amor materno tan intensamente cultivado por Garcilaso de la Vega, constituía una fuerza irresistible que le obligaba a

visitarla con frecuencia desde el hogar de su padre, estas visitas fueron la causa ocasional para que captara aun más todas las noticias acerca de la organización del Imperio de los Incas.

Garcilaso de la Vega dice: "Me dieron larga noticia de sus leyes y gobierno cotejando el de los españoles con el de los incas. Decíanme como procedían sus reyes en paz y en guerra, de qué manera trataban a sus vasallos y cómo eran servidos por ellos. Además, me contaban todas sus idolatrías, sus ritos, ceremonias y sacrificios, sus fiestas y cómo las celebraban, decíanme sus abusos y supersticiones, sus agüeros buenos y malos. En suma, digo que me dieron noticia de todo lo que tuvieron en su república, que si entonces lo escribiera fuera más copiosa esta historia". El Inca Cusi Huallpa, fué el más solícito informante de nuestro cronista, él fué quien le refirió la mística leyenda de la aparición de Manco Ccápace y de su mujer Mama Ocello, de su gran misión civilizadora y sobre todo de la fundación del Cuzco, todos los que con Cusi Huallpa relataban todos los hechos trascendentales de la vida incaica, se lamentaban de la destrucción de esa sin par república por obra de los conquistadores, ese ambiente de desolación y tristeza hizo saborear al ilustre historiador todas las ternuras de la edad pasada, lloraban a sus reyes muertos enajenado su imperio y acabada su república y con la memoria del bien perdido siempre acababan en llanto, diciendo "trocósenos el reinar en vasallaje"

En 1553 a 1556, el Capitán Garcilaso de la Vega, ya varón maduro, de bíblicas barbas y entrado en años, fué nombrado corregidor del Cuzco y su tierno hijo le servía de secretario habiendo obtenido un pequeño repartimiento en Paucartambo. Cultivaba el deporte de origen incaico, carreras, saltos mostrándose adicto también a la equitación y a la caza.

La agitada vida del Capitán Garcilaso, sus correrías de caballero andante, sus humos de perfecto soldado, le llevaron al cansancio de la vida, una breve enfermedad le condujo al sepulcro, dejando en la orfandad a dos hijas a quienes pasa-

ron las famosas encomiendas, pero que éstas a su vez también tuvieron temprana muerte por los años de 1564.

El Virrey Conde de Nieva, no obstante las reiteradas reclamaciones de don Jerónimo de Cabrera, segundo esposo de doña Luisa de Martel viuda de Garcilaso de la Vega, repartió las cuantiosas herencias a los indios, a don Antonio Vaca de Castro y a Melchor Dávila, nuestro historiador viéndose desamparado de todas aquellas mercedes a que era acreedor resolvió trasladarse a España, con el premeditado propósito de hacer gestiones ante el Rey y el sapientísimo Consejo de Indias.

Refiere su ilustre biógrafo don José de la Riva Agüero, que antes de emprender viaje a Europa, el Inca historiador vió las momias de cinco emperadores, entre ellos de Huaina Ccápac, descubierta por el corregidor del Cuzco, Polo de Ondegardo, dichas momias dícese que estaban en la forma general que se conocen, las manos cruzadas al pecho, con elegantes vestiduras.

Garcilaso emprende viaje a España.—Al ver menguadas sus aspiraciones y estrecho de comodidades, el futuro gran historiador marchó camino de la Madre Patria, escogiendo para ello la ruta del Apurímac, saliendo de esta ciudad bien acompañado por fieles servidores, amigos y parientes, es así como llegó a Marcahuasi, actual hacienda del señor David Samanez Ocampo, allí demoró algo contemplando la mullida floresta, aspirando el vaho de los prados y sintiendo al mismo tiempo la honda nostalgia, al abandonar ese medio histórico y legendario, llegó a los caldeados y abrasadores arenales del Departamento de Ica, de allí pasó a Lima, donde permaneció un pequeño tiempo, siguió camino por la costa ecuatoriana, habiendo arribado a las islas Azores, finalmente desembarcó en Lisboa.

En 1561, nuestro Inca Garcilaso visitó Sevilla y Montilla; con el fin de conocer a los familiares de la línea paterna, llegando a vincularse con su tío Alonso de Vargas, hermano de su padre, habiéndole este otorgado mercedes y distinciones; alentado con estos honores pasó a Madrid, relacionándose en

esta vez con el famoso apóstol de las Indias, Fr. Bartolomé de las Casas, Hernando Pizarro y otros destacados personajes. Sus vinculaciones le permitieron organizar un expediente voluminoso probando los altos y meritorios servicios de su finado padre y los legítimos derechos de la Phalla Isabel Chimpo Ocello, pero desgraciadamente en el seno del Consejo de Indias, tuvo que encontrar serias resistencias debido a las acusaciones de Diego de Fernández "El Palentino" y principalmente por la intervención de Lope García de Castro, que más tarde llegó a ser gobernador del Perú. Desalentado Garcilaso de la Vega, con el mal giro que tomaron sus muy justas reclamaciones optó por abandonar la tarea de defender sus derechos y alistarse en las lides de la carrera de las armas para lo que tenía cualidades especiales, ingresando como hijodalgo en las guarniciones de Navarra en 1564, llegando a ser destacado a las posiciones españolas en Italia, donde aprendió correctamente el idioma italiano. Después de asistir a las belicosas acciones contra los moros en 1568, fué ascendido al grado de Capitán, sin sueldo, título que le honró mucho por haber sido confirmado por el Rey, no obstante de que su vida transcurría por cuarteles y cuadras y en medio del chillar de las cotas y armaduras, continuaba perfeccionándose en el dominio de la lengua latina, que había aprendido en parte, en el Cuzco; más tarde, comprendiendo que su misión era sagrada y que su deber era hablar a las generaciones del porvenir se inclinó por los estudios históricos, consultando las obras clásicas de la antigüedad: Plutarcó, Tito Livio y otros.

Según la costumbre de la época resolvió deshacerse de sus dorados galones, de sus penachos erguidos y alejándose decididamente del fragor de las batallas y en supremo arranque de ideal religioso vistió la sotana del consuelo que brinda la paz y el sosiego y aunque no obtuvo órdenes mayores, anduvo por la ruta del sacrificio y de la penitencia con fervoroso frenesí, con el ansia de todos los hombres de elevarse hacia los dilatados ángulos del cielo, suprema panacea de las almas nobles y puras.

Escogió por su residencia el blando y apacible retiro de Montilla, halagado por la capellanía que le instituyó su benemérito tío Alonso de Vargas y el Marqués de Priego, de vez en cuando, nuestro gran compatriota se trasladaba a la aldea cercana de las Posadas, en busca del peruano don Gonzalo Silvestre y de don Alonso de Balcázar, quienes le referían los episodios más saltantes de la conquista de la península de la Florida y cuya obra había empezado a escribir.

Cuenta su famoso biógrafo doctor José de la Riva Agüero: que cuando ni siquiera se había ordenado de sacerdote y seguía llamándose el Capitán de su Majestad, se entretenía plácidamente en los diálogos filosóficos sobre el amor, compuesto por el judío Abardanel de Nápoles, obra de carácter metafísico platónico y que en el lenguaje vulgar se llama: **TRADUCCION DE LEON EL HEBREO**. Menéndez Pelayo, la encarece como la mejor obra traducida por un americano, pero desgraciadamente, al poco tiempo fué prohibida su lectura por la Inquisición. Felipe II, le concedió el honor de leerlas en sus noches de recreo en el Escorial. Fué editada en Madrid, en 1590, en casa de Pedro Madrigal. Fray Fernando Xuárez encargado de leer la traducción del cronista Inca, le expidió su aprobación manifestando que ella era buena, fiel y verdadera, en 17 de agosto de 1588. El Rey confirmó la orden y concedió a su autor el privilegio de la venta por diez años, penando con 50,000 maravedís a los que lo hicieran clandestinamente.

En esta traducción Garcilaso de la Vega, se muestra como buen artífice de la palabra, pues, el Castellano se halla rico en giros, fluido y castizo, de severa y honda seducción moral, traducida, como él decía, para decir la verdad y entretenerse honesta y deleitosamente.

La Florida del Inca.—He aquí una de las auténticas obras de Garcilaso, fué editada en Lisboa, en 1605, con el título de **HISTORIA DE LA FLORIDA DEL INCA**, dedicada al Duque de Braganza. En 1722, don Gabriel Daza de Cárdenas hizo en Madrid otra edición en homenaje a la Reina doña Isabel Fernasio, precedida de un gran prólogo en el que se encarece las

dotes verídicas del historiador cuzqueño y con todas las censuras y aprobaciones que se estilaba entonces. Posteriormente, se han hecho otras ediciones. Este libro trata de la historia de la expedición a la actual península de la Florida, de las luchas heroicas sostenidas por el Adelantado don Hernando de Soto, uno de los soldados que más gloria ha dado a las armas españolas, en la noble misión civilizadora, este personaje como bien se sabe estuvo en la conquista del Perú y en la prisión de Atahuallpa, en Cajamarca y que después fué ascendido a Adelantado y Capitán General de la Florida.

El Inca Garcilaso de la Vega, para escribir la obra que comentamos obtuvo datos fidedignos de Alonso de Carmona y Juan Coles, tratado escrita para honra y fama de la nación española, que tan grandes cosas ha hecho en el Nuevo Mundo. El Mérito de la Florida del Inca, estriba precisamente, por su exacta posición de los hechos históricos que se desarrollaron, en segundo término su aspecto literario, una narración pintoresca, llena de colorido del paisaje lujurioso, lenguaje opulento y de variadísimos giros que deleitan el espíritu, la fuerza y ponderación de las descripciones lo colocan a Garcilaso de la Vega, como a uno de los más grandes narradores en lengua castellana.

En 1589, Garcilaso, se trasladó de Montilla a Córdoba, instalándose en un modesto hogar de la parroquia de Santa María la Mayor; aquí en Córdoba, la antigua residencia de los Califas, en esta ciudad de aspecto peculiar propicia para los recuerdos de la infancia, en este apacible retiro comenzó desde el año de 1568 a preparar sus notabilísimos Comentarios Reales y para mayor acopio de materiales resolvió escribir a sus parientes que residían en el Cuzco, para que le suministraran todos los datos necesarios con relación a las antiguas instituciones, hechos, usos y costumbres de nuestros antepasados, entre sus correspondientes el que mas datos le suministró fué su tío carnal don Francisco Huallpa Túpac, el caballero Garcé Sánchez de Figueroa, primo de su padre y el Cura Diego de Alcobaza, hijo de aquel famoso ayo que le prestó tan importantes servicios en

los momentos más difíciles de su infancia, tales fueron los testimonios a que recurrió para escribir los Comentarios Reales, a esto hay que agregar su privilegiada memoria y que por propia confesión de él sabemos que más recordaba lo que le habían referido en la niñez que lo que había visto después.

Como la edad de nuestro gran cronista avanzaba y se producían los consiguientes achaques de su salud, pensó en la cercanía de la muerte, con este propósito compró al Obispo Mardonez una capilla en la Catedral de Córdoba a fin de destinarla para su sepultura, reedificándola con elegancia y gusto y que se llamó la Capilla de Animas o del Inca Garcilaso; como tenía algunos censos y juros sobre el Marquesado de Priego, nombró como su administrador de rentas y encargado de la capellanía de Montilla al presbítero y licenciado Cristóbal Luque Bernaldino.

En su retiro de Córdoba, comprendiendo el sitio de su linaje se daba buen trato, tenía 6 sirvientes, mesa ancha y opulenta, para agasajar a sus amistades, muebles de cedro, paños de brocado, mullidos almohadones, vajilla de plata, airosas lámparas, guardaba también sus relucientes uniformes. Después de una breve dolencia que le postró en cama, ingresó al reino de la inmortalidad; era el 22 de abril de 1616, habiendo llegado a los 77 años de existencia.

En la antigua mezquita de Córdoba, llena de soberbias decoraciones que forjó el genio sutil de los moros dominantes de la Península, en su extremo norte, existe una capilla bajo arcos cimbreados, llamada como hemos mencionado la de las Animas, donde actualmente se halla el sarcófago, en medio piso del recinto sagrado, cubierto por una loza, en la pared central hállase un retablo primoroso sobre el que se impone la redentora figura del crucificado; por disposición testamentaria arde continuamente una lámpara, la lámpara de la fe y del amor infinito.

A ambos lados del altar se pusieron dos lápidas de mármol jaspeado en las que está grabado con letras de oro el siguiente epitafio pregonando a todos los vientos su rancia estir-

pe, sus elevadas dotes literarias y que a la letra dice así: “E Inca Garcilaso de la Vega: Varón insigne, digno de perpetua memoria: ilustre en sangre: perito en letras: valiente en armas: hijo de Garcilaso de la Vega de las casas de los Duques de Feria e Infantado, y de Elisabeth Palla nieta de Huaino Ccápace, último emperador de Indias, comentó la Florida tradujo León Hebreo y compuso los Comentarios Reales Vivió en Córdoba con mucha religión: murió ejemplar: dotó esta capilla; enterrándose en ella; vinculó sus bienes al sufragio de las ánimas del purgatorio: son patronos perpetuos los señores Deán y Cabildo de esta santa iglesia, falleció el 22 de abril de 1616. Rueguen a Dios por su ánima”. Sobre la verja de entrada exhíbense sus blasones nobiliarios, de origen hispano e incaico, de los Vargas Suárez y Figueroa y de los incas resaltan los vivos colores del arco iris, las misteriosas sierpes de azur, el padre Sol y la Luna. (Hay un escudo incaico en el Museo de la Universidad del Cuzco, muy semejante al descrito).

La obra máxima, los Comentarios Reales.—Es la obra cumbre y maestra de nuestro diligente historiador, la primera edición fué hecha en Lisboa, en la imprenta de Pedro Crasbeck, por cierto hoy muy rara, sus características son: Año de impresión, 1609, dimensiones del libro 0.27 x 0.19. Aprobación de Fray Luis Aujos, en Lisboa a 26 de noviembre de 1604. Licencia de la Inquisición con firma de Marcos Texeira y Ruiz Pérez de Veiga a 4 de diciembre del mismo año de 1604. Pase, el 15 de marzo de 1605. Licencia del ordinario a 2 de setiembre de 1609, en su portada el libro está exornado de tres escudos: de España, de los Incas y el escudo de armas del propio Garcilaso y con esta frase que es simbólica: “Con la Espada y con la pluma”.—LOS COMENTARIOS REALES (Segunda Edición), es la más difundida, se hizo en Madrid, en 1723 a costa de Nicolás Rodríguez Franco, quien lo dedica al Rey don Felipe V.

Los Comentarios Reales, la obra magna que trata del Perú antiguo consta de dos volúmenes, el primero se ocupa de la

historia de los tiempos anteriores a la conquista y la segunda comprende la narración de los acontecimientos ocurridos durante los 30 primeros años de la colonización española.

El primer volumen está dividido en nueve libros; el segundo tomo más conocido por Historia del Perú, se publicó en Madrid, el año de 1617, un año después de la muerte de nuestro glorioso historiador, de tal manera que es obra póstuma, está dedicada a la lindísima Virgen María madre de Dios y señora nuestra” (Historia del Perú, por Garcilaso de la Vega).

En el prólogo, Garcilaso de la Vega, se dirige con amor y sacrificio a sus dos patrias, encarece a los indios, mestizos y criollos, trata de los hechos posteriores a la reducción del Imperio Incaico al dominio de España, de las guerras civiles entre conquistadores, en este mismo tomo se encuentran importantísimos datos acerca de los últimos incas de Vilcabamba, este libro es, pues, complemento indispensable de los Comentarios Reales, a su vez consta de ocho libros.

El sentido crítico de los Comentarios Reales.—Hecha esta exposición fluye necesariamente el valor y la utilidad de la obra. ¿Quién no encontrará en los Comentarios Reales, el libro por excelencia, que cuenta, narra y habla a todas las generaciones y latitudes de la tierra, el alto valor y el gran adelanto que el Tahuantinsuyo adquirió en la etapa que antecedió a la Conquista española?

Los Comentarios Reales es un libro múltiple porque abarca todos los aspectos de la civilización incaica y aún los 30 primeros años de la conquista española. Los Comentarios Reales en resumen: constituye toda una miscelánea peruana porque en sus páginas, el sociólogo hallará, los fecundos campos de su delectación en la organización de la sociedad incaica, en sus núcleos generatrices o sea en el aillu. El historiador encontrará la correcta y verídica exposición de los acontecimientos que se sucedieron.

El jurista la propiedad colectiva y sus relaciones con el Estado; la Economía Política, del consumo y la circulación de la riqueza y los medios de que se valían. El filósofo para

adentrarse en los profundos arcanos del pensamiento aborigen, sus concepciones religiosas y sus ritos etc. En síntesis, todas las ciencias, las artes y cuanto significa trofeo de altas conquistas en el camino luminoso de la cultura, se encuentra en los Comentarios Reales, por eso es el libro peruano por excelencia que todo nacional está en la obligación ineludible de saber y conocer. Los Comentarios Reales, deben ser para nosotros lo que es la Biblia para los hebreos, el Ramayana y el Mahabarata para el pueblo hindú, el Corán para el mundo musulmán, el Quijote para los españoles o mejor, Garcilaso es como Herodoto para la vieja historia del Egipto o Tucídides y Jenofonte para los otros pueblos de Oriente; Tácito y Tito Livio para el gran imperio Romano; Garcilaso de la Vega, es el más alto exponente de las letras nacionales e hispano americanas.

Acostumbrado el europeo a sólo considerar la historia de su continente, divide la Historia Universal tomando únicamente por base los grandes acontecimientos del viejo mundo; ejemplo: la caída de Roma, la invasión de los bárbaros, la toma de Constantinopla por los turcos o la Revolución Francesa y al margen de estos hechos quedan preteridos los acontecimientos de América, Asia y Africa, con sus admirables culturas; las civilizaciones de México y de los Andes con su enorme valor milenario quedaron inadvertidos; contra esta corriente vino una reacción saludable, debido a la gigantesca labor digamos nacionalista, o mejor americana emprendida por nuestro compatriota el célebre Garcilaso de la Vega.

Como se ve, por obra de esta gran lumbrera del pensamiento indoamericano llegamos a la conclusión de que la reducida historia de Europa, no es la historia de la humanidad y que más bien es sólo un episodio dentro de la multiplicidad de los acontecimientos que se suceden en el planeta que habitamos. Con la difusión de las obras de Garcilaso, se opera una verdadera revolución en el campo histórico, tal como sucedió en el Renacimiento con la nueva concepción astronó-

mica de Copérnico, así llegamos a otra posición dentro del acriticen de los hechos en el campo de la Historia Universal.

Garcilaso dentro de la crítica histórica.—El gran historiador al escribir sus Comentarios Reales se valió de dos fuentes sustantivas: tradiciones incaicas y las crónicas de los historiadores españoles, de las primeras utilizó todo lo que pudo porque participaba de la psicología del autóctono, desde luego es y fué ventajosa, por el pleno conocimiento del idioma materno, al mismo tiempo utilizó lo que había acumulado Cieza de León, Polo de Ondegardo y otros; pero estos ignoraban el quechua y los conocimientos que adquirieron fueron tergiversados, porque tenían que pasar por el tamiz de los intérpretes. El mérito de Garcilaso estriba justamente en que utilizó como he manifestado estas dos fuentes. En su obra se siente la más grande honradez por eso cita escrupulosamente a los autores consultados y con rotunda aseveración sostiene sus criterios.

Como toda obra humana, los Comentarios Reales tiene sus defectos. Ya desde mediados del siglo pasado la crítica encabezada por Prescott, encontró exagerada credulidad y parcialidad en los Comentarios. Credulidad porque en sus mocedades fué informado de todos aquellos hechos culminantes de la vida incaica, los aceptó sin reservas, consignando como efectivos y es que la raza vencida sólo podía hacer alarde de virtudes y hechos favorables y por natural amor propio tenía que acallar las acciones contrarias, esta adhesión incondicional a todas las noticias que le suministraron sus parientes hace pecar a nuestro historiador de crédulo.

En cuanto a su parcialidad con respecto a la civilización incaica la tiene también, pero fué inspirado por el amor a su madre y a sus parientes y sobre todo a su patria. El Historiador no puede ni debe ser imparcial, porque sería contrariar la naturaleza humana, porque la historia si no está coloreada por el genio y la personalidad del historiador, dejaría de ser tal, porque el hombre no está en el vacío, tiene que dirigir y encauzar sus conocimientos hacia un sentido determinado y no-

sotros al hacer nuestra historia elaboramos nuestro propio drama, somos actores, por consiguiente de la parcialidad no se puede prescindir en una obra histórica y si Garcilaso lo tiene este sentido, bien lo sea.

Los Comentarios Reales desde el punto de vista de la Literatura.—Siguiendo a nuestro excelente historiador doctor don José de la Riva Agüero, que tanto se ha esmerado sobre la vida y obras de Garcilaso de la Vega, verdaderamente hasta agotar el tema, con sus doctos juicios y cuya escuela seguimos, diremos que los Comentarios Reales, desde el punto de vista del buen decir es una obra elegante, por su lenguaje, los giros llanos y sencillos que suelen ascender hasta la cumbre de las metáforas radiantes, abundancia de léxico, nunca jamás pobres, fluidez y transparencia como las claras linfas de un sosegado río en la selva de los pensamientos, como en cada página de las obras de Garcilaso, resaltan las bruñidas metáforas del insigne literato cuzqueño. Asimismo, Garcilaso se perfila como un clásico, es decir, como un modelo, porque quien lea los Comentarios Reales, hallará la mágica sugestión de la armonía de todos los elementos gramaticales; es pues, perfecta, clara, precisa y tersa. Riva Agüero dice: “Al lado de la emoción profunda de su contenido, luce siempre su fina sonrisa, menudea y multiplica las anécdotas, los dichos graciosos, los detalles de costumbres, con una suave amenidad y que en todo presagia las Tradiciones de Palma, de quien es indudablemente el principalísimo antecesor”. El valor literario de los Comentarios Reales, se agiganta, crece al calor de esa dulce y meliflua armonía del alma mater, de nuestra idiosincrasia india y a la vez aureoleada por la arrogante elegancia de la prosa española y es que Garcilaso es un escritor mestizo, hijo de dos mundos, fruto de dos razas, choque de dos culturas; la síntesis de dos almas, de dos pueblos diferentes, el nexo y unión de dos fuerzas vitales en el inmenso panorama de la Historia.

**DISCURSO DEL DR. HORACIO H. URTEAGA EN EL
ALMUERZO ROTARIO EFECTUADO EN CONMEMO-
RACION DEL IV CENTENARIO DE GARCILASO
DE LA VEGA**

Señores:

El 12 de abril de 1539 nació en el Cuzco, la antigua Capital del Imperio, el Inca Garcilaso de la Vega. Cúmplese hoy el IV centenario de su llegada al mundo y esta gloriosa efemérides la recuerda y evoca el Perú con recogimiento y emoción austera.

Ese niño estaba llamado a ser el primer historiador peruano que conservara para la posteridad el recuerdo de las grandezas de un pasado glorioso, que narrara con imparcialidad y exquisita nobleza de alma, los trágicos momentos de la dominación y que, elevándose sobre las miserias y deslealtades, que, como fruto de maldición, produjera la conquista, relatará, en forma imparcial y sincera, las tristes escenas y peripecias de las guerras civiles.

Fué hijo del Capitán español Garcilaso de la Vega, caballero de noble alcurnia. Uno de sus antepasados fué el famoso García Pérez de Vargas, que acompañó al Rey don Fernando el Santo en la Conquista de Sevilla; y para quien, a lo que reza la crónica "eran pocos siete moros". El Capitán Garcilaso había llegado al Perú en la expedición que a este país trajo don Pedro de Alvarado, la mejor llegada por su personal y equipo.

Fué madre del historiador, doña Isabel Palla Huaylas, ñusta, hija de la Palla Mama Oello y de Huallpa Túpae Inca Yupanqui, hermano del Emperador Huayna Cápac, siendo por lo mismo doña Isabel sobrina de este antepenúltimo monarca.

El entroncamiento de Garcilaso con una princesa incaica le emparentó con la nobleza inca que existía en el Cuzco y le dio ocasión para estrechar sus relaciones con los quipucamayos y amautas, los conservadores de la tradición y los más altos valores directivos del extinguido Imperio. El niño demostró, desde sus tiernos años, una viva inteligencia y una jovialidad atrayente; muy amado de su padre, era mirado con predilección y orgullo por sus parientes indios, que veían en él reflejadas las cualidades sobresalientes del español y la noble sangre de los incas. El historiador ha contado en relatos conmovedores, de una dulce emoción, esos coloquios habidos entre él y los representantes de sus ilustres antepasados aborígenes; esas conversaciones evocadoras de tiempos idos para no volver, en que la triste realidad del presente se contrastaba, como la luz y la sombra, con la grandeza del pasado. Oigámoslo: **“De las grandezas y prosperidades pasadas, sus relatos venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su República. Y con la memoria del bien perdido, siempre acababan en lágrimas y llantos, diciendo: trocósenos el reinar, en vasallaje”**.

Aunque amado de su padre, que le quería entrañablemente, Garcilaso no pudo recibir una sólida instrucción. El Cuzco carecía entonces de escuelas y colegios. Gracias a la buena voluntad del Canónigo de la Catedral del Cuzco, bachiller Juan de Cuéllar, natural de Medina del Campo, Garcilaso y once niños, hijos de conquistadores, recibieron alguna instrucción. Cuéllar les enseñó Gramática, Retórica, Latín y otros rudimentos de ciencias. El maestro admiraba la precoz inteligencia de los mesticitos, y nos cuenta el historiador, que exclamaba al verlos adelantar en sus estudios: “Oh, hijos míos, cómo quisiera ver una docena de vosotros en Salamanca”.

El niño, crecido ya, no pudo ser legitimado; ni siquiera seguir gozando de los cuidados de su padre, quieto en el Cuzco. Las guerras civiles de entonces llevaron al Capitán a enrolarse en las filas de Gonzalo Pizarro, al que abandonó en Ja-

quijahuana para pasarse a las filas del Rey. Durante este tiempo el niño y su madre vivieron en la mayor miseria y casi de limosna.

Después de la rebelión de Francisco Hernández Girón, el Capitán Garcilaso recibió un repartimiento de tierras, con lo que llevó algún alivio al joven inca, pero le aguardaba al hijo un nuevo dolor. El Gobierno exigía a los encomenderos que se casaran, para atender a la estabilidad y moralidad de la colonia y al incremento de la población blanca, y el Capitán Garcilaso, ya mayor de cincuenta años, se resolvió a contraer matrimonio, dando al pobre niño madrastra y alejándolo de su madre.

En 1569 murió el Capitán Garcilaso y el hijo tuvo que salir del Perú, acaso expulsado por el Virrey, que, esos revueltos tiempos de mandrines e inquietos, temía "que el joven inca abusara de la influencia que, entre los aborígenes, le daba su linaje". El itinerario de la marcha del Cuzco a Lima, de la Ciudad de los Reyes a Nombre de Dios, después a Cartagena de Indias y por fin a Lisboa, lo encontramos trazado y relatado en diversos pasajes de sus obras históricas. El viaje fué largo y penoso. Cuando llegó a Madrid (1562) había salvado la vida milagrosamente de una tormenta en los mares de Portugal.

Garcilaso había sido despojado de sus bienes paternos y maternos. Los que podía heredar de su madre se hudieron en ese fondo oscuro que después se trocó en reparto de tierras a conquistadores ambiciosos y a audaces cambiabanderas; lo que tocó a su padre en los repartos después de la contienda de Girón, fuéronle también arrebatados, alegando la deslealtad del Capitán, su padre, probada por su alistamiento en las filas del rebelde Gonzalo Pizarro.

Para congraciarse con el Gobierno, el inca Garcilaso se alistó en el ejército del Rey con el grado de Capitán en la campaña sin soldada, en que don Juan de Austria sometió a los moriscos sublevados en Granada. No consiguió ascensos ni honores, ni la devolución de los bienes conquistados a su

padre en el Perú. La ingratitud de los reyes y la incomprensión de las gentes que formaban el Consejo de las Indias, ante el cual el Inca Garcilaso había llevado sus reclamos acabaron con su esperanza, y, desengañado, se retiró a la ciudad de Córdoba a pasar la vida entregado al estudio y a la meditación.

Como reacción por las injusticias del presente y la ignorancia del porvenir busca en ocasiones el espíritu, enseñanzas en el pasado. Tardía confirmación de la relatividad de las glorias y poderes humanos. En Garcilaso seguramente se operó esta actitud mental, que podía ser un consuelo para su abatimiento. Solazose ante el recuerdo de las glorias de la patria lejana y las acciones gloriosas de sus antepasados, que acreditaban la grandeza de su abolengo indio. No otra pudo ser la causa que lo indujera a dedicarse al descubrimiento del pasado peruano, apoyado en magníficos documentos y en los recuerdos que conservaba de las tradiciones del Imperio Incaico. Tantas veces las había oído contar a su madre y a sus viejos parientes indios, en esa gran ciudad del Cuzco, donde rodó su cuna!

Y allí, en Córdoba, en esa ciudad, por entonces de una triple fisonomía, mora, judía y cristiana, gran ciudad por sus arreos monumentales, con dejo de aldea por su tranquilidad y su paz, vivió Garcilaso entregado a sus románticos sueños quizá de un amor imposible o fracasado; y luego, a las magníficas evocaciones del pasado de su patria, amor éste más noble y más perenne, que había de regalar inmortalidad a su nombre y esplendor a su fama.

Su primer trabajo literario fué la traducción del italiano de los "Diálogos de Amor", de León Hebreo, obra de celebridad entonces y muy apreciada por las gentes de academia y corte. Garcilaso los tradujo y comentó, dedicándolos a la Santa Católica Majestad del Rey Felipe III. No obstante lo:

elogios que prodigó a la obra Maximiliano de Austria, Abad Mayor de Alcalá la Real y más tarde Arzobispo de Santiago, la Inquisición la prohibió, inscribiéndola en el índice expurgatorio.

Quince años después publicaba Garcilaso la **“Florida del Inca”** o **“Historia del Adelantado Hernando de Soto o conquista del Reino de la Florida”**. Y cuatro años después (1609) daba a luz su obra magna: **“La Historia del Perú”**, que dividía en dos partes, intituló: **“Comentarios Reales de los Incas”**. En la primera, se ocupa del **“Origen de los Monarcas peruanos, de su idolatría, leyes, gobierno en paz y en guerra, de sus vidas y conquistas y todo lo que fué aquel Imperio y su República antes de que los españoles entraran en ella”**. La segunda parte trata de **“La Conquista del Perú, las guerras civiles entre los conquistadores y la implantación del Virreinato y primeros Visorreyes”**. Apareció esta segunda parte en 1617.

Los **“Comentarios Reales”** por la elegancia y pureza del estilo, por la ordenación cronológica y metódica de los sucesos, por la imparcialidad de los juicios y la base documentaria y tradicional en que se fundan las narraciones, es el monumento más completo y más acreditado de la historia del Incanato. La crítica no ha podido señalarle más seria tacha que la de no haber revelado en forma amplia y precisa el valor de la cultura peruana preincaica y haber tratado de atribuir a la monarquía de los reyes quichuas del Cuzco, toda la labor civilizadora del Imperio. Pueril es la censura de los que así han juzgado la obra de un hombre que escribía en los comienzos del siglo XVII, cuando la etnología y la arqueología aún no habían revelado todo el inmenso aporte de descubrimientos y de deducciones que han dado a conocer la prehistoria de América, cuando los recogedores de las viejas tradiciones tenían aún inéditas sus obras y cuando el proscrito historiador tenía que atenerse, para narrar muchas leyendas, a

sus recuerdos de niño o a las noticias que le trasmitían sus parientes, desde el Perú. Y no obstante estas deficiencias, sus aseveraciones no se truecan en absurdos juicios, ni disparatadas adjudicaciones. El sano juicio de Garcilaso vislumbra lo que pudo ver ajeno al incanato y a lo que a éste le es propio, no obstante de escribir sobre un pasado desconocido, del que no queda ni leyenda.

Su rectitud de historiador sella su fama en la segunda parte de la obra en que narra las guerras civiles del Perú en el siglo XVI. Lo hace con la seguridad del que cuenta lo que vió y oyó de los actores de los hechos y juzgó acontecimientos y personajes con la altura de un juez de rectitud inatacable. A sus altas dotes intelectuales y morales, unió el Inca Garcilaso un buen gusto literario. Sus libros son así dechados de buen decir y de elegancia de lenguaje; por eso la Academia Castellana los recomienda como modelos.

Vive así inmortal la obra que escribiera con el entusiasmo del patriota, con la rectitud del juez inexorable y con la galanura del dulce amable "causeur" de las leyendas de ese país de los incas, que tanto amó y de cuyas glorias vivió orgulloso.

Vió Garcilaso impresa la primera parte de su obra; no así la segunda, que terminó en 1613, pero quedaba inédita y se editó como póstuma. El 22 de abril de 1616, después de prolija dolencia que le dejó intacta la razón, falleció el historiador tranquilamente a los 77 años de edad, y por disposición testamentaria fué sepultado en la Catedral de Córdoba, en una capilla que él compró y dotó. Allí duerme el noble historiador su sueño eterno. La posteridad ha recompensado su tarea. Tiene, el Inca Garcilaso, fama mundial, y es, para el Perú, el genio tutelar de su pasado.

**DISCURSO DE ORDEN PRONUNCIADO POR EL CATE-
DRATICO DE HISTORIA DEL PERU, (I Curso) DR.
LUIS E. VALCARCEL EN LA ACTUACION CE-
LEBRADA EL 12 DE ABRIL EN LA UNIVERSIDAD
MAYOR DE SAN MARCOS, CON MOTIVO DEL HOME-
NAJE A GARCILASO DE LA VEGA, EN EL
CUARTO CENTENARIO DE SU NACIMIENTO**

Señor Vice Rector; Excelentísimos Señores Miembros del
Cuerpo Diplomático; Señor Decano de la Facultad de
Letras; Señores Decanos; Señor Presidente del Institu-
to Histórico; Señores Delegados; Señoras y señores:

Por honroso encargo de la Facultad de Letras de nuestra
venerable Universidad de Lima, la más antigua de América,
ocupo esta tribuna enaltecida por una brillante tradición in-
telectual, para ofreceros, así sólo sea fragmentariamente, un
estudio sobre la vida y la obra del Inca Garcilaso de la Vega,
cuyo nacimiento en el Cuzco, un día como hoy, hace cuatro-
cientos años, conmemoramos orgullosos con la solemnidad
dispensada a las grandes efemérides nacionales.

Intento presentaros, con alguna animación, este proceso
complejo que es la existencia del autor de "Los Comenta-
rios Reales". Cómo se formó su personalidad en el solar na-
tivo, cómo fué desenvolviéndose en el instante crucial de la
Conquista del Perú, qué influencias obraron sobre él y, tras-
ladado a España, cuál fué su reacción en tan distinta atmósfe-
ra, de qué manera el recuerdo de su patria y la absorbente
nostalgia de los suyos, determinaron la trayectoria definitiva
y el sentido esencial de su existir.

Realizada su cardinal empresa con la publicación de la
Historia Incaica y concluída la de los hechos de los conqui-
stadores en los primeros cuarenta años del período de la Do-

minación Española en el Perú, el Inca Garcilaso aparece ante los pósteros como el analista y el literato que, por vez primera y jamás superada, plasmó la imagen del Perú. Seguirle en el proceso de elaboración, valorizar la obra cumplida y medir su resonancia universal, son tan graves temas que mis fuerzas sólo alcanzan a esbozarlos. Finalmente, mi objetivo se habrá llenado si logro aproximaros un poco más a la percepción y definición del insigne personaje, ubicado en su tiempo y en su mundo.

En el solar nativo

Toda la infancia y primera juventud del Inca Garcilaso se deslizaron en la suave penumbra del hogar materno. Como en las primitivas edades matronimicas, fué la autoridad y el cuidado de la madre los que formaron el espíritu del niño. Mamó en la leche los sentimientos y la moralidad, el amor de la tierra y de los suyos y aprendió, desde los primeros años de la vida, a sufrir y callar resignadamente.

En el austero ambiente de la casona antigua que lucía aun la nobleza de sus pétreos muros, el niño Garcilaso escuchaba en la materna lengua el relato maravilloso de los tiempos felices. A la luz indecisa de los candiles, proyectábanse las sombras augustas de sus abuelos reyes.

Su rostro infantil animábase cuando el anciano tío Huallpa contaba aquellos donaires y júbilos de las fiestas antiguas; pero, pronto se diluía el feliz recuerdo, cuando la voz del viejo enronquecía y se hacía trémula para hablar de las desgracias presentes.

Un aire de tristeza recóndita resumía por los aposentos, y el rapaz fugaba presto hacia el ancho patio, pleno de sol.

Muchos parientes llegaban al hospitalario hogar y por largas horas hacían rueda en torno a la Princesa Madre, en íntimo coloquio. El niño abandonaba sus juegos y venía al concurso, pasando de caricia en caricia, que todas aquellas gentes le tenían por suyo y como a tal lo amaban entrañable-

mente. Más tarde ha de recordar el anciano comentarista los días infantiles, con tanta viveza, como si a ellos retornara por milagro. Oigámosle la evocación: "...siempre sus más ordinarias pláticas eran tratar del origen de sus reyes, de la majestad de ellos, de la grandeza de su imperio, de sus conquistas y hazañas, del gobierno que en paz y en guerra tenían, de las leyes que tan en provecho y en favor de sus vasallos ordenaban. En suma, no dejaban cosas de las prósperas que entre ellos hubiese acaecido que no lo trujesen a cuenta... En estas pláticas yo como muchacho entraba y salía muchas veces donde ellos estaban, y me holgaba de las oír, como huelgan las tales de oír fábulas".

Así trascurrieron los años de la infancia, y el niño crecía y se hacía fuerte, observador e inteligente. Ya no sólo escuchaba, sino que, nacida en su alma la inquietud, preguntaba y preguntaba sobre muchos tópicos, y el buen viejo, el hermano de su madre, respondía "holgándose de haber oído las preguntas, por el gusto que recibía de dar cuenta de ellas". Y el jovenzuelo iba atesorando jubiloso toda la ciencia de sus mayores, su historia, sus artes, sus creencias, en fin, cuanto se refería a aquella dichosa edad nimbada ya por el prestigio de la leyenda.

Cada vez era el acento más lúgubre en las reuniones familiares. "De las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república". El mancebo no huía, como en sus años menores, en busca del sol jocundo; iba sintiéndose mejor en esta penumbra melancólica, porque ya en su alma se forma el climax, y disminuye el tono dionisiaco de la edad juvenil. Cada vez más pensativo, el hijo de Chimpu Ocello sentirá crecer su adhesión a la santa causa de sus parientes indios. Tendrá una veneración religiosa por sus mayores y sentirá en su propia carne, en su corazón, en su sangre, el sello de fuego de lo indio.

La matriarcal comunidad de su hogar imprime para siempre el sentido de su ser: sólo sabrá moverse a gusto en esta

atmósfera. Se irá haciendo un introvertido; se recogerá sobre sí mismo lo más que pueda en el contacto con el mundo exterior que es el mundo poblado de los enemigos de su estirpe, por lo tanto de sus propios enemigos. Mirará a su padre, a los españoles todos, como distintos a él. Se producirá el complejo. Lucharán en su alma opuestas corrientes; se sentirá confuso, muchas veces percibirá claramente que es doble. Mas, pasajeramente, porque nada torcerá su inclinación a la madre. Ese rumbo será definitivo. Porque es muy hondo sureo el abierto por el hogar matronímico, ausente siempre el padre, distante, lejano, en los minutos cruciales de la formación del alma del hijo. El Capitán reaparece de tarde en tarde, para esfumarse otra vez. Ante el hijo, en el inconsciente de éste, será el intruso.

Verá en la tristeza materna, en la angustia, en el agudísimo dolor, razones para odiar a quien las causa. Reprimirá la libido; logrará vencer un amor consciente al hombre bueno que fué el Capitán; pero, nunca ha de poder arrancar éste de su vástago el núcleo de su espíritu. Ni el apellido ilustre, ni la convivencia con ricos vecinos y encomenderos, ni la compañía más frecuente de padre e hijo, ni la ausencia, ni la educación en España. Ya no será Gómez Suárez de Figueroa. Tampoco Garcilaso a secas. Será el Inca Garcilaso, Inca ante todo y siempre, no por vanagloria que entonces y en España no podía serlo, sino por imperativo de su raza, por fuerza de su sino, por dirección irreversible de su existir.

En el solar nativo, el joven Garcilaso era un rebrote espléndido del linaje antiguo; era un príncipe nuevo, por cuyas venas corría también la sangre hispánica. No le odiaron, sino, contrariamente, de todos los parientes indios fué muy amado, porque veían en él un hijo de Chimpu Oello, un hijo suyo, casi exclusivamente suyo, como esos hijos de las leyendas míticas engendrados por el sol o cuando la madre comía un fruto de lúcuma o cuando, desatada la tempestad, el rayo la fecundaba sin ella advertirlo.

El jovencuelo competía con sus parientes mestizos, hijo

como él de princesas indias y capitanes españoles, sobresaliendo con ventaja.

Cuando salió de su retiro de Vilcabamba el Inca Sayri Túpac y volvió de Lima, después de las negociaciones con el Virrey, se detuvo en el Cuzco a visitar y conocer con pausa la que fuera cuna y asiento del fenecido Imperio, nuestro Garcilaso fué a verle en la casa de su tía doña Beatriz, que estaba a las espaldas de su propio hogar. El relato del historiador reproduce la sugestiva escena, en estos párrafos:

“Yo fuí en nombre de mi madre a pedirle licencia para que personalmente fuera a besarle las manos. Halléle jugando con otros parientes a uno de los juegos que entre los indios se usaban. Yo le besé las manos y le dí mi recado. Mandóme sentar y luego trujeron dos vasos de plata dorada, llenos de brebaje de maíz, tan pequeños, que apenas cabía cuatro onzas de licor en cada uno. Tomólos ambos y de su mano me dió él uno de ellos, él bebió el otro y yo hice lo mismo: que como atrás se dijo es costumbre muy usada entre ellos y muy favorable hacerlo así.

Pasada la salva, me dijo:—“¿Por qué no fuiste por mí a Villca Pampa?”

Respondile: “Inca, como soy muchacho, no hicieron caso de mi los gobernadores”. Dijo: “Pues yo holgara más que fueras tú que no los padres que fueron (entendiendo por los frailes, que como oyen decir el padre fulano y el padre zutano, les llaman comunmente Padres). Dile a mi tía que le beso las manos y que no venga acá, que yo iré a su casa a besársela y darle la norabuena de nuestra vista”.

Con esto me detuvo algún espacio preguntándome de mi vida y ejercicios: después me dió licencia para que me fuese, mandándome que le visitase muchas veces. A la despedida le hice mi adoración a la usanza de los indios sus parientes, de que él gustó mucho, y me dió un abrazo con mucho regocijo que mostró en su rostro”.

Cuanta impresión produjo el encuentro en el alma juvenil de Garcilaso. No lo olvidaría más en el resto de su larga

existencia, y en el crepúsculo sería entre las remembranzas una de las más gratas a su corazón. Desde aquel día inolvidable pudo estar seguro que no había estigma en él por la mezcla de sangre; que los indios del Inca al más humilde, podían tenerle, con gran contento suyo, como uno de ellos. Lo comprobó infinitas veces, reafirmando, hasta hacerla incommovible, su conciencia de americano, de peruindio, calidad que proclamara como su mejor blasón.

Llegó un aciago tiempo, más doloroso que el de los días de Bachicao. No son la muerte, el hambre, la miseria, los espectros que amenazan. Algo más trágico aún. Algo como el desgarramiento en vivo, como la tortura refinada. Viene la liquidación del solar nativo. Viene la usurpación no sólo de la tierra, de la fortuna, del aposento querido, sino la usurpación del amor, de la dicha íntima, de los hijos, del lecho conyugal, de las reliquias familiares. Es el martirio de la madre heroica. Es el baldón inmerecido, el repudio, el escarnio más injustos y más crueles. Vendrá al nativo solar, a la casona mitad española mitad incaica, de gran patio en que el sol a sus anchas se recuesta la mujer que el capitán no ama pero que será su esposa, la mujer que le dará los hijos legítimos y le heredará la hacienda. Luisa Martel de los Ríos: en este nombre habrá de concentrarse todo el odio al español, ese odio que no provocó, que no alimentó nunca, el bueno del capitán. Será en su madrastra que Gomecillo personalice el vago, pero profundo, por subconsciente, odio de raza. Ella le odiará también. Así se definen los contrarios en el alma de nuestro Garcilaso.

El Capitán Garcilaso de la Vega

Nació en Badajoz, provincia de Extremadura, allá por el año de 1506. Fueron sus padres Alonso de Hinostrosa de Vargas, señor de Valdesevilla y Blanca de Sotomayor Suárez de Figueroa. Era hijo tercero del noble matrimonio. Por la rama paterna descendía del famoso Pérez Garcí de Vargas

que en 1348 ganó Sevilla para el rey Fernando y para quien “siete moros eran poco”. A él se refiere la inscripción siguiente, en una lápida sevillana:

Hércules me edificó.
 Julio César me cercó
 de muros y cercas largas.
 El Rey Santo me ganó
 con Garcí Pérez de Vargas.

Otro legendario antecesor fué aquel que derribó a un moro descomunal en la vega de Granada, hazaña a que se refiere la cuarteta:

Garcí Lasso de la Vega
 desde allí se ha intitulado,
 porque la Vega hiciera
 campo con aquel pagano.

Don Diego de Mendoza, otro de sus mayores, salvó la vida al rey don Juan I en la batalla de Aljubarrota. Finalmente, por la rama materna, guardaba íntima relación con las casas ilustres de Feria y del Infantado.

Desde muy joven, Sebastián—que era su nombre de pila—abrazó la carrera de las armas y antes de los 25 años era Capitán de Infantería, el primero que con este título viene a América. En 1531 se encuentra ya en Nicaragua y tres años después arriba a las costas peruanas en la expedición de Pedro de Alvarado. Eran entonces, Garcilaso “lindo ginete de ambas sillas”, de quien se escribe este elogio: “El buen agrado de su condición, la hermosura de su rostro, la gallardía de su persona, la agudeza de su ingenio y la facilidad en aprender lo que sus ayos y maestros le enseñaban.

No era, en verdad, este bien plantado capitán uno de la banda o del montón. Por su linaje y personales adornos, estaba aparte del grupo famélico de aventureros.

Como hombre de Alvarado, en el primer momento se le aleja del teatro principal de la Conquista: ha de ir a explorar las costas emboscadas de Buenaventura, penosa empresa que cumple con estoicismo.

Los levantamientos indios en el Cuzco y en Lima pusieron en grave aprieto a los invasores y cuantos habían salido de estos en pos de nuevas tierras fueron llamados, y así Garcilaso acude en socorro del Gobernador y pasa después al Cuzco, al servicio de los Pizarro.

Producida la increíble derrota de Abancay, el 12 de julio de 1537, Garcilaso con Alvarado, Gómez de Tordoya y cien más caen prisioneros de Almagro, quien los mantiene en esa condición hasta entrado el año de 1538. Todo había de terminar para el infeliz don Diego en las Salinas un 6 de abril de 1538.

Por estos días en que halla reposo el capitán, debió trabar conocimiento con la princesa incaica Chimpu Oollo, quien le dará el primer hijo, nuestro Inca Historiador, el año siguiente.

Desde entonces hasta 1557 hará vida común, llena de afectos, con la nobilísima descendiente de los antiguos reyes del Perú.

Compañero de Gonzalo Pizarro irá con él en su largo viaje por el Collao y Charcas y obtendrá su primer repartimiento de los indios Tapac-ri, en Chuquisaca, con 40 mil pesos de renta anual.

Vuelve Garcilaso al Cuzco, mientras Gonzalo organiza y sale en su expedición a El Dorado de tan desastroso final.

Nuevas alteraciones políticas, el asesinato del Marqués, la rebelión triunfante de los de Chile con el joven Almagro, como vengador de su ilustre padre, la llegada del Licenciado Vaca de Castro, producirán turbación y zozobra en todo el país. El capitán Garcilaso, fiel a su Rey, estará con quienes mejor lo representen. Será capitán de caballos en el ejército de Vaca de Castro.

En 3 de octubre de 1542, el Cabildo lo recibe y da pose-

sión como Teniente y Capitán General del Cuzco, Charcas y Arequipa.

Desbaratados los almagristas en la batalla de Chupas, vuelve la calma por unos meses. Pero, he aquí, que la dación de las Nuevas Leyes y la presencia del primer virrey que viene a ejecutarlas produce tremendas alteraciones entre encomenderos y vecinos. Les afectan en la fortuna, en aquello que llaman sus fundamentales derechos como que ellos ganaron las tierras sin que a la Corona le costase un maravedí.

Los ricos latifundistas se reúnen en el Cuzco y designan por su procurador a Gonzalo Pizarro. Garcilaso está entre ellos, pero como es reflexivo y cauto aconseja prudencia y medida. El violento desarrollo de los sucesos precipita las determinaciones y aquello que comenzó como una legítima política defensiva de los intereses económicos de una clase privilegiada se convirtió en abierta rebelión. Garcilaso, por mucho que amase a su comprovinciano Pizarro, ante las inútiles admoniciones que le dirigiera para no escoger tan peligroso camino, hubo de adoptar la resolución extrema de abandonar el Cuzco en pos de la legalidad que sólo en Lima tenía su asiento.

Muy duras fueron las represalias. El feroz Hernando Bachicao saquea y destruye la morada de Garcilaso, dirige contra ella su artillería y sitia por hambre a la indefensa mujer y los tiernos hijos. Largos meses de asedio que sólo atenúan en su rigor los auxilios lealísimos de los feudatarios indios. El capitán, mientras tanto, vive en Los Reyes a salto de mata, varios meses oculto en una sepultura del convento de Santo Domingo, hasta que, acuciosos mediadores, obtienen libertad y perdón. Mas, Garcilaso no podrá apartarse de Gonzalo, vivirá con él como cautivo. Tendrá que acompañarlo en Añaquito y en Huarina, en todas partes, vigilado, muchas veces en peligro de muerte por la zaña del implacable Francisco de Carbajal.

Así durante tres años, “no gozó de sus indios que estuvo desposeído de ellos”. Su familia en la miseria, viviendo

de limosna. Mas no había de ser un gerifalte de casco sin apenas un diminuto bonete quien vendría a desbaratar la empresa de Gonzalo, indeciso entre su lealtad al Rey y el consejo de hacerse Rey. Con astucia y sagacidad extremas, el licenciado Pedro de la Gasca acabará con todos los sueños. Sólo Garcilaso estaba en vigilia, y no había de ser tardo ni perezo so en volver a las filas que su deber le señalaba.

Sólo el apasionamiento y el malquerer de algunos de su contemporáneos y en especial Diego Fernández el Palentino han podido torcer el juicio exacto sobre la conducta de Garcilaso. La inquina llega hasta tildarlo de traidor, él que toda su vida siguió una línea invariable para su conciencia, aun cuando no pudiera aparentemente conservar su dirección por fuerza mayor.

De 1554 a 56, ejerce Garcilaso de Corregidor del Cuzco. Es bajo su patrocinio que se erige el templo y monasterio de San Francisco, cuya fábrica costean íntegra encomenderos y vecinos del Cuzco. Gracias a su tino y sagacidad, se evita nuevos disturbios. En 1557 es regidor del Cabildo del Cuzco.

Los nuevos disturbios del alzamiento de los soldados bajo el mando de Francisco Hernández Girón obligan a Garcilaso al abandono de la ciudad. Otra vez, la zozobra y la inquietud serán el ambiente de su atribulada familia. Después de las vicisitudes de Chuquinga y Pucará, la derrota del iluso Girón asegura una larga paz.

Llegados al Cuzco los oidores Santillán y Mercado de Peñaloza, Garcilaso dejará sentir su benéfica y moderadora influencia. Como dice uno de sus biógrafos, "mostrándose en todas ocasiones fuerte, magnánimo y diligente, sin declinar a la mano derecha de la temeridad, pertinacia, crueldad, arrogancia, ira o ambición, ni a la izquierda del temor, facilidad y flojera o pusilanimidad".

Desde el 17 de noviembre de 1554, el Capitán Garcilaso ejercerá las funciones de Corregidor del Cuzco hasta los primeros meses del año de 1556. Activo, sagaz y de inalterable ecuanimidad, salvará a la república de nuevos disturbios como

los que proyectaba Francisco de Añasco, fundando, en cambio, instituciones de asistencia social como el Hospital de Naturales del Cuzco y asegurando la fábrica del templo y monasterio de San Francisco, por copiosa colecta entre los vecinos y encomenderos de la antigua capital.

El último cargo que ejerza será el de regidor del Cabildo del Cuzco. Su vigoroso organismo ha sufrido tremendos quebrantos en veinte años de agitada existencia. Alguna enfermedad renal o hepática fué minando arteralmente la salud del capitán.

Ya en este repentino crepúsculo, habrá de producirse un cambio familiar trascendental. El celoso servidor del Rey, obediente a sus leyes y mandatos, habrá de tomar por esposa a una dama española, doña Luisa Martel de los Ríos. Recuérdese que fueron muy celosos los virreyes de exigir a los encomenderos el cumplimiento de la disposición que los obligaba a regularizar su vida matrimonial. Después de casi veinte años, Garcilaso había de separarse de la dulce compañera, la imperial Palla Elisabeth Chimpu Oello.

Con gran dolor, habría de producirse tal desgarramiento. El tendría consigo a su amadísimo hijo Gómez. La niña, Leonor de la Vega seguiría al lado de la madre hasta que, años más tarde, habría de salir para España a educarse.

Pasan los dos últimos años de la vida del apuesto capitán en un declinar acelerado de sus energías. En 1559, muere, dejando un recuerdo de hombría de bien.

El mayor elogio que pudiera hacerse de él es reproducir aquí aquellas palabras que son testimonio del espíritu de justicia y amor con que este español trató siempre al indio.

Su figura se enaltece y se justifica la admiración rendida y el gran respeto que por él tuvo toda su vida el Inca historiador. He aquí los párrafos más expresivos y convincentes:

“Pero más en particular los tiernos gemidos de sus vasallos la testifican bien, y con lágrimas copiosas y tiernos gemidos manifiestan la falta que les hace su señor, en quien te-

nían padre, defensor y amparo; porque si enfermaban algunos en el Cuzco de los de su servicio personal, los hacía curar en su casa como a hijos”.

Sólo percibía el quinto de los tributos que eran obligados a pagarle. Disminuyó sus pesadas tareas, hasta aligerarlas como en los felices tiempos del Imperio. El mismo biógrafo dice:

“Estimó tanto Garcilaso el servicio que le hizo su vasallo don García Pauqui, dando 50 fanegas de maíz a su familia cuando se vió en el aprieto que dijimos, que hizo libre y franco al dicho cacique, y a los lugares de su señorío de cualquier tributo que estuviesen obligados a pagarle, contentándose con que le diesen algunas frutas, como guayabas, limas y piñones verdes para su comer en señal de vasallaje”.

No era, pues, como los otros. No era hombre de presa, gavilán famélico, jugador, borracho y mujeriego, tipo truhanesco como lo fueron en mayoría aquellos hombres de la invasión.

Garcilaso tenía el orgullo del verdadero noble, el orgullo de la conducta, de la impecable acción honesta, de la gallarda y generosa actitud en todos los lances. Era un noble señor en el elevado sentido que tiene la frase bajo cualquier latitud. Venía de la otra España no de la negra España.

Podía, pues, el joven mestizo no avergonzarse de su progenitor, si su estirpe en lo moral armonizaba con la suya materna que arrancaba de aquellos ejemplares varones de los Incas.

Y escribir estas sentidas frases que revelan todo su amor filial no aminorado en cuarenta años:

“Aunque no hubiese ley de Dios que manda honrar a los
“padres, la ley natural lo enseña, aun a la gente más bárbara
“del mundo, y la inclina a que no pierda ocasión en que
“pueda acrecentar su honra, por lo cual yo me veo en este
“paso, obligado por derecho divino, humano y de las gentes
“a servir a mi padre, diciendo algo de las muchas virtudes

“que tuvo, honrándola en muerte, ya que en vida no lo hice “como debiera”.

La parentela india distinguiría al Capitán de todos los otros, con su afecto y amistad. Así lo demuestran al escogerle para padrino de bautismo primero el Inca Paullu que recibió el nombre de Cristóbal y el Inca Sayri Túpac a quien se le llamaría Diego. No era, pues, para ellos un enemigo, un AUKA, el marido de la joven princesa Chimpu Ojlló .

El testamento del Capitán

Recientemente fué descubierta en el Cuzco una boleta que contiene la trascripción de algunas disposiciones del testamento que Garcilaso de la Vega otorgó en aquella ciudad, poco antes de su muerte.

Es a solicitud de Antonio de Quiñones, concuñado del Capitán y su albacea, que el escribano Gregorio de Vitorero extiende copia de las cláusulas pertinentes a un legado en favor del joven Gómez, su amado hijo. La boleta se expide en 20 de enero de 1560, es decir la víspera del viaje a España.

Mientras sea posible conocer el texto íntegro de las disposiciones testamentarias del Capitán, consignaremos en seguida los datos de mayor interés sobre ese histórico documento.

El testamento fué cerrado y se otorgó por ante el Escribano Público don Francisco de Barrientos en el Cuzco, a 3 de marzo de 1559. Intervinieron como testigos el mayordomo Fray Antonio de San Miguel, Guardián del Monasterio de San Francisco, Garci Sánchez de Figueroa, Diego de Silva, Juan de Berrio, Juan de la Cueva, Diego de Maldonado y Pedro de Quiñones. La última voluntad de Garcilaso de la Vega estaba redactada en cuatro hojas y media de papel de pliego entero.

Muerto el Capitán, procedióse a la apertura del sobre, en 19 de mayo del mismo año de 1559, cumplidas las diligencias en derecho necesarias por mandado de Juan de Salas, Al-

calde Ordinario de la Ciudad del Cuzco, y por ante el Secretario de Corte, Escribano Público y de Cabildo.

El documento quedó firmado y signado de Sancho de Orné. Después de la cláusula prologal, se copia la siguiente:

“Item mando a GOMEZ SUAREZ, mi hijo natural cuatro mil pesos de oro y plata ensayada e marcada para cuando que se vaya a Castilla a estudiar y en los reynos de España se le empleen en rentas conforme a el parecer e voluntad del señor Marco Antonio de Quiñones, al qual pido que merced tenga a cargo de mirar por él, en quanto dinero ni réditos de ellos, entren en poder del dicho Gómez Suárez hasta que tenga edad cumplida y lo mesmo le pido por merced e encargo faga de los dineros que mando por este mi testamento a doña Leonor de la Vega, mi hija natural que esté en los Reynos de España, a los cuales mando le obedezcan ansí e hayan mi bendición, los cuales cuatro mil pesos que mando al dicho Gómez Suárez, mi hijo natural, mando y es mi voluntad los hayan de lo mejor parado de mis bienes por que así es mi voluntad por el amor que le tengo por como es mi hijo natural e por tal lo nombro e declaro e se los mando por via y forma que mejor haya lugar en derecho &”.

Se trascribe en seguida la cláusula en la cual designa como sus albaceas a su mujer legítima doña Luisa Martel a su conuñado don Antonio de Quiñones, a Diego de los Ríos, pariente de su mujer, y al fiel ayo don Juan de Alcobaza.

En seguida instituye por sus universales herederos a su hija legítima doña Leonor, a su esposa doña Luisa “e al póstumo o póstuma de que la dicha doña Luisa está preñada”

No se puede exhibir mejor prueba de los sentimientos de paternal y entrañable amor que hasta la hora de su muerte animaron al Capitán en pro de su hijo Gómez, el futuro autor de los Comentarios Reales. Lo reconoce como tal, lo recomienda “para que mire por él” al poderoso caballero de Quiñones y, por último, a la donación que le hiciera de las tierras de Havisca en Paucartambo, de algún caudal en efectivo y de

otras prendas, agrega ahora un legado de cuatro mil pesos de oro y plata ensayada, con los cuales podrá atender en España a su educación.

La princesa madre

Era Chimpu Ocello hija del Inca Huallpa Túpac Yupanqui, hermano de Huaina Cápac, el último gran emperador de Tawantinsuyo.

Venía a ella su linaje en línea recta; era una ñusta, por lo tanto, de la más pura cepa imperial, a quien correspondían todos los honores reservados a la clase privilegiada de los señores que fundaron la última y gloriosa dinastía del Perú.

Podía hablar con orgullo de su abuelo el máximo conquistador Túpac Inca Yupanqui; dolíase, como la que más de la suerte adversa, cruel, de su primo el último señor legítimo del Imperio, Inti Cusi Huallpa o Huáscar; y era justo su odio al bastardo opresor y destructor de la grandeza del Tawantinsuyo el kilako Atau Wallpa.

En su casa del Cuzco reuníanse, como en el último hogar de la realeza sus nobles parientes y había de tratar como hermanas a las dos hijas y a la sobrina de Huayna Cápac unidas después como ella a capitanes españoles.

Chimpu Ocello, según el retrato que dibuja Markham, era una doncella de figura delicada, de grandes y hermosos ojos, nariz ligeramente aguileña, con largas trenzas negras que bajan sobre los hombros, cubiertos con una manta de lana ricamente ornamentada que un alfiler grande de oro prende sobre el pecho”.

Cuando conoce al elegante y hermoso Capitán Garcilaso de la Vega frisa en los dieciseis años. Es casi una niña, pudorosa y gentil que se rinde como todas las mujeres de su tiempo a la viril prestancia de los hombres nuevos que ellas juzgaban de divina stirpe.

Recibe con las aguas del bautismo el nombre de Isabel y desde que se presenta unida su destino con Garcilaso ya no es

la Ñusta sino la Palla Isabel Chimpu Oello Huallpa Tupac Yupanqui. Sus hermanas las dos Beatrices son ya mujeres de Mancio Sierra de Leguizamo y Martín de Mustincia o Bustinza y Francisca de Juan Collantes. Inés fué una de las mancebas del Gobernador "el Machu Capitux" Francisco Pizarro. Angelina, la hija de Atau Wallpa, hacía ya vida marital con Juan de Betanzos, el lenguaraz, quien mostró después un extraordinario amor por las tradiciones de la raza vencida hasta verter al español algún ignorado poema histórico.

Un año después de su conocimiento con el capitán le daría un hijo que recibieron ambos con tierno amor: Gómez le llamaron y debía reunir en su físico las cualidades de uno y otro.

No mucho más tarde vino al mundo una niña que fué bautizada con el nombre de Leonor. La infantil pareja llenaba de dicha la casona, mitad palacio incaico, mitad solar castellano.

Vinieron después los días y los meses y los años angustiosos. Se había desatado la tremenda crueldad en potencia que todo español oculta en las cavernas de su inconsciente. Rotos los diques morales y religiosos, el Perú se convierte en el teatro de la más sanguinaria lucha fratricida entre invasores. Atónitos los indios contemplan la tragedia. Aquéllos eran los dioses que ellos creían, los viracochas vencedores. Estos barbudos eran tan malos entre si como lo fueron con los dóciles y pacíficos moradores de Tawantinsuyu.

Pizarros y Almagros combatían a muerte, en verdadera guerra sin cuartel. Uno a uno iban cayendo, como si una Némesis india presidiera aquella hecatombe. Los caudillos morían sin merced, asesinados en su propia prisión o en los aposentos de su morada. Caían del patíbulo las testas para adornar el rollo de las plazas en sendas jaulas; despedazábanse los cuerpos para repartir sus miembros, como piezas de abasto, por atajos y caminos. Los ojos empavorecidos de aquellas dulces mujeres seguían la trayectoria de tan horrible catástrofe que les hacía recordar los días tenebrosos de Atau Wall

pa. Llorábalas el alma, su corazón sangraba, por la suerte de sus hombres, los Garcilaso, los Sierra, los Bustinza.

La princesa madre sufría las ausencias preñadas de peligro. Junto con la leche maternal se nutrían de dolor los tiernos vástagos. Los parientes indios participaban de su angustia y trataban de atenuarla, con noticias llevadas veloces por chasquis a la manera imperial. Garcilaso estaba vivo en Lima. Garcilaso estaba sano después de Añaquito. Garcilaso salía ileso de Huarina. Y él, a su vez recibía secretos mensajes por mano de indios leales. Bachicao cañoneaba su hogar. Perseguía a los suyos. Los condenaba al hambre. Ya habían logrado salvar del asedio. Estaban seguros en distantes aldeas, perdidos en el laberinto andino. Los buenos indios cuidaban de ella y de sus hijos. Volvían ya al seno hogareño.

La pobre princesa quería saber si este dolor no llegaría a término. La visitan y consuelan nobles señores, don Diego Centeno, el obispo Juan Solano. La protege Juan de Vargas, el buen hermano de su dueño y señor. Mas la guerra prosigue. Precisa mayores sacrificios. Juan de Vargas perece en Huarina. El amigo, el protector, el segundo padre de sus hijos menores.

Llegan hasta ellas las noticias de las sádicas crueldades de Francisco de Carbajal, jurado enemigo del Capitán que ella adora.

Pasan los días, los meses, por fin se sabe que Garcilaso está reconciliado con su compañero Gonzalo. Chasquis veloces traen nuevas desconcertantes. Ha entrado por los Yungas, viniendo de Panamá, un extraño sujeto. Dice traer papeles del Rey. De ese mítico rey que vive en España, como el Papa en Roma, o Dios en el Empireo.

Es un cura de extravagante físico, menudo, de largas piernas, de feo rostro. Dicen los indios que es un brujo. Que deshace ejércitos, que atrae prosélitos, que es más temible que un jefe de guerra. Poco consuelo le diera la estancia fugaz de su amado, como el intervalo de dos batallas. Pese a la entrada triunfal, ella sabe que están contados los días de Gonzalo,

que aquel ridículo inquisidor por artes mágicas triunfará. Ruega y aconseja al capitán que mire por él y por los suyos. Bien sabe ella que su señor va forzado de su voluntad y que llegará el instante de librarse del secuestro. Entonces proclamará su invariable fidelidad a su rey. Se atropellan los acontecimientos. Es ahora que crece la figura mezquina de don Pedro de la Gasca. Se aproxima el final. Júpiter adementa a quienes quiere perder. Gonzalo no escucha el consejo de Carbajal. Dará la batalla, no importa que el enemigo pasara ya el Apurímac desperdiciándose la única oportunidad de vencerlo, Jaquijahuana. El "sálvese quien pueda". Fin de la tragedia.

Ya la princesa se siente feliz, con su hombre en casa, en paz hogareña. Desde el corredorcillo pueden ambos contemplar la ciudad y en la lejanía las sierras blancas de nieve. Llénase la casona de vecinos y soldados. No baja de doscientos el número de los que comen a diario en la mesa del Capitán Garcilaso.

El Capitán recibe mercedes de La Gasca. Es el arzobispo quien se las dará a conocer, porque el hombrecillo menguado lo hizo todo, allá en las soledades de Huaynarina. Paga bien a los leales. Recuerda a Garcilaso, tiene presente su valimiento, aquella casona mitad española, mitad incaica, aquel corredorcillo desde el que contempló el más hermoso panorama de estas Indias y hasta aquel rapazuelo que se le quedaba mirando, azorado, y que él quiso acariciar, pero que no pudo hacerlo porque el niño huyó tembloroso.

El Capitán Garcilaso se promete un largo descanso al calor de los suyos.

Isabel, prolija, humilde, tierna, como todas las mujeres indias, atiende a su señor, con verdadero culto. Estropeada está su salud, después de tantas correrías. Vivirán, Dios lo quiera, juntos para siempre. Mas, Dios no lo quiso. Y algo peor que los males pasados ocurrió a la infeliz Palla Isabel. Su señor, su viracocha, su amado ya no sería más de ella; lo perdería para siempre, pero lo perdería con más dolor que si

Carbajal lo hubiera muerto. Una orden inflexible venida del rey mítico de ese que vive en el otro mundo, en España, obligaba al Capitán Garcilaso a contraer matrimonio con una dama de alcurnia. Otra mujer le quitaba al padre de sus hijos. La ley protegía, auspiciaba, tal crimen.

Y un día tuvo ella que salir con su hija a otra casa.

Gómez, mancebo de 17 años, estaría junto al padre, atendándole como su ayuda y secretario.

Quedaba sola con su dolor, aunque la rodease el afecto de sus buenos parientes. El, enfermo, declinante en su varonía, acercábase rápido a su fin. Sabía ella que seguía amándola, que esta amargura destrúiale aun más; pero, no había remedio. La solución era, la que se aproximaba. Tal día murió el Capitán. Tal otro día, cumpliendo la voluntad del padre, Gómez viajaba a España, a la tierra mítica del mítico rey. Ya Leonor le había precedido.

Era ella, Isabel, como la patria misma, como la tierra de sus mayores, una mártir silenciosa y resignada. ¡Oh Princesa Chimu Oello!....

Su vida en España

En 1560, Garcilaso cumplía 21 años; era un hombre formado. Por solemne disposición paterna, debía partir para España. Acataría la voluntad del muerto, aunque para él significase aflicción extrema separarse de la madre amantísima y de los buenos indios sus parientes. Con aquella intuición sobrehumana de los moribundos, el Capitán comprendió que el hijo estaría mejor defendido bajo la égida de sus nobles y poderosos familiares de la Península; adivinaba la suerte adversa y cruelísima que el destino tenía deparado a la primera generación del mestizaje iberoindio.

Después de un viaje accidentado: larga y agotadora navegación por los mares, naufragio frente a las costas de Portugal—llega a Lisboa y recibe tan bondadosa y hospitalaria acogida que no olvidará en el resto de sus días. Será en Lis-

boa que lance al mundo, casi medio siglo después, la primera parte de sus Comentarios, que dedica a la Serenísima Princesa doña Catalina de Portugal y que imprime Pedro Craasbeck. Salva dos veces la vida, la física y la inmortal, porque es en tierra lusitana que él nace para la historia.

Acogido con bondad por el viejo Marqués de Priego, su pariente paterno, asegura en censos irredimibles el modesto capital que trae de América: los cuatro mil pesos que le deja el Capitán en el testamento y algunos más que probablemente la solicitud materna ha reunido. Irá a la Corte y cumpliendo instrucciones de sus familiares peruanos, del albacea Antonio de Quiñones y otros amigos, formalizará reclamación: algo en pago de los muchos servicios prestados en la Conquista por su ilustre padre y restitución del patrimonio materno de la noble señora que le dió el ser. Lentísimamente se moverá aquella pesada maquinaria administrativa; meses y años pasarán hasta que su expediente llegue a vista del Consejo Supremo de Indias, y allí como se referirá en otros apartes quedarán "enterradas sus pretensiones". Primera y dolorosa desilución. Será preciso hacer méritos, según le aconsejan sus valederos, entre ellos el Capitán Alonso de Vargas, hermano de su padre, quien se distinguirá por su afecto para él. En 1564 sentará plaza en el ejército, en la guarnición de Navarra, a las órdenes de su pariente el de Priego. Arcabucero, irá ascendiendo con relativa facilidad, gracias al apoyo del General Francisco de Córdoba. Posiblemente pasó a Italia con Francisco de Mendoza, hijo de don Antonio, primer virrey efectivo del Perú. En 1568, después de la defensa de Granada, el joven Garcilaso recibe el grado de Capitán y "las condutas" que le otorgan el rey Felipe II y don Juan de Austria, quien le recomienda, sin resultado. Abandona la carrera de las armas que le arruinara económicamente, pues ha servido "inmérito de sueldo real", es decir, gratis. Viaja por España, tan pronto aparece en Badajoz como en Sevilla.

Se detiene, por fin y con reposo y puede ya dedicarse a lecturas y aprendizajes que cultivan su espíritu. Siente el

dictado interior que le señala las letras como medio de expresión de lo que bulle en su conciencia desde hace años. Frailes sabios, capellanes o amigos de los de Priego pondrán en sus manos el instrumento adecuado para desbistar y pulir aquella materia virgen, pero de buena ley que es su propia alma. Ensayará a escribir. Primero una traducción de León el Hebreo, después una Genealogía de Garci-Pérez. Quienes las leen, encuéntranlas muy buenas. El indio domina, con maestría, el español; y así le animan a emprender la obra grande que tiene proyectada. Todavía ensayará otra vez relatando las hazañas de Hernando de Soto en la Florida. Maravillosa narración, deslumbra ya a parientes, amigos y lectores en general. Aquel nativo de América pone quince y raya a los mejores ingenios de la lengua. Se espera, con interés, la Historia del legendario Perú que tiene anunciada y que está elaborando pacientemente. Se encierra muchos días en su casa de Córdoba, se marcha a las Posadas en el estío, pasa largas temporadas en Montilla. Ya para el Inca Garcilaso no hay otra vida que la creación de su obra. Para él no existe España, está viviendo en el Perú de los Incas, vivirá después su infancia y juventud en el cuadro tremebundo de las guerras civiles de la Conquista. Interrumpe su tarea cotidiana para recibir a los amigos que llegan de Indias, un día será el obispo Luis Jerónimo de Oré, otro su amado compañero en indigencia, Juan Arias Maldonado. Muchos libros le rodean, como inseparables compañeros, muchas cartas le traen las flotas de ultramar, una vez extiende sobre el suelo de la cuadra unos paños pintados: son los Incas, es la historia en láminas de Tawantinsuyu. Un día, llega la muerte.

Como escribió su obra

Deliberada, conscientemente, acometió la gigantesca empresa. A ella se entregó por entero desde 1586 y quizás antes. Fué, con benedictina paciencia, que nunca le faltó, acopiando el material para el monumento, cuya arquitectura ya tenía

planeada. Su extraordinaria memoria, los datos que le enviaban sus parientes y amigos, las informaciones de nobleza que recibió junto con los paños que reproducían la imagen de sus reyes indios, los relatos, las crónicas e historias generales y especiales ya publicadas, las noticias que le traían los indios y viajeros, las narraciones que le hicieron los protagonistas y testigos: todo iba reuniéndolo, para después seleccionar, pasado por el tamiz de su severa crítica, el oro puro, la noble piedra, que habrían de servirle para crear la obra proyectada. No la escribía para regalo de príncipes y recreo de ociosos. Perseguía un alto fin y por eso puso en ella todas sus potencias, la vida entera, renunciando, con místico sacrificio, a las ventajas y los halagos que la existencia podía aun ofrecerle.

La suma de esfuerzos, el tesoro acumulado, lo dedicaba a los suyos. "A los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo Imperio del Perú, el Inca "Garcilaso de la Vega, su hermano y paisano, salud y felicidad", pondrá en la portada de su obra inmortal. Los indios, mestizos y criollos del Perú recibían de él, como las Tablas de la Ley o el lábaro santo aquel legado que había de ser la Biblia india en que aprendieran a glorificar a sus mayores, sintiéndose hijos de tan augustos padres y abuelos. Sabrían recién que no eran una masa de esclavos sino un pueblo con muchos siglos de historia. Haríase la luz en sus conciencias sumergidas en ignorancia y servidumbre. Sentirían el orgullo de su vieja cultura que nada tenía que envidiar a las más prósperas del mundo. Leyendo la historia de sus reyes, descubrirían que aquellos excelsos varones superaban en sabiduría y humanidad a los Daríos de Persia, a los Ptolomeos de Egipto, a los Alejandros de Grecia y a los Scipiones de Roma. De pronto surgiría en el yermo poblado de ruinas la grandeza exultante del Imperio de los Incas.

No pasaría ya sin contradicción el despectivo epíteto de bárbaros con que los españoles los fulminaban, porque bárbaros fueron ellos, y lo fueron de verdad, cuando ya en el

Perú florecían admirables civilizaciones. Podrían comparar y destruir con la comparación las instituciones impuestas por el Dominio Español, tan inferiores a las creadas por el Estado modelo de Tawantinsuyu.

Indios, mestizos y criollos contemporáneos y sucesores en tres siglos tendrían en Garcilaso no sólo a su analista sino también a su profeta. Devolviéndoles el espíritu que pretendió asesinarles el invasor, podrían ya sentirse hombres y dignos de serlo, libres y autónomos, no importa el tiempo que la empresa de independizarse demandara. Garcilaso sería, de este modo, precursor de libertadores, genio de la raza, creador de la patria...

No presume de capacidad para realizar su propósito. Humildemente confiesa su incipencia, él que hasta entonces “mas ha sido para criar y hacer caballos y para preciarse de arcabuces que para escribir libros” “Pero la lástima que tengo—dice—es que cosas tan grandes... quedan en perpetuo olvido”. “Empero—agrega—para decir verdad no es menester mucha retórica.”

Se condeule de la destrucción creciente, acelerada, de los monumentos de la antigua Edad, y escribe: “Yo, invitado del deseo de la conservación de las antigüedades de mi patria, esas pocas que han quedado, porque no se pierdan del todo, me dispuse al trabajo, tan excesivo como hasta aquí me ha sido el escribir su antigua república hasta acabarla”. Y cuando concluye de escribir “Los Comentarios”, estampará con satisfacción: “Con que se cumplió la obligación que a la patria y a los parientes maternos se la debía”.

La cumplió lealmente como ninguno, como el más apto, puesto—como él declara reiteradamente—se alimentó en las puras fuentes de la tradición más genuina. “Yo escribo—dice—lo que mamé en la leche, ví y oí a mis mayores”.

No blasona de saberlo todo y advierte, desde el comienzo de su historia, con meridiana claridad que sólo se ocupará de un período, el más próximo y culminante, del caudaloso pasado del Perú. Son estas sus palabras: “Escribimos sola-

mente del Imperio de los Incas, sin entrar en otras monarquías, porque no tengo las noticias de ellas que de esta". ¿Cabe mayor probidad?

Nadie tiene, pues, el derecho de acusarle de deliberada y maliciosa omisión de otros períodos y culturas. El no era ni quiso ser otra cosa que el analista de los hechos y las instituciones, los usos, costumbres y creencias de los de su estirpe cuzqueña. Fué el postrer y más brillante quipucamayó que reunió en su obra las crónicas tradicionales, escribiendo en el idioma que iba a difundir por el ancho mundo la gloria del Perú antiguo.

Discrimina cuidadosamente los hechos y critica a quienes no saben hacerlo atribuyendo a los Incas bárbaros usos que, si existieron, hubo de ser en comarcas lejanas hasta las que aun no había llegado la luz de su cultura. "En algunas provincias—dice—muy apartadas del Cuzco que aun no estaban bien cultivadas por los reyes Incas, iban las mujeres a trabajar al campo y los maridos quedaban en casa a hilar y tejer; mas yo hablo de aquella Corte y de las naciones que la imitaban, que eran casi todas las de su Imperio, que esas otras por bárbaras merecían quedar en olvido".

Cuando del idioma quechua se ocupa, hace esta advertencia:

"... y cuanto se engañan en declarar el lenguaje del Perú los que no lo mamaron en la leche de la misma ciudad del Cuzco, aunque sean indios, porque los no naturales de ella también son extranjeros y bárbaros en la lengua como los castellanos". Se refería al quechua castizo, al sermo eruditus o lengua culta que tenía por academia y vivero al Cuzco, cuna, centro y foco de la cultura incaica.

Todavía más tarde insiste en la diferencia muy fundada que hace entre elementos culturales propios de los Incas y particulares de otros grupos. Dice muy reflexivamente: "De donde consta claro que por no dividir los tiempos y los lugares atribuyen muchas veces a los Incas muchas cosas de las

que ellos prohibieron a los que sujetaron a su Imperio, que las usaban en aquella primera edad de los reyes incas”.

Sería muy extenso confrontar los aciertos de Garcilaso que son infinitos con las conclusiones de la investigación arqueológica. Bastaría referirnos al hecho comprobado de una edad intermedia entre el florecimiento de las grandes culturas paleoandinas y la supremacía de los señores del Cuzco. Tiahuanaco cuando Acosta y Cieza lo visitan, eran ruinosos edificios como hoy están o poco menos. Garcilaso anota que son muy anteriores a los incas, En cambio, es prolijo y exacto cuando se ocupa de los señoríos de la costa, última fase de otras culturas añejas. No se detuvo a estudiar tales testimonio de otras monarquías, porque como lo tuvo declarado y ya lo reprodujimos al principio, limitó su historia a la del último Imperio Neo-andino.

La veracidad histórica del Inca Garcilaso ha sido establecida en definitiva por la autoridad indiscutible de Riva Agüero: pulverizó las endeble argumentaciones de González de la Rosa, que en sus postreros años, profesó una senil inquina al autor de “Los Comentarios”. Sería, pues, en todo tiempo, el más genial de los analistas, como le llama Riva Agüero, y una autoridad siempre respetada que nunca será contradicha. A su propia contribución supo unir, confirmando y fortaleciendo sus asertos, la valiosísima de fidedignos e insospechables historiadores como Pedro Cieza de León, Blas Valera, Agustín de Zárate y José de Acosta, cuya solvencia crece día a día a medida que avanza la investigación arqueológica.

Moralidad

Correspondiendo a la tónica india de su espíritu, el Inca Garcilaso imprimió en su vida y en su obra el sentido moral que ningún pueblo tuvo mejor desarrollado que el nuestro, en su edad de oro. La moralidad entonces llegó a ser orgánica. Cuidaron de ella tanto como de la existencia misma, estimándola razón de ser del hombre y del Estado.

“Sólo en la filosofía moral—dicen “Los Comentarios”— se extremaron, así en la enseñanza de ella, como en usar las leyes y costumbres que guardaron; no sólo entre los vasallos, como se debían tratar unos a otros conforme a la ley natural; mas también cómo debían obedecer, servir y adorar al rey y a los superiores y como debía el rey gobernar a los curacas y a los demás vasallos y súbditos inferiores. En el ejercicio de esta ciencia se desvelaron tanto que ningún encarecimiento llega a ponerla en su punto, porque la experiencia de ella les hacía pasar adelante, perfeccionándola de día en día y de bien en mejor”.

La sólida base ética de la cultura de los incas ha permanecido inalterable después de siglos, y el indio de hoy, dentro de sus comunidades, la mantiene intacta. Naturalmente que no funciona lo mismo en sus relaciones con los otros grupos étnicos, porque se ha visto obligado a tratar de modo diferente a sus opresores. El mimetismo de la esclavitud, su táctica defensiva, le han valido para salvar, durante cuatro siglos, del exterminio a que le condenaban la dominación española y sus posteriores amos.

Muy límpida moral se trasluce en todos los momentos de la vida del Inca historiador; su honradez, veracidad, rectitud y acendrado humanismo abrillantan todas las páginas de “Los Comentarios”.

La buena fé de nuestro Garcilaso debió perjudicarlo muchas veces, como en el caso de Gonzalo Silvestre a que alude en su testamento. Sin embargo, su espíritu profundamente cristiano le hallará siempre dispuesto a favorecer, en la medida de sus fuerzas, a quienes necesitaren de ayuda y protección. En su modesto hogar, sostendrá generosamente a huérfanos y desvalidos, y en la hora postrera, repartirá su patrimonio entre los humildes que estuvieron cerca a él y le sirvieron con devoción filial. Diego de Vargas y María de Prados crecieron bajo su paternal cuidado, recibiendo a su muerte los recursos necesarios para no caer en miseria, así como su criada

Beatriz de Vega y su esclava Marina de Córdoba, a quien además declara "libre y horra de sujeción y cautiverio". Re-compensará generosamente a Francisco Sevillano y no olvidará a ninguno de los que le fueron fieles.

Han quedado, en otras páginas, evidenciados sus sentimientos filiales; el mucho amor por sus padres conmueve. Amó también entrañablemente a sus deudos maternos, y fué piadoso con sus enemigos, a quienes jamás escarneció, perdonando a muchos. En su testamento redime de deudas inclusive a su editor Francisco de Zea.

Lleva su caridad más allá de la vida y dispone que hayan gratuita sepultura en la catedral de Córdoba varios de sus amigos, inclusive el ministril Juan Chamico Garrido. Estará siempre junto a los humildes, tratando de aliviar su suerte.

Y cumplidas sus obligaciones con el mundo, elevará su alma a Dios. Leal a su religiosidad, procurará salvarla, disponiendo actos litúrgicos para después de su muerte, con dotaciones especiales en beneficio de la Iglesia.

Así transcurre la vida ejemplar de este insigne varón que reunió en sí, depuradas y engrandecidas, las virtudes de sus mayores. Garcilaso, desde el ángulo ético, se presenta, como desde otros puntos de vista invulnerable, diamantino, como un arquetipo de vida superior.

Desinterés

A todo lo largo de su existencia dió inequívocas pruebas Garcilaso de su idealismo, de su falta de apego a los bienes materiales y de su ninguna ambición de atesorar riquezas. Se había formado en él la conciencia de que todos los males que produjo la invasión del Perú, destruyendo su próspero reino, y después las calamidades que siguieron por las guerras civiles de los conquistadores tenían por único origen la sed de oro. Por encontrarlo, por apropiárselo, por el goce sensual de poseerlo, aquellos cristianos, hijos de Dios, con derecho a la

gloria del cielo, dueños de un alma inmortal, transformábanse en verdaderos demonios, monstruos de crueldad.

¿Para qué la riqueza a tal precio? Si ella no trae la verdadera dicha, la paz y el sosiego, el bienestar general, como lo habían conquistado, sin sangre y sin lágrimas, en sus tiempos idos. El oro carecía de sentido económico, no era sino un símbolo grato a la divinidad y a la realeza, un ornamento de templos y palacios, que nada tenía que ver con el alimento, el vestido, la habitación, el convivir armonioso, el orden, la justicia, en fin.

Yerran, pues, quienes, desconociendo la psicología de nuestro Inca, tan evidenciada en sus libros y en el testimonio de cuantos le conocieron, le atribuyen gratuitamente móviles y sentimientos interesados. ¿Cuándo, en qué oportunidad o en qué lugar, expresó Garcilaso “propósitos de gloria guerra y fortuna material? ¿Quién puede testificar, como el autor que no mencionamos asegura, que tales cosas “tanto había acariciado”? Se equivoca también cuando le imputa el mismo interesado móvil como razón de su viaje a España, si bien este yerro es explicable, porque recién ahora sabemos que fué por voluntad paterna, solemnemente declarada en sus finales disposiciones, que el joven Gómez Suárez de Figueroa marcha a la península a educarse.

Distinto es que, estando en las Cortes, intentara, con derecho, una indemnización o recompensa por los muchos servicios que el hidalgo su padre había prestado a la Corona, cooperando en la Conquista del Perú con su esfuerzo y sacrificio y, al mismo tiempo, que le fueran restituídos sus bienes a la noble señora su madre a quien asistían perfectísimos derechos. Reclamaba lo justo y no tanto para sí como para los suyos que quedaban en desamparo. No obtuvo buen éxito y ahí quedó en los polvorientos archivos su expediente. Muchos años después, cuando vuelto del Perú, reocupa su sillón en el Consejo Supremo de Indias aquel mismo caballero que, citando a Salinillas, el fiel caballo, echó por tierra las reclamaciones de Garcilaso, le señalaron que aquel era el momen-

to de volver a la carga. Oigamos lo que el mismo Inca nos relata, con su inimitable estilo:

“Mis amigos viendo este gran personaje en su silla en el Consejo Supremo de las Indias, me aconsejaban que volviese a mis pretensiones acerca de los servicios de mi padre y la restitución patrimonial de mi madre. Decían que ahora que el Licenciado había visto el Perú, que fué lo que mi padre ayudó a ganar, que fué de mis abuelos maternos, me sería muy buen padrino para que me hicieran mercedes, ya que la otra vez me había sido contrario, para que me las negaran como atrás se refirió. Pero yo que tenía enterradas las pretensiones y despedida la esperanza de ellas, me pareció más seguro y de mayor honra y ganancia no salir de mi rincón. Donde con el favor de Dios he gastado el tiempo en lo que después acá se ha escrito, aunque no sea de honra ni provecho; sea Dios loado por todo”.

¿No es ejemplar y admirabilísima tal conducta en una tierra de pedigüenos y aduladores? Digna y orgullosa respuesta de gran señor. Más altiva y orgullosa es aún su actitud en el prólogo de la Florida, cuando dice: “y esto baste para que se dé crédito que se debe a quien sin pretensión de interés ni esperanza de gratificación de reyes, ni de grandes señores, ni de otra persona alguna, más que el haber dicho verdad, tomó el trabajo de escribir esta Historia, vagando de tierra en tierra, con falta de salud y sobra de incomodidad”.

Vivió en pobreza, pero dignamente, como correspondía a un heredero de reyes.

Religiosidad

Perdido para él y para siempre, el mundo en que nació y se formó, aquel hogar indio de la madre y los parientes y el Cuzco y las nativas comarcas que venían a ser como su natural prolongación, no encontró tampoco en la tierra de su padre el paisaje que lo reemplazara. No era Córdoba, a pesar de la semejanza sugestiva con el Cuzco, por ese devenir con-

tinuo de grandeza y decadencia de razas y civilizaciones que pasaban, dejando su huella perenne, el sustituto del mundo lejano y ya extinguido. Las raíces de su espiritualidad flotaban en el vacío y ese impulso poderoso e inextinguible de la planta y del hombre que asientan en el suelo para nutrirse había de incidir en el terreno religioso. Sin patria tangible, como todos los desheredados, buscaría para su alma el consuelo y la fé de una patria celeste. Profundamente religioso el Inca Garcilaso se adhiere a las creencias cristianas, porque encuentra en ellas todo lo que anhelan los humildes y los que sufren.

Es en España, donde la soledad se hace para él su atmósfera constante, que el hijo de la Palla Chimpu Oello se evade y penetra en el refugio místico. No en la niñez sumergida en el materno panteísmo incaico, ni en la juventud en que observa la conducta de clérigos y frailes, olvidados de su evangélica misión, sino en la edad madura, cuando comprende que la Iglesia Católica no son ni los Valverdes beligerantes en la hecatombe de Cajamarca, ni los Pedro de la Gasca caudillos mejor que misioneros, ni los Baltasar de Loayza secuaces y facciosos quienes mejor la representan. Conocerá de cerca al Apóstol de las Indias, Fray Bartolomé de las Casas, bebiendo del auténtico espíritu de Cristo; serán sus amigos frailes y clérigos que le recuerdan al caonónigo Cuéllar, el maestro de sus primeros años; tomará lecciones y confrontará ejemplos de verdadero cristianismo en los claustros y cenobios, en las catedrales y capillas que va a frecuentar en su beatífica peregrinación.

Sincero creyente, habrá encontrado para el vacío de su espíritu, para la ausencia de afectos y emociones, la psíquica compensación de una religiosidad pura y cristalina que, si no lo devolvía, ante el destino irreversible, a su paraíso perdido, lo anegaba de sosiego, de dulzura y de esperanza, como hijo de Dios, hermano de todos los hombres, incorporándolo a una patria universal, sin opresores ni oprimidos. En ella como

buen cristiano, esperaba encontrar, unidos para siempre, a los seres que más y mejor amó, en este valle de lágrimas.

La conciencia india

A lo largo de su longevo existir, casi en cada libro de su obra copiosa, como una salmodia, mejor aún, como un canto de orgullo y de esperanza, el Inca Garcilaso proclama su calidad de indio, de hijo de india, de retoño del viejo linaje cuzqueño, de nacido en el Cuzco, de amamantado en pechos indios y nostálgico de sus patrios lares. Toda la obra respira el ambiente peruano; razón tuvo el venerable Prescott al escribir sobre los "Comentarios reales" estas expresivas frases: "son una emanación del espíritu indio". Y el austero Menéndez y Pelayo no pudo menos que confesar que eran "el libro más genuinamente americano que en tiempo alguno se ha escrito y quizás el único en que verdaderamente ha quedado un reflejo del alma de las razas vencidas".

Y le asiste el derecho de llamarse indio, de lo más granado y selecto del linaje solar de los emperadores del Cuzco. Y, al sentirse tal, se considera obligado a escribir la historia de sus mayores, tratando de sus costumbres, ritos y ceremonias y en sus "antiguallas" de las cuales—escribe—como propio hijo podré decir mejor que otro que no lo sea".

Reconoce que es mestizo "porque de ambas naciones tengo prendas—apunta—que les obligan a participar de mis bienes y males; los cuales son haber sido mi padre conquistador y poblador de aquella tierra y mi madre natural de ella y yo haber nacido y criádome entre ellos". Su libro ha de ser para indios y españoles para que lo gocen juntamente, que cada uno ha de tomar lo suyo propio. Mas, es tal el poder del sentimiento indio que heredó de su madre amantísima que todo lo impregna de él y aun cuando narra los episodios trágicos de las batallas entre invasores, un ambiente indio envuelve el cuadro.

En el prólogo y dedicatoria de los "Comentarios" ha de

insistir una y otra vez en su origen indoperuano y “en haberle cabido en suerte ser de la familia y sangre de los Ingas”; y recordará que no hubo para él blanda infancia, como puericia en que beber las enseñanzas del europeo culto, porque era él “un indio nacido en medio del fuego y furor de las crueísimas guerras civiles de su patria, entre armas y caballos, y criado en el ejercicio de ellas”... No hay quien lea desapasionadamente a Garcilaso, quien se acerque a él sin ofuscación y sin prejuicios, que desconozca que es su tónica el más puro sentimiento indio.

El insospechable Riva Agüero exclama sorprendido: “Tan imperiosa y avasalladoramente predominó en Garcilaso el amor a su tierra y a su sangre”...

¿Quién antes ni después comunicó la admiración, el fervor, el cálido orgullo de ser indoperuano? ¿Quién describió la tierra nuestra con más honda emoción? ¿Quién narró los hechos cardinales de la historia común en cuatro siglos, con la claridad, la firmeza y el criterio reflexivo de un genial analista?

El máximo reconocimiento de su conciencia india está en el juicio definitivo que José de la Riva Agüero deja estampado en estas cinceladas frases:

Son las suyas esas verdades generales, patrimonio de los historiadores con alma de poetas que se equivocan y yerran en lo accesorio, pero que salvan y traducen lo esencial. Y es la entraña del sentimiento peruano, es el propio ritmo de la vida aborígen, ese aire de pastoral majestuosa que palpita en sus páginas y que acaba en el estallido de una desgarradora tragedia, ese velo de gracia ingenua tendido sobre el espanto de las catástrofes, lo dulce junto a lo terrible, la flor humilde junto al estruendoso precipicio, la sonrisa resignada y melancólica que se diluye en las lágrimas”.

Le fueron negadas a Garcilaso la originalidad, la veracidad, la honradez, pero nadie ha desconocido en él su profundo sentimiento indiano, las raíces vigorosas de su peruanidad, lo sustancial y eterno de su espíritu: el amor de los suyos, de

los que por la madre a él estaban unidos, por la sangre y por el común recuerdo de sus pasadas glorias. Nunca se ufano de su españolía, ni lució su nombre como rebrote de hazañas peninsulares. Su valimiento fundóse siempre en la ascendencia materna. Si estaba orgulloso, lo era por sus abuelos incas.

La hispanidad en Garcilaso

Un superficial examen de la vida y la obra de Garcilaso podría inducir a error, y muchas gentes de buena fé caerían entonces en él, sosteniendo, como no faltan algunos, la hispanidad de Garcilaso, con desmesura extrema a tal punto de opacar y debilitar lo que en él es médula y esencia.

Su larguísima estada en España, de los 20 a los 77 años, llegó a españolizarlo, dicen los pocos avisados.

La maestría en el manejo del idioma castellano, agregan otros, es una prueba concluyente de su hispanismo.

Su rancia y muy arraigada catolicidad dicen otros, le hacen par de los espíritus más religiosos de España.

Pesó mucho sobre él, apuntan no pocos, la ascendencia paterna, con sus nobles parientes y sus muchos apellidos sonoros.

Cuanto llevamos dicho podría ser un mentís a cada extremo de los aquí expuestos; pero, es mejor para claridad y orden, que lo tratamos así por separado, aunque sea brevemente.

Sólo quienes conocen al indio trasladado a los más diversos medios podrá darse cuenta de la persistencia titánica de sus caracteres fundamentales: el indio no se adapta en lo profundo a un medio distinto al suyo. En lo transferible o superficial, podría parecer que se acomoda y emplea, sin gran dificultad. Usará del idioma, de las costumbres y usos, de la cortesía, de la técnica y de las artes, de la ciencia misma, que el mundo al que llega le ofrece. Podrá parecer que el indio está civilizado, es decir, incorporado a lo que se llama una civilización distinta de la suya; pero, cuanto se equivoca, si, buen

observador, sabe sorprender cómo la procesión anda por dentro. El indio no se hipoteca, no se enajena, no renuncia a su ser íntimo. Se mantiene indio en lo hondo de su ser, en lo intransferible en lo permanente y eterno.

Cuando se examina la vida que llevó Garcilaso en España, se percibe con facilidad su descentramiento. Separado de su solar nativo, fuera del mundo de sus afectos, no logra incorporarse a la nueva vida que se abre ante él. En vano intenta seguir la carrera de las armas, pronto la abandonará. Viajará de un lado a otro de España, hasta encontrar un rincón de reposo y olvido. Quiere vivir a solas consigo mismo. Lo consigue en Montilla, en las Posadas, en Córdoba, lejos de sus orgullosos parientes, lejos de la Corte y su corrompido ambiente, lejos de España, porque ya no es España lo que él vive sino su América, su Perú materno, que está recreando en una extravención maravillosa. En su retiro ascético, solo, él un indio que sólo ama a los suyos, como la araña va tejiendo la tela de su historia y comentarios, con algo que es su propia sustancia. Esa es su tarea. Razón tienen quienes dicen que "nada hizo", que su vida en España es una página en blanco. Sí, sí, su inmunidad fué absoluta. El idioma no es sino un instrumento que se puede manejar mejor o peor, pero nada tiene de esencial para la formación de un espíritu. No porque Garcilaso usara del idioma con maestría, se puede decir que fué un español o que poseía una cultura española exclusiva. Bueno está decirlo desde ahora. A Garcilaso no le interesó jamás ni la historia ni la literatura de España. No hay una sola cita de autores hispánicos. Para acercarse a la Europa culta, él preferirá a los italianos. Adiestrado en el latín de Nebrija podrá llegar más pronto a las fuentes clásicas. Le serán familiares los grandes historiadores romanos. Habrá leído con delectación a Ariosto, a Boccaccio, a Guicciardini, Boyardo, Piccolomini y entre los franceses, a Bodin. Nada le dice la historia de España con su Cid Campeador; nada tiene que ver con Don Pelayo o Doña Urraca. Para él no hay otro pasado que pueda interesarle que el pasado incaico.

El es católico, cristiano mejor que apostólico romano; siente la belleza de la religión evangélica, en su candor e inocencia primitivos. No es un católico a la manera de Torquemada o Domingo de Guzmán. Admirará entre los nuevos apóstoles a Fray Bartolomé de las Casas, por encima de Ignacio de Loyola. En su alma anida la ternura de Francisco de Asís. No es español por católico.

Los de Feria y el Infantado, los pomposos títulos propiamente al linaje paterno, son para él sin valor y sin sentido. Mejor está sin ellos, en su rincón, no envidiado ni envidioso. Vivirá en paz, en su mundo, con la pluma y sus libros, sin más contacto que el obligado. Dialogará mejor con Cieza de León, Gomara, Zárate y el padre Acosta; reñirá con el Palentino, siempre sobre cosas del Perú, tocante a lo que él sabe y le gusta.

Contra la táctica del mestizo

Ejemplar es la conducta del Inca Garcilaso al no seguir la mimética maniobra de los de su doble stirpe. En todos los tiempos, el mestizo ocultó—víctima de un complejo de inferioridad—su origen indio. Proclamóse español cien por cien, despreció a los suyos, hízose aliado de criollos y peninsulares, fué el sayón implacable del aborígen. No sólo no era indio sino que jamás se declaró mestizo. De que distinta manera procede el ilustre cuzqueño. Oigámosle, cuando se refiere al vocablo mestizos: “por decir que somos mezclados de ambas naciones, fué impuesto por los primeros españoles que tuvieron hijos en Indias; y por ser nombre impuesto por nuestros padres y por su significación ME LO LLAMÓ YO A BOCA LLENA Y ME HONRO CON EL. Aunque en Indias si a uno de ellos dicen “Sois mestizos” o es un mestizo, lo tienen por menosprecio”. Valientemente arrostra tales prejuicios y se adelanta en siglos a la nueva conciencia americana que hoy proclama con orgullo sus raíces nativas.

Pero no queda allí Garcilaso. No es bastante sentirse par-

tícipe de los dos caudillos étnicos: precisábale subrayar la excelencia de lo genuinamente americano, de la sangre autóctona, acentuar la herencia india, exaltarla, esgrimir su indianismo con orgullo; y es entonces que, como en otras páginas se anota, declara una y cien veces que él, un descendiente de nobles hispánicos, con un apellido ligado a reyes se siente, por encima de todo **un indio**, un auténtico aborigen peruano. No le importa a él que, al confesar su bastardía en la España de Felipe II, ciérrase las puertas del favor y de la conveniencia. Pudo ocultar su extracción, ostentando sólo el apellido legendario de los Garci Lasso de la Vega, los Suárez de Figueroa, los Mendoza, los Manrique, los de Sotomayor y tantos más ilustrísimos en la grandeza y el privilegio cortesanos. Otro con menos austeridad y virtud habría explotado en su provecho el parentesco patrilineal, olvidando adrede el materno. Pero él, cuando precisa llamarse Garcilaso, firmará siempre Inca, y en todos los casos, como profesión de fé, como rasgo fundamental de su filiación, declarará solamente ser un indio. No sólo dirá de palabra que lo es, sino que procederá como tal en todos los actos de su vida, y serán el sentimiento y la conciencia india los que animen su obra entera.

Entereza moral e ideales políticos

El criterio fundamental para juzgar a un autor es el colocarse en la posición de éste, dentro de su mundo, respirando en su ambiente. Quien censure a Garcilaso por algunos párrafos laudatorios, por cierta blandura en sus juicios, por extremada catolicidad, procede injustamente, porque falta al criterio histórico. Garcilaso el Inca vivía en España, bajo Felipe II, es decir, en el momento culminante de la peor vida española. Todo el poder político en las manos del monarca del Escorial. A su servicio las organizaciones más sombrías de aquellos tiempos. Entonces—y parece tan lejos—los hombres eran perseguidos por su raza y por sus ideas. Morían a millares en tétricas prisiones si no ejecutados con deshonor y es-

carnio. La más leve sospecha era bastante para borrar una existencia. Nuestro Garcilaso era un indio, era un hombre de color, un infiel, a la misma altura que un morisco o un judío. Todavía por el lado español, su situación no era mejor. andaban por allí crónicas como la del Palentino en que se pinta a su padre el Capitán como un traidor a la Corona, un compañero e íntimo amigo de aquel Gonzalo Pizarro que se iba a alzar con el reino. Aquella apasionada versión pasaba, sin embargo, a ser prueba definitiva en el Consejo Supremo de Indias, donde la esgrime victoriosamente el Licenciado Lope García de Mendoza, determinando la condena a la miseria y el olvido a Garcilaso y sus familiares. Nunca obtiene el Inca un favor real, aun cuando haya servido a su costa en los ejércitos de Navarra y de Granada, aun cuando don Juan de Austria lo recomiende. Nunca quisieron saber de él poderosos parientes como los Condes de Feria y Duques del Infantado. El joven Marqués del Priego don Pedro corta con él toda relación y habría perdido sus últimos dineros si los censos que el Marqués viejo impuso en sus bienes no fueran irredimibles. Ningún valimiento alcanza y tiene que renunciar al mandato de sus parientes indios que le encomiendan la gestión de sus peticiones. Vive en modestia y digna pobreza, retirado en Córdoba. A nada aspira, mucho menos a volver a su amado terruño, del cual se siente exilado para siempre. ¿Habría de volver, se lo permitirían por un instante después del crimen de Francisco de Toledo, el frío asesino de Túpac Amaru, el implacable exterminador de la nobleza incaica, que manda a morir en climas insalubres, en el abandono y la miseria, a los últimos retoños del árbol imperial, sin perdonar a dos tiernas niñas de pocos años que salva la caridad del arzobispo Jerónimo de Loaiza? Desterrado para toda la vida, hubo de componer su existencia dentro del medio extraño, introvertiendo su propio mundo, su Cuzco, su Perú, su América, en feliz hora, porque así crearía esplendente, deslumbrador, el Perú eterno de sus páginas magistrales.

Con amargura, pero también con estoicismo se resigna a

su suerte y escribe aquellas ejemplares frases: “(se refiere a la fortuna), cuyos disfavores y persuasiones me han forzado a que la huyese y me escondiese en el puerto y abrazo de los desengañados, que son los rincones de soledad y pobreza”. Su retiro es como una protesta, lo aprovechará no él sino el porvenir de su patria y de la humanidad entera.

Allí, como un sacerdote de la justicia, consciente de su papel y de la trascendencia de su obra, se impondrá como regla de acero estos mandatos que deberían ser norma universal. “Ni en abono, ni en el mal suceso de nadie—dice—, pretendo adular a quien quiera que sea, añadiendo o quitando de lo que fué y de lo que pasó en hecho de verdad. La Historia manda y obliga a escribir verdad so pena de ser burladores de todo el mundo, y por ende infames”. Con tan austeras sentencias, inicia el Inca su magisterio. Hay en él toda la grandeza y majestad de sus mayores los reyes del Perú. Su entereza moral es de granito.

Y comienza a desenmascarar a los falsarios. Son de fuego estas frases con que termina su verdadera relación del drama de Cajamarca: “El General español y sus capitanes escribieron al Emperador la relación que los historiadores escriben; y en contrario, con grandísimo recato y diligencia, prohíben entonces que nadie escribiera la verdad de lo que pasó, que es lo que se ha dicho”. En cada capítulo, casi en cada página, estampa una rectificación, un desmentido, a cuantos historiadores españoles escribieran hasta entonces. Lo hace con comedimiento e hidalguía. Pero bajo aquel cendal con que él cubre cuanto escribe palpita, como su corazón de indio, el espíritu rebelde que no supieron descubrir quienes entonces lo leían, que ahora se yergue y adquiere su prodigioso sentido. Diestro en la dialéctica de los varones rectos que no aplasta la fuerza opresora, circulan aquellos conceptos que en su tiempo, como dice la Real Orden Reservada, “se les creyeron inocentes”. Sabe ocultar el Argos inquisitorial, con hábil manobra, el blanco de sus ataques. Desorienta, con fintas sútiles, a los persecutores de la herejía que, oh sancta simplicitas,

dejan libre de censura los párrafos vitandos y errando la presa entregan como pieza cobrada la inocente traducción de los Diálogos del Amor de León el Hebreo. No sin risueño comentario, el astuto indio que comprueba el chasco, anota que aquello “anda traducido en todas las lenguas hasta en el lenguaje peruano” y todavía, con irónico acento subraya: “por lo cual con JUSTO acuerdo la Santa y General Inquisición de estos reinos, en este último expurgatorio de libros prohibidos, no vedándole en otras lenguas lo mandó recoger en la nuestra vulgar, porque no era para vulgo”.

Y muy seriamente agrega (muerto de risa interior): “aunque después acá he oído decir que ha habido réplica sobre ello, y porque estaba dedicado al Rey N. S. Don Felipe II que Dios haya en su gloria”.

Recordaba el cazurro perulero que una noche en el Escorial fué leída la traducción que él hizo y que tuvo la virtud de alejar la murria de aquellas veladas, así sólo fuese por unas horas.

Admírase con razón Riva Agüero que pasase sin reparo aquella “invectiva tan vehemente aunque sorda y disfrazada” que el Inca estampó con todas sus letras en el capítulo IV, libro II de la Primera Parte de la Historia de la Florida, cuya referencia a los recientes sucesos de Aragón era indudable. Vale mucho la entereza de quien se atrevió a escribir de esta suerte:

“Príncipes y reyes que se preciaban del nombre y religión cristiana, los cuales después acá, quebrantando las leyes y fueros de sus reinos, sin respetar su propio ser y grado, con menosprecio de la fé jurada y prometida, sólo por venganza de sus enojos y por haber los ofensores, han dado inocentes por culpados, cosa indigna y abominable, considerada la inocencia de los entregados y la calidad de algunos de ellos, como lo testifican las historias antiguas y modernas, las cuales dejaremos por no ofender oídos poderosos y lastimar los piadosos”.

Habría que recurrir al Padre Mariana para encontrar algo semejante. Nuestro Inca era capaz de tal coraje.

¿Cómo procedería para señalar el camino de vuelta al Perú libre, al Perú dueño de sus destinos, a aquel Perú glorioso de sus ensueños? Ni intentarlo siquiera como una conclusión de la Primera Parte de los Comentarios. El Imperio moría con sus últimos réyes.

Tampoco era viable programar una acción política. Ni por asomo. Sagaz y sutilísimo, había de valerse de acontecimientos históricos ajenos, si nó contrarios, al parecer, a su recóndito ideal. Utilizaría—con cuanto ingenio—la rebelión de Gonzalo Pizarro. De él y de su maestro de campo y gran consejero haría las figuras centrales en el teatro del pasado, con la virtud de proyectarse sus reflexiones sobre el porvenir.

Amnistiaba a Carbajal y aun a Gonzalo de cuantos males causaron directa o indirectamente a los suyos, para conseguir que en ellos sólo resaltara lo que constituía su esencial interés: lo que pudo ser, lo que podría ser alguna vez, su amada patria, independizada del yugo peninsular. En los largos capítulos de la insurrección gonzalista vibra la simpatía del Inca, a pesar de Bachicao, el cobarde asaltante de la casa materna. Muchas veces está a punto de descubrirse; pero se impone la cautela y el hábil cronista repasa una y otra y otra páginas del manuscrito no sea que la inadvertencia o el descuido le hagan decir más de lo que sólo es dable ofrecer a los buenos entendedores. Protesta una y muchas veces su imparcialidad y sobre todo, en tratándose del Demonio de los Andes, tan simpático para él desde sus niñeces, aunque no lo diga, se esfuerza porque cuantos le lean queden convencidos de su justicia y rectitud. Hablando de lo acertado que fué el consejo de Carbajal a Gonzalo, dice: “para decir lo que hizo aquel día que no anduvo tan desatinado, como uno de los autores le hace, sino muy en contra, como yo lo diré, no por obligación de beneficios, que cosa mía hubiese recibido de Francisco de Carbajal, antes deseó matar a mi padre después de la batalla de Huarina y procuró hallar causas para ello, sa-

cadadas de sus imaginaciones y sospechas, y conforme a esto antes había de decir yo mal de él que volver por su honra; pero la obligación del que escribe los sucesos de su tiempo para dar cuenta de ellos a todo el mundo, me obliga y aun fuerza, si se puede decir, a que sin pasión ni aflicción diga la verdad de lo que pasó, y juro como cristiano que muchos pasos de los que hemos escrito los he acertado y cercenado por no mostrarme aficionado o apasionado en escribir tan en contra de lo que los autores dicen, particularmente el Palentino que debió ir tarde a aquella tierra y oyó al vulgo muchas fábulas compuestas a gusto de los que las quisieron inventar, siguiendo sus bandos y pasiones”.

Y con este largo introito, pasa nuestro Inca a ocuparse de la Revolución que, comenzando por ser, como en efecto fué, una algarada de ricos terratenientes que protestaban contra las Nuevas Leyes, esas Leyes que, en apariencia, vendrían a redimir al pueblo indio, maduró hasta convertirse en el primer movimiento de independencia nacional que sólo frustró la poquedad o la indecisión de su jefe.

Debió nuestro Inca descubrir la entraña de este trascendental carácter de la rebelión gonzalista para dedicarle su simpatía y preferencia palmarias, por encima de toda consideración, la afectiva en primer término, puesto que sufrió en sí mismo y en los suyos los rigores de aquellos trágicos días. Es indudable y ahora lo vemos más claramente que estuvieron en lo cierto quienes incitaban a Pizarro a fundar el reino del Perú. Si con los inmensos recursos que concentró en sus manos Gonzalo y la adhesión descontada del pueblo indio, se da el gran paso histórico, el triunfo habría sido inconmovible y casi trescientos años antes de la Guerra de la Independencia, el Perú, es decir una mitad de Sudamérica, habría constituido un poderosísimo Estado soberano. El rumbo de la historia habría sido otro muy distinto; pero, un hado adverso frustra en el Perú todo movimiento de gran estilo.

“ Toda la tierra estaba por Gonzalo Pizarro”. Procurador, Gobernador, árbitro en fin, con ejército y armada, con

cuantiosos capitales, puestos por entero a su disposición, que la guerra era un juego del todo por el todo. Hasta la vesania de Blasco Núñez de Vela estaba a su servicio. Se habían conjurado todos los factores favorables.

Bien lo merecía, porque Gonzalo, a diferencia del hermano Gobernador y aun de Hernando, era hombre generoso y cabal. Son palabras del Inca estas que trazan el retrato moral del caudillo: "Gonzalo Pizarro, en la común opinión de los que le trataban de cerca y le conocían, era hombre de bastante entendimiento, ni caviloso ni engañador, ni de palabras dobladas, sino sencillo hombre de verdad, de bondad y nobleza, confiado de sus amigos que le destruyeron".

Son también suyas estas muy reveladoras frases; en las cuales—si bien se lee—ha de hallarse muy a las claras la simpatía de Garcilaso por la solución que aconsejaron reiteradamente a Gonzalo, sus principales amigos, como Carbajal y Puelles:

"Por no haberse atrevido Gonzalo Pizarro a **EMPREN-
DER UN HECHO QUE TAN BIEN LE ESTABA**, según sus amigos decían, entendiéndolo la gente común que era por falta de discreción y no por sobra de buen respeto a su rey, le notaron de falta de ánimo, y motejaron de cortedad de entendimiento.."

Son dignos de recordarse los razonamientos del Maese de Campo. Su texto es una página de política magistral: helo aquí, que conviene retenerlo: "Señor, muerto un visorrey en batalla campal y cortada su cabeza y puesta en la picota, y que la batalla fué contra el estandarte real de S. M. y que antes y después ha habido tantas muertes, robos y daños, como se han hecho, no hay para qué ya esperar perdón del Rey, ni otro concierto alguno, aunque V. S. dé sus disculpas bastantísimas, y quede más inocente que un niño de teta; ni hay para que fiar de promesas, ni de palabras por certificadas que vengan, sino que V. S. se alee y se llame Rey; y la gobernación y el mundo que espera de mano ajena se lo tome de la suya, y ponga corona sobre su cabeza, y reparta lo que hay

vaco en la tierra, por sus amigos y valedores; y lo que el rey le da temporal por dos vidas, se lo dé V. S. en mayorazgo perpetuo, con título de duques, marqueses y condes, como los hay en todos los reinos del mundo, que por sustentar y defender ellos sus estados, defenderían el de V. S. Levante órdenes militares con nombre y apellido de los de España, o de otros santos sus devotos, con las insignias que por bien tuviere, y para los caballeros de los tales hábitos señale rentas y pensiones de que puedan comer y gozar por sus días, como lo hacen en todas partes los caballeros militares.....”

Y para atraer a los indios a su servicio y devoción, para que mueran por V. S. con el amor que a sus señores Incas tenían: tome V. S. por mujer y esposa la infanta que entre ellos se hallare más propinqua al árbol real...

Demás desto tendrá V. S. del Inca no solamente todo el oro y la plata que los indios sacaren en este Imperio, pues ellos no lo tenían por riqueza ni tesoro, sino también todo el tesoro que tienen escondido (como es notorio) de los reyes sus antecesores, que todo se lo dará y entregará a V. S., así por el parentesco como verse restituído en su majestad y grandeza, y con tanto oro y plata como la fama dice, podrá V. S. comprar a todo el mundo si quisiere ser señor de él, y no repare V. S. en que le digan que hace tiranía al rey de España que no se la hace, porque como el refrán lo dice, no hay rey traidor. Esta tierra era de los Incas, señores naturales de ella, y no habiendo de restituírsela a ellos más derecho tiene V. S. a ella que el rey de Castilla porque la ganó por su persona, a su costa y riesgo, juntamente que sus hermanos; y ahora en restituírsela al Inca, hace lo que debe en ley natural; y en quererla gobernar y mandar por sí, como ganador de ella, y no como súbdito y vasallo de otro, también hace lo que debe a su reputación, que quien puede ser rey por el valor de su brazo, no es razón que sea siervo por flaqueza de ánimo. Todo está en dar el primer paso y la primera voz... Muera V. S. rey y no súbdito ” &.

La carta de Francisco de Carbajal contiene una filosofía política del más puro estilo maquiavélico; no en vano se le hace originario de la casa Borgia... Miradas las cosas con la perspectiva histórica, no se puede menos, como se dijo ya que admirar el pensamiento genial de quien propuso, con agudísimo talento, la solución de esa hora. Más, para Garcilaso Inca, no perdía su valor la fórmula de Carbajal, sobre todo cuando propone un estatuto que conciliaba a los dos Perús que en ese instante adquirirían contorno, y cuyo texto, extraído de la carta, y con prejuicio de su integridad y lógico enlace, reproducimos en seguida para destacarlo aun más. Dice así:

“Envíe sus embajadores a las montañas donde está encerrado el Inca heredero de este Imperio, pidiéndole salga a restituírse en su majestad y grandeza, y que de su mano dé a V. S. por mujer a la hija o hermana que tuviere; que bien sabe V. S. cuánto estimará aquel príncipe su parentesco y amistad; y además de ganar el amor universal de todos los indios con la restitución de su Inca, ganará V. S. que harán muy de veras lo que su rey les mandare en vuestro servicio, como alzar los bastimentos, despoblar los pueblos, cortar los caminos por donde quiera que sus enemigos quisiesen acometer a V. S.; en fin, serán todos los indios de vuestro bando, que no ayudando ellos a los contrarios de V. S. con bastimentos, ni con llevar cargas, no pueden prevalecer ni ser parte en esta tierra; y el príncipe se contentará con el nombre de rey y que sus vasallos le obedezcan como antes, y gobierne en la paz a sus indios, como hicieron sus pasados, y V. S. y sus ministros y capitanes gobernarán a los españoles y administrarán lo que tocare a la guerra, pidiendo al Inca que mande a los indios, hagan y cumplan lo que V. S. ordenare y mandare; y entonces tendrá seguridad de que los indios no le engañen, ni sean espías dobles, como ahora lo son, sirviendo a el un bando y al otro”.

Impresionó profundamente, el consejo a Gonzalo que desde entonces llamará Padre a Carbajal; pero, por desgracia para él y para el Perú, no supo seguirlo, perdiéndose la

oportunidad histórica de constituir el gran Estado Independiente que nunca se pudo formar.

Cómo debió agigantarse ante el Inca Garcilaso la señera figura de Francisco de Carbajal. Aquel temible gerifalte de su visión infantil cuando le contemplaba medroso, vestido con su albornoz morado y puesto a la cabeza su gran sombrero de plumas, caballero en su mula de color entre pardo y bermejo. Cómo crecía en su afecto y admiración y se esfumaba para él todo rencor.

Sombras femeninas

A más de los sesenta años comienza a escribir "Los Comentarios" el Inca Garcilaso. No hay, no podía haber resabios galantes en quien, por su edad, no pensaba en tales desvaneos. Escribe casi como un monje si no fuera por el rescoldo lírico que hace revivir las llamas de su amor pánico por la tierra nativa y de su pasión inextinguible por su raza antigua y ahita de gloria.

Pocas mujeres pasan por el libro. Son matronas virtuosas, prudentes y exiguas de belleza, en unos casos. Ladinas como la comadre de Carbajal o discretas como la esposa de Nicolás Ribera el Viejo. Sólo una vez habla de la "moza hermosa" que desde su balcón miraba a la calle y atrajo y sedujo tan ardorosamente a su compañero. Pero Altamirano, que no atinó a sofrenar el caballo que montaba y fué a resbalar por la grupa, sin daño para él, por la nobleza del animal, que a tiempo se detuvo. Pasan borrosas figuras tan interesantes como la mujer de Francisco Hernández Giron. Anónimas las señoras que formaban el concurso en el matrimonio que este caudillo interrumpió con su desgraciada aventura soldadesca.

En cambio y pese al peso de sus sesenta y tantos largos años, aligérase al recuerdo de alguna india que él vió, de alguna otra que le contaron y luego aquellas míticas del tiempo incaico. Con entusiasmo de mocedad, escribe, refiriéndose a la mujer de Sayri Túpac:

“Era hermosísima mujer y fuéralo mucho más si el color “trigueño no le quitara parte de la hermosura, como lo hace “a las mujeres de aquella tierra que por la mayor parte son “de buenos rostros”.

¿No le pondría el alma en un hilo contemplarla? En Yucay o en el Cuzco debió cultivar relación con aquella princesita de dieciseis años.

Habla de una hija o sobrina de Francisco de Miranda que casóse en casa de Garcilaso el capitán, la cual fué “mestiza que fué muy mujer de bien”. Quiso decir honesta.

Pero por honestas que fueran, era difícil librarlas de Diego de Carbajal el Galán, aquel tenorio de quien cuenta el Inca que hizo fechorías en la ciudad del Misti, provocando tragedias, que hubo muchas mujeres que se envenenaron, “como la buena Lucrecia”.

No hablaba bien sino con ironía del casamiento de las viudas ricas, como la de Alonso de Toro con el secretario de la Gasca, aquel don Pedro López de Cazalla, de quien se dice que escribió una crónica muy erudita que se ha perdido. Refiere las segundas nupcias de su tía la Palla Beatriz que, muerto Bustinza, su primer marido, se niega a casar con el Siracamayoc (o sastre) Diego Hernández, y cuando, por intervención de Paullu, acepta por fin, responde a la sacramental pregunta de “si lo quiere por su esposo y marido”, con aquella cazurra evasiva muy india:

“Puede que lo quiera

Ichach munani.

Puede que no lo quiera

Ichach mana munani.

En cambio dice que Francisca, la hija del viejo Pizarro el Gobernador “salió una valerosa mujer” que casó más tarde con su tío don Hernando. No olvidará en sus reminiscencias a aquella Ceres hispana, doña María de Escobar que introdujo el trigo en el Perú y que él conoció.

No quiere nombrar a las mujeres casadas de España que se resisten a venir a Indias y prefieren perder sus encomien-

das “por no dejar a Sevilla que es encantadora de los que la conocen”. El quiere guardar de esta manera “la reputación y honor de todos”. Pero, poco más adelante escribe, refiriéndose al matrimonio forzoso que establecieron las autoridades: “y a muchos de los pretendores les señalaron las mujeres con quien habían de casar, que como el Virrey no las conocía, las tenía a todas por muy honradas y honestas, pero muchas de ellas no lo eran”.

Y asocia a aquellas **pampawarmi** que vivían fuera de poblado en tiempos del Imperio. Amor libre y también amor muy ardiente, como el de aquella hembra, que acude al reclamo del tañedor de quena y que al ser detenida por un español, le ruega:

‘Señor: déjeme ir donde voy, sábete que aquella flauta que oyes en aquel otero me llama con mucha pasión y ternura. de manera que me fuerza ir allí; déjame, por tu vida, que no puedo dejar de ir allá, que el amor me lleva arrastrando para que yo sea su mujer y él mi marido’.

Se le ocurre a quien sigue el paso de esta biografía preguntarse si el Inca Historiador fué misógino. Nada hace sospecharlo, aun cuando nada tampoco lo contradice. Guarda púdico silencio sobre el escabroso tema. No tratándose, sino en mínima parte, de relatar asuntos autobiográficos, no cabía dentro de los límites y la naturaleza de sus libros hacernos la confidencia de sus amores felices o desgraciados.

Pedírsele a un septuagenario casi y por añadidura eclesiástico sería impertinencia. Por qué no pudo ser como los demás, amigo de féminas alegres en sus andanzas juveniles. Capitán en Navarra y en Granada, indiano generoso en Sevilla “que es encantadora de los que la conocen”, con la escarcela abierta pudo tener más de una aventurilla. Mozalbate bien quiso en su tierra cuzqueña, cuántas mujeres de su linaje y aun mestizas, criollas o peninsulares pusieron el ojo en aquel Gomecillo Suárez de Figueroa, secretario del Corregidor, hijo mimado de uno de los más ricos encomenderos, jugador de cañas, ginete elegante y despierto ingenio.

Amor, hondo y verdadero amor no sabemos, ni se podrá saberlo nunca, si él profesó a alguien y si fué o no correspondido. No hay sin embargo, resentimiento o represión mórbidos que hiciera imaginar misoginia. El viejo excapitán, clérigo y, ahora inmortal analista, vive al calor de un hogar asistido por cuidados femeniles. Beatriz de Vega, su criada, Marina de Córdoba, su esclava morisca y María de Prados que él ha criado desde los diez años, harán menos invernales sus años postreros. La amada incógnita será solo una invisible sombra.

Será la Palla Elisabeth, la princesa madre, el símbolo venerado de la Mujer Unica, la sola imagen tangible en el alma crepuscular de Garcilaso.

“Entre armas y caballos”

Era Garcilaso un caballista mejor aún que un soldado. Pese a su capitanía, a los gratuitos servicios en Navarra y Granada y a los domésticos trofeos, no fué nuestro Inca un espíritu guerrero.

En cambio, es grande la afición que desde niño tiene por los caballos. La noble bestia despierta su imaginación infantil y no la olvida más hasta sus postreros días.

Cuando el Capitán su padre retorna de Los Reyes al Cuzco, rehénpreciado de Gonzalo, va a su encuentro a la espalda de uno de los fieles yanacuna de la casa hasta Quispicanchi, más de cuatro leguas de la capital incaica, pero vuelve, en la comitiva triunfante, ginete en manso rocín con su palafrenero indio. Apenas si contaba siete años. En las pesebreras del solar paterno, pulula entre caballos admirando su porte y color, sus cualidades y defectos, asesorado por albítares y caballerizos españoles y criollos, que los indios no abrazaron nunca tal oficio.

El jovenzuelo ha de lucirse en dos públicas ocasiones; jugando cañas en briosos corceles. Primero cuando se festeja la venida al Cuzco del Inca Sayri Tupac, a quien sorprende que uno de su linaje y tan muchacho domine así a la bestia que

mayor parte tuvo en el buen éxito de la Conquista. La segunda vez, mocito de dieciocho años, el Inca participa de la cuadrilla encabezada por el vecino y antiguo alcalde don Antonio de Quiñones. Monta un potrillo de tres años, con lujosos arreos y él viste como un noble. Preséntase al concurso con los de su grupo en esta ocasión solemne de jurar por rey a Felipe II el 8 de diciembre de 1557. Nunca había figurado aun su nombre en las crónicas. Pero, he aquí que en "Noticias Cronológicas del Cuzco" año el citado, enumérase los componentes de las dos cuadrillas jugadoras de cañas. Fueron estos:

1) Antonio de Quiñones, Jerónimo Castilla, Diego de los Ríos, Juan de Pancorbo, Juan de Sillerigo su hijo, Antonio de Marchena, don Carlos Yupangui Inca, Juan de Salas y Valdés, Gaspar de Sotelo, Gómez Suárez de Figueroa, hijo de Garcilaso de la Vega, Pedro de Orué, Juan de la Plaza, Juan de Isturizaga.

2) Juan Julio de Hojeda, Gómez de Tordoya, su cuñado, Gonzalo de Cabrera en lugar de Rodrigo de Esquivel por traer luto, Alonso Alvarez de Hinojosa, Mancio Sierra, Diego de Vargas que salió en lugar de Pedro López de Cazalla, su cuñado por estar enfermo de gota, Alonso de Loaiza, Martín de Meneses, Ordoño de Valencia, Fabián de La Torre, alguacil mayor, el contador Francisco Zapata, Miguel Sánchez. El solo enumerar tales nombres nos revela que alternaba nuestro Gómez con la flor y nata de aquella aristocracia encomendera.

Frecuentes viajes a los repartimientos y tierras del padre en Chinchay pujiu y Huamanpallpa de Cotaneras, excursiones por el deleitoso valle de Yucay y hasta una muy larga por Charcas, llegando a los Chichas, cerca a la actual frontera argentina, convirtieron al Inca en un hombre de a caballo, como lo fueran su padre y los de su linaje.

Pero, no es la utilidad sino un auténtico amor hípico el que inspira a Garcilaso, y a todo lo largo de sus narraciones

en Perú y Florida, surgen recuerdos que parecerían ingenuos si no acusaran una legítima afición por el caballo.

¿Quién no ha leído aquel poema de las aventuras de Hernando de Soto sin encontrar a cada instante como leal y generoso, compañero del hombre a su caballo? Oigamos estos párrafos inmortales:

“El de Gonzalo Silvestre (habla del caballo) era el más “cierto en el rastro y en hallarlo cuando lo perdían, mas no “hay que espantarnos de esta bondad ni de otras muchas que “este caballo tuvo, porque de señales y color naturalmente “era señalado para en paz y en guerra ser bueno en extremo, “porque era castaño oscuro, peceño, calzado el pie izquierdo “y lista en la frente que bebía con ella; señales que en todos “los colores de los caballos o sean rocines o hacas, prometen “más bondad y lealtad que otros ningunos, y el color castaño, “principalmente peceño, es, sobre todos los colores, bueno “para veras y burlas, para lodos y polvos. El de Juan de Ló- “pez de Cacho era bayo tostado que llaman zorruno, de cabos “negros, buenos por extremo, mas no igualaba a la bondad “del castaño, el cual guiaba a su amo y al compañero... De- “lante de todos ellos en gran trecho venía Núñez Tóvar, co- “rriendo a toda furia encima de un hermosísimo caballo ru- “cio rodado, con tanta roicidad y braveza del caballo y con “tan buen denuedo y semblante del caballero que, con sola la “gallardía y gentileza de su persona, que era lindo hombre “de la ginetá, pudo asegurar de todo peligro los dos compa- “ñeros”.

Se sorprende de la resistencia extraordinaria del animal a las tareas agotadoras de viajes y campañas a través y por encima de naturaleza tan áspera como la de este continente, y comenta: “Para que los caballos puedan sufrir el demasiado trabajo que en las conquistas del Nuevo Mundo han pasado y pasan, tengo para mí, con aprobación de todos los españoles indios, que acerca de esto he oído hablar, que la principal causa sea el buen pasto, del maíz que comen, porque es de mucha sustancia y gratísimo para ellos y para todo animal”.

El aprecio que el conquistador tenía por su caballo llegaba a la idolatría. Recuerda Garcilaso aquel episodio en que, después de una batalla, dice uno de los combatientes:

“—Todos cuatro salimos heridos, y yo fuí el más lastimado; porque la herida de mi caballo la tomara yo más aina en “mi persona por la falta que me hizo”.

Y el Inca historiador agrega:

“Era común dolor de todos los españoles que ganan el Nuevo Mundo, sentir más las heridas de sus caballos que la suya y así lo encareció este caballero”.

Muchas páginas después, recordando la batalla de Huarina, traza Garcilaso el cuadro de aquella hecatombe caballística. “Que fué tan cruel—dice—que otro día después de la batalla se contaron ciento siete caballos muertos (de ciento ochenta y dos que eran), en un espacio de dos hanegas de tierra, y fué mi padre quien los contó”.

Quien había de decirlo, años más tarde, que fuera también un caballo el origen de su descalabro en la Corte. El famoso “Salinillas”, del cual trataremos aparte.

Para concluir este capítulo de hípica garcilasista, no olvidemos que fué Almaraz el caballo en que huyó después de Pucará el rebelde Francisco Hernández Girón y que le llamaban Huancavelica a un caballo de Fulano de Coca, al cual caballo “porque le faltaba el aliento le horadaron las narices por cima de las ventanas”, cosa que espantó a los indios. Caballo y no su conocida mula fué la que arrojó por tierra a Francisco de Carbajal, en su huída después de Jaquijahuana. Era mediano y castaño algo vejezuelo que yo conocí—dice el Inca y le llamaban Boscanillo, había sido muy lindo caballo de obra”.

Mucho le impresionó el que montaba el Licenciado Cepeda que era castaño oscuro “e iba encubertado todo el cuello y pechos y caderas de cuero de vaca, galantemente aderezado, teñido de negro que parecía muy bien por la novedad del ornato”.

La nobleza del bruto encuentra en él frases de admira-

ción cuando salva, al detenerse en la carrera, una vez a un muchacho compañero suyo, muy enamorado que descuidó la dirección por contemplar a una "moza hermosa", y en otra oportunidad al noble caballero Juan Julio de Hojeda después de una acción de armas. Y aquel otro de Francisco de Ulloa que, desjarretado de una cuchillada de ambas piernas por encima de los corvejones, corre cincuenta pasos y más y caen muertos ginete y cabalgadura.

El niño está atento a todas estas historias y lancees y no olvida nunca todas estas particularidades ni aun el color de las caballerías.

Ya anciano, en España, no le faltan bien provistos pesebres, de donde ha de salir aquella cabalgadura que presta y nunca más devolverá, con dolor de su dueño, su compañero de infancia en desgracia Juan Arias Maldonado, hijo de Diego de Maldonado el rico. Cierra con él la historia de los caballos que conoció. "Y de aquel uso antiguo—recuerda nostálgico—se me pegó a mí algo que yo sabía herrar y sangrar los caballos de casa de mi padre, cuando se ofrecía caminar".

Entre armas y caballos pasó su juventud.

"Salinillas"

Cuando el Capitán Garcilaso, mal de su agrado, hubo de acompañar a Gonzalo en su campaña del norte, persiguiendo al virrey, iba sin blanca y en cabalgadura que no correspondía a quien era apuesto ginete de ambas sillas, airoso caballero que así le pintan cuantos le conocieron en su mocedad y aun en la edad madura. Fué en las vecindades de Quito que se le ofreció la ocasión de adquirir un hermoso caballo por la venta que le hizo un soldado apellidado Salinas.

El Inca Historiador refiere que la compra hubo de hacerla con préstamos en dinero y que el precio fué de 960 ducados.

En recuerdo de su primitivo ginete, "Salinillas" llamaron al noble bruto, y "Salinillas" fué inseparable de su nuevo

señor en todas sus accidentadas correrías, a través de sierras y desiertos, de valles y de páramos, de un extremo a otro del inmenso Perú: Bravo corcel de guerra, como paciente bestia "Salinillas" estuvo siempre a la altura de las circunstancias, luciéndose, como caballo de raza en las ocasiones solemnes, en los vistosos desfiles, en las entradas triunfales, con su bello juego de brazos, alta la testa, ruidoso de bufidos, piafante en las pausas. Sirvió a su amo con esa fidelidad y adhesión que tan admiradas son en rocinos y jamelgos, en potros y jacas, cualesquiera sean sus calidades. Demás está decir que el caballero se sentía orgulloso y agradecido y que no envidiaba los corceles ajenos por famosos que fueran.

"Salinillas" triunfó en Añaquito, entró vencedor a Lima, prosiguió hacia el sur hasta llegar a Huarina, donde había de darse la más encarnizada batalla que cuenta la historia de las guerras civiles.

Nunca se viera mayor carnicería y nunca la equina raza sufrió mayor desastre. Minuto a minuto la victoria y la derrota alternaban en uno y otro campo, y el propio caudillo esvo más cerca de la muerte que en ninguna otra oportunidad. Herido y maltrecho, sin caballo, quedó Gonzalo a merced de cualquiera, si en ese instante no se presenta en su auxilio el capitán Garcilaso, quien viéndolo en tal apuro, desmonta y salva al jefe sobre el lomo de "Salinillas". Hidalga y elemental conducta que, años más tarde, importara muy seria responsabilidad.

Pasaron muchos días y el Capitán quedó a pie, porque Gonzalo ni le devolvía a "Salinillas" ni le entregaba otra cabalgadura; Garcilaso, con resignación y para obligar al caudillo a que le restituyese su insustituible corcel, nada hizo por conseguir otro, hasta que sólo cuatro días antes de Jaquijahuana, vió entrar por el zaguán de su casona a "Salinillas". fué tanta su alegría que, como cuenta el hijo, "le pareció que se le había traído un angel del cielo"

En la triste desbandada final, frente a los ejércitos del

Rey, "Salinillas" condujo veloz a su señor al campo contrario.

Muchos años después, cuando ya no quedaba ni el recuerdo de "Salinillas" y su propio amo dormía en paz el eterno sueño, muy lejos del campo de sus hazañas, revive por obra de un meticoloso magistrado del Real y Supremo Consejo de Indias. Se está viendo una petición del joven Gómez Suárez de Figueroa, hijo del Capitán Garcilaso de la Vega.

Son fundadas las razones de la solicitud. Fueron grandes y muchos los servicios del Conquistador. Es justa la restitución de los bienes de la princesa incaica. El Consejo va a resolver favorablemente. Más, héte aquí que el Licenciado don Lope, lanza como un brulote el argumento de que no se puede recompensar a los descendientes de un traidor a la Corona. Sensación. El joven peticionario se turba, pero al recuperarse protesta. Es una calumnia. Su padre y señor fué leal, estuvo con Vaca de Castro, con la Audiencia, con la Gasca, siempre al servicio de S. M. Gonzalo Pizarro le hostilizó, mandó destruir su hogar, le privó de sus bienes, le retuvo prisionero tres años.

El consejero, airado, impuso silencio a quien se atrevía a contradecir la historia impresa. Ahí estaba, sobre el tapete, el libro de Diego Hernández el Palentino. Todo lo que el jovenzuelo ha dicho pudo ser cierto, se concede que lo fuera, y "Salinillas"?...

El Consejo mandó inscribir en el expediente el fatídico "No ha lugar".

La obra de Toledo

Es vano el intento de quienes quieren rehabilitar siniestros personajes históricos. Se cae, con frecuencia en el extremo incalificable por morboso, de trastornar los valores eternos. A nadie convencerá quien afirme que fué Nerón una buena persona.

En América está haciendo escuela el extraño propósito de santificar a los grandes bribones.

Por mucho tiempo abandonamos los nacidos en el Perú el escribir nuestra propia historia y hacer la crítica de los acontecimientos con el criterio y desde el punto de vista nacional. Vastas épocas de la vida peruana resultan así juzgadas por extranjeros, con el peligroso resultado de asistir impasibles a la más audaz adulteración de los hechos.

Animados por nuestra indiferencia, no faltan ahora libros que por allí circulan con aceptación en que se sostiene, por ejemplo, que todo el pasado del Perú precolombino es una fantasía. Nada de extraño que en la historia de la edad llamada "colonial" los peruanos resultemos ubicados en el limbo, ocupando toda la escena gigantes y cabezudos que lo hicieron todo. Nada que espante si en el período de la Independencia, impropriamente llamado de la Emancipación, sigamos igual suerte y ocupado otra vez el tabladillo por semidioses que no habían nacido aquí. ¿Qué pueblo es éste que se halla por completo ausente de su propia historia? Pero la verdad es otra. Es preciso llegar a los lindes del cretinismo para negar la evidencia de las grandes culturas peruanas precolombinas. Se hace necesario confundirse en la más letal servidumbre para desconocer la obra extraordinaria de nuestro pueblo bajo la dominación española, atribuyéndolo todo a los opresores. Precisa haber llegado a la más baja abdicación de la dignidad de pueblo y de hombres para consentir en que se crea que amábamos las cadenas, cuando antes que ningún punto del vasto imperio colonial fué en el Perú que tuvimos mártires y héroes por la libertad del Continente, que se sacrificaron mil veces, ofreciendo la lección más sublime de amor patrio que había de fructificar cincuenta años después. Se nos ofrece el caso del virrey Francisco de Toledo como candidato a la canonización.

El Inca Garcilaso de la Vega será citado como abogado del diablo. Mas, los partidarios del nuevo santo habrán de emprenderla contra él, tratarán de derribarlo, porque saben que es muy fuerte su alegato

En breves párrafos veamos qué dice el Inca acerca del Solón peruano. Relata la escena dramática entre Felipe II y el virrey Toledo, cuando éste de regreso del Perú visita al Monarca en su palacio.

“Recibió al Vizorrey no con el aplauso que él esperaba sino no muy en contra y en breves palabras le dijo: “Que se fue a su casa, que S. M. no le había enviado al Perú para que matase reyes sino que sirviese a reyes”. Con esto se salió de la presencia real, y fué a su posada bien desconsolado del “disfavor que no imaginaba”.

Admirable sanción que no se podía esperar del sombrío Felipe II. Mas, cuáles y cuántos no serían los crímenes que aquel Vizorrey cometiera para producir el enojo y el desfavor de su rey.

Garcilaso los enumera compendiosos “para no hacer odiosa nuestra historia”. Repitió acrecentada la monstruosidad de Cajamarca; superó en felonía a otro pretense santo, don Francisco Pizarro. Inmoló con frialdad viscosa, al inocente Tupac Amaru, todavía un niño. Esparció por todos los presidios de España y las Indias a cuantos descendían de los reyes incas, sin perdonar a niños y mujeres; los condenó a muerte lenta en inhóspitos parajes, con mayor crueldad que si fueran masacrados. Pero, esto no era sino el aperitivo de su obra nefanda, sorda, incruenta, hipócrita: sometió al entero pueblo indio al descuartizamiento, destruyendo sus pueblos, sus pequeñas aldeas milenarias, brotes naturales, como el árbol o el río, como la montaña o la fuente. Fundó las Reducciones. ¿Sabemos, por ventura, qué significó aquello para las anti-
quísimas comunidades aborígenes? Era el desgarramiento de su cuerpo social, la muerte de su espíritu colectivo, la extracción violenta de tierra y cielo idolatrados, el abandono de sus muertos. Pero, todavía la obra no estaba consumada. Era preciso borrar la memoria de ese pueblo mártir, adulterar, falsificar sus anales. Pretendía convertir en tiranos a los incas paternos, en usurpadores a los legítimos jefes de aquella gran

nación, para justificar, oh almas de leguleyo, el derecho de los monarcas de España al gobierno del Perú. Serían, entonces los redentores, los salvadores del pueblo contra la opresión incaica. Quedarían los pueblos indios bajo protección, convertido el territorio en una vasta "prisión protectora".

Comprendiendo que debía herir en el corazón para consumar la muerte del pueblo indio, se trasladó al Cuzco y en aquel solar de la nacionalidad peruana de todos los tiempos permaneció largo espacio, desenvolviendo sistemáticamente su tenebroso plan.

Sagaz y artero, ayudado de su cohorte de rúbulas inteligentes, como los Polo de Ondegardo, los Ruiz de Navamuel, los Loarte, de entendidos en ciencias profanas como Sarmiento de Gamboa y de teólogos de todos los jaeces, preparó la maquinaria para ir extrangulando metódicamente a los dueños de la tierra. Armazón sutilísima de normas de aspecto incaico muchas de ellas, forjó ese sabio instrumento que fueron las Ordenanzas de su nombre. Estaba consolidado el Virreinato.

El Solón aquel nos dejaba atados de pies y manos, inermes, en coma. Proceda tan minuciosa y precautivamente que influyó en la deportación, léase la muerte, a todos los hijos de españoles en princesas indias. (Ay de tí Garcilaso, si diez años antes no emprendes la fuga).

Pero el señor don Francisco de Toledo, segundón de la ilustre Casa de los Condes de Oropesa, no regresó a España con las manos vacías (tintas en sangre). Regresar así del Perú habría sido inconcebible, y regresar sin buena fortunita amasada en tan propicia ocasión no se lo habría perdonado su propio confesor. Don Francisco de Toledo entró a Sevilla con una flota muy cargada de fabulosos tesoros.

Garcilaso el Inca nos cuenta un episodio muy sabroso. Es este:

"No faltaron émulos que avisaron al Consejo de la hacienda real que sus criados y ministros habían cobrado su salario pesos por ducados que como eran cuarenta mil ducados, tomaban cada año cuarenta mil pesos y que por el

“largo tiempo que el visorrey había asistido en el gobierno
“de aquel imperio, pasaban de ciento y veinte mil ducados,
“los que se habían hecho de daño y agravio a la hacienda
“real. Por lo cual los del Consejo de ella mandaron embargar
“todo el oro y plata que don Francisco de Toledo traía del
“Perú, hasta que se averiguase y sacase en claro lo que per-
“teneía a la real hacienda. Don Francisco de Toledo viendo
“el segundo disfavor que igualaba con el primero, cayó en
“tanta tristeza y melancolía que murió en pocos días”.

No era para menos, porque lo que se llevaba del Perú aquel Solón no era menos de quinientos mil pesos de oro y plata, como el mismo Garcilaso lo apunta. Nuestro historiador ignoraba que Toledo había tomado también para sí, como rico botín, en la guerra contra el príncipe Tupac Amaru la vera imagen del sol, el Apu Punchau, contrahecha todo en oro y representando un niño como de doce años, así de porte natural. Y esto no es cuento ni presunción sino hecho probado, con fehacientes documentos, nada menos que una reclamación de los familiares de Toledo que reclamaban el sol... esta vez también antes de salir que no salió más del Tesoro Real, como bien se sabe.

Así era de santo y de sabio el Virrey don Francisco de Toledo. ¿Podrá actuar el abogado del diablo?

Garcilaso, clásico de América

Es universal y unánime el juicio exaltatorio de Garcilaso como literato. Podrían constituir un gran volumen los elogios que se le han dirigido en tres siglos. Por el consenso de la crítica puede ser proclamado el primero y más grande escritor de América: el primero en el orden cronológico y en la jerarquía.

Mejor que todos los clásicos españoles reunidos, no excluyendo a Cervantes, debería América adoptarlo como autor primigenio, la lectura de cuyos libros debería declararse obligatoria en la enseñanza desde sus primeros grados. No

tanto por la excelencia sin ponderación de su estilo sino por el contenido mismo de su obra. ¿Puede interesar a un genuino americano el tema del Quijote más que el argumento de "Los Comentarios"?

Si para la cultura universitaria es preciso y elemental conocer las obras maestras de los literatos de todos los tiempos y países, desde los clásicos griegos y romanos hasta Shakespeare, Cervantes y Goethe, para la cultura de América es piedra miliar Garcilaso el Inca, porque nadie antes que él ni mejor pintó la América en su paisaje ni describió la vida humana desenvuelta en él, desde los más remotos siglos. La emoción americana auténtica circula como potente savia.

Como estilo, Garcilaso aventaja a cuantos modelos pueden presentarse, porque logró introducir en la lengua castellana un soplo nuevo que la despojó de inútil grandilocuencia y decadente amaneramiento. Claridad, flexibilidad, sencillez adquirió en la pluma del ilustre cuzqueño.

Los "Comentarios" son también, en la forma, una revolución de independencia. Consagró Garcilaso con su estilo la autonomía indoamericana. Mucho antes que el autor del Quijote escribiera admirables cláusulas como aquella que comienza: "En las quiebras de las peñas y en los huecos de los árboles formaban su república..." etc., nuestro clásico trazaba estas líneas antológicas: "Para lo cual ha de saberse que en aquella primera edad y antigua gentilidad, unos indios había poco mejores que bestias mansas y otros muchos peores que fieras bravas". O aquellas otras: "De las grandezas y prosperidad pasadas venían a las cosas presentes: lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república".

Nadie, en unas cuantas palabras, dió la sensación de majestad y grandeza de los Andes como él cuando escribe: "Al levante tiene por término aquella nunca jamás pisada de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves".

Para qué multiplicar los ejemplos, si de principio a fin

“Los Comentarios” y la “Florida del Inca” son monumento perenne de belleza literaria. Fué Garcilaso el primero en llamar al Cuzco “La Roma en aquel Imperio”.

Cederemos la palabra al autorizadísimo Riva Agüero:

“(Garcilaso) no es sólo el primero de nuestros prosistas “en tiempo y en calidad, sino la personificación más alta y “acabada de la índole literaria del Perú”. Y agregará más “tarde: “El Inca Garcilaso es el más perfecto representante y “la más palmaria demostración del tipo literario peruano. “Un mestizo cuzqueño nacido al siguiente día de la Conquista, primero y superior ejemplar de la aleación de espíritus “que instituye el peruanismo, nos descubre ya en sí, adultas “y predominantes, las mismas cualidades, finura y templanza, sensibilidad vivaz y tierna pero discreta, elegante parquedad, blanda ironía y dición llana, limpia y donosa”..

Como Cervantes, Garcilaso fué un ingenio lego, como se apodaba entonces a quienes no se habían formado en universidades y academias. Autodidáctico meritísimo, aprovechó para cultivarse lo favorable de su aislamiento de la vida española. En su retiro de Montilla, durante sus estadas deleitosos en los alrededores de Córdoba, pudo refinar su espíritu con aprendizajes y lecturas que le eran indispensables para su técnica de escritor; pero la ausencia de magisteres conservó la autonomía de su experiencia, la frescura y la espontaneidad de su lenguaje, la originalidad de su estilo y pensamiento.

Riva Agüero, con el excepcional acierto que le asiste para juzgar al Inca, sintetizará en las siguientes palabras la figura intelectual del gran cuzqueño: “(entendimiento el suyo)... a la vez culto y medio incaico, prendado como todos los de su sangre, de un ideal de orden, regularidad y sosiego”, y encontrará en él todas las cualidades del genio clásico. Será el primero, con desconcertante anticipación, que escriba recuerdos de niñez y juventud, y el primero también—como lo observa Ventura García Calderón—que novela a la moderna, “enamorado del detalle expresivo”.

Y añadirá el mismo fino crítico: “Cincuenta cronistas han escrito con pluma rechinante o bien tallada las hazañas de sus contemporáneos: en ninguno hallamos, como en Garcilaso de la Vega Inca, el entusiasmo sin jactancia, la curiosidad por la anécdota pintoresca y precisa, la amenidad del “cronista”. La “epopeya en prosa” que imaginó y defendió Cervantes, la lleva a cabo un indio del Perú”.

Y cuando el venerable Markham examina los reparos hechos al Inca, concluye con este juicio consagratorio:

“Pero con todo, el Inca seguirá siendo autoridad importante en materia de historia peruana y fascinará perpetuamente a sus lectores con el encanto de sus reminiscencias personales que ninguna crítica logrará empañar”.

Y hasta el ascético e inflexible Menéndez Pelayo se retractará de cuanto dijo en menoscabo del autor de “Los Comentarios” que ya no sería para él una bella ficción sino el espejo de una poderosa realidad, una cabal obra de historia. En primer momento, pudo parecerle sólo fruto de exaltada fantasía, así era de deslumbrador el cuadro.

Si buscamos en la vida ya tan larga del Perú alguien que lo represente en la eternidad de los tiempos, un nombre y una obra que pudiera presentar en el concurso de la historia de la cultura humana, nadie sino el Inca Garcilaso lograría hacerlo con igual plenitud.

La misma proporción de sangre y de espíritu que formó la personalidad de Garcilaso, idéntica función psíquica y orgánica hallaremos en la personalidad del Perú que sólo podrá encontrarse cuando sepa que su esencia es india, que es indio el pedestal granítico y que lo demás que hace de él un componente de la sociedad contemporánea puede ser y es en efecto cristiano y español.

Garcilaso y Huaman Poma de Ayala

Al mismo tiempo que, en un lugar de España, el hijo de la princesa Isabel Chimpu Ocello Huallpa Tupac Yupanqui

escribía la historia de su patria, otro indio, Felipe Huaman Poma de Ayala, descendiente de los señores de Lucanas, Antamarca, Sircamarca y los Soras y príncipes de Chinchaysuyo, acometía igual empresa, con un empuje y una valentía verdaderamente épicas. Treinta años, más o menos el mismo tiempo que Garcilaso, empleó en preparar "Nueva Crónica y Buen Gobierno", esa montaña de inaccesibles flancos al mismo tiempo que bosque de lujuriosa vegetación. Si "Los Comentarios" son la suma y compendio del saber oculto, la historia de la reyecía cuzqueña, imperante cinco siglos, avasalladora y dominante en una mitad de América del Sur, "Nueva Crónica y Buen Gobierno" es un monumento de saber popular, la compilación más rica y variada del folklore peruano de los últimos años del Quinientos, cantera inagotable para el estudioso, selva virgen para el explorador de nuestra prehistoria.

Mientras "Los Comentarios Reales" pueden ser leídos de todo el mundo, puestos en las manos del niño y de la mujer, del labriego y del profesor, porque su límpido lenguaje es para todos ameno y comprensible, "Nueva Crónica y Buen Gobierno", es una obra para los especialistas, quienes precisan de conocer las lenguas principales del Perú antiguo así como la clave de esa pintoresca y sabrosa jerga indohispánica en que escribía el originalísimo indio sora.

Llegará un momento en que resulte más inteligible la "Nueva Crónica" y pueda hacerse más extensivo el placer inmenso que se experimenta en una excursión por sus páginas. Por mucho que sean interesantísimos los datos que ofrece sobre el Perú anterior a Colón, el más alto valor del libro está en la pintura grotesca, llena de picante ironía, de agudísimo humor, de la nueva sociedad que se va formando desde que los invasores asientan su planta en la tierra conquistada. Es el desquite más sangriento por la burla y el escarnio que pudo efectuar el indio, que se hace muy veladamente manifestó en las danzas satíricas como el *Sijlla* o en las escenografías de

mates y vasos de madera, en las coplas y cantares, en fin, en otras tantas manifestaciones del alma popular, verdaderas válvulas de escape al resentimiento de los oprimidos. Desde este ángulo, Human Poma enfoca aquella zona penumbrosa por la que apenas pasó nuestro Garcilaso.

Conviene, sin embargo, hacer perentoriamente una advertencia. Mientras "Los Comentarios Reales" se escribieron y publicaron en España, ante las narices del Rey—no importa que la primera parte lo fuera en Portugal—la "Nueva Crónica y Buen Gobierno" se escribió en el Perú y no se publicó nunca. No habría llegado a publicarse y es un verdadero milagro que el manuscrito no fuera quemado y felizmente se perdiera para reaparecer trescientos años después... en Copenhague.

Estamos seguros que una minuciosa confrontación entre Garcilaso y Huaman Poma en lo que a la historia índica se refiere dará por fruto una extraordinaria armonía y concordancia. El uno y lo otro se completan admirablemente. Muy a la ligera podría señalarse ya ese acuerdo en lo que a la historia de los reyes se refiere, así como en cuanto a las instituciones del régimen incaico, lo relativo a la organización económica y política, leyendas como la de la piedra que lloró sangre, o relatos sobre los orígenes como aquel que menciona a Tokay Kapac y Pinau Kapaj que ambos consignan, con exclusión de otros cronistas. En fin, que sería prolijo enumerar las coincidencias, lo cual viene a garantizar la verdad firmemente sentada sobre muchos aspectos de la historia incaica que va perdiendo, de este modo, el carácter de hipotética o erigida a base de meros indicios o conjeturas, para convertirse en materia concreta, en hechos comprobados, en efectivo acontecer histórico.

Garcilaso y Huaman Poma de Ayala, pese a sus apellidos compuestos, a su aparente filiación hispánica, son dos grandes indios, columnas de Hércules de la Historia Mayor del Perú.

Garcilaso quechuista

Los veinte años primeros de su vida pasan bajo la autoridad y la influencia maternas, en el ambiente hogareño que, entonces como todavía hoy, es en el Cuzco un ambiente indígena. El idioma de la intimidad, la lengua de la familia, es el quechua. A pesar de los cuatrocientos años trascurridos esta afirmación sigue siendo válida en gran parte de la sierra, pero sobre todo en el castizo solar del Incario.

Garcilaso hablaba, pues, el quechua como un indio. Y, emocionante prueba, después de cuarenta años de vivir en España, no lo ha olvidado, como lo reconoce el exigente Tschudi, cuando escribe: "De todos los cronistas españoles (?) era Garcilaso el que tenía más conocimiento del quechua".

En su proemio a los Comentarios, dice el Inca:

"En el discurso de la historia protestamos la verdad de ella y que no diremos cosa grande, que no sea autorizándola con los mismos historiadores españoles que la tocaron en parte o en todo; que mi intención no es contradecirles sino servirles de comento y glosa y de intérprete en muchos vocablos indios que como extranjero en aquella lengua interpretaron fuera de la propiedad de ella. Para atajar esta corrupción, me sea lícito, pues soy indio, que en esta Historia yo escriba como indio con las mismas letras que aquellas tales dicciones se deben escribir".

Refuta y rectifica a cada paso; pone en evidencia los errores lingüísticos de los flamantes quechuólogos españoles como cuando trata de Pachayachachic que el corrige Pacharurac, designaciones las dos impuestas por los adoctrinantes, desvirtuando el verdadero sentido del vocablo Pachacamac. Expresa que el único quechua clásico es el del Cuzco y que tan ignorantes son en este idioma, como los extranjeros, las gentes de otras regiones del Imperio que lo hablan corrompido.

Finalmente, con la honradez y modestia que son cons-

tantes en Garcilaso, confiesa su olvido del significado de algunas palabras. Emocionan por su sinceridad las siguientes frases: "Como se llama el tigre en la lengua general del Perú, se me ha olvidado, con ser nombre del animal más fiero que hay en la tierra. Reprendiendo yo mi memoria por estos descuidos, me responde que por qué la riño de lo que yo mismo tengo la culpa; que advierta yo que ha cuarenta y dos años que no hablo ni leo en aquella lengua. Válgame este descargo para el que quisiera culparme de haber olvidado mi lenguaje".

Pero ni aun esta palabra la olvida en realidad, porque líneas más abajo entre grandes dudas, cree que es Uturunco el nombre del tigre en quechua.. y acierta.

Los últimos reparos

La exhaustiva y vencedora defensa que Riva Agüero tiene hecha de la veracidad y competencia de Garcilaso como analista del Imperio Incaico, ha ahorrado todo esfuerzo posterior en tal sentido.

Sólo que prudentemente el autor de la "Historia en el Perú" formula salvedades y enuncia reparos que cautelan un tanto la imparcialidad de su juicio.

"No nos cansaremos de repetir—dice—que Garcilaso y "los de su escuela han exagerado mucho. Pero rebájese de "sus relatos cuanto se quiera, y siempre quedará un fundamento verdadero". Así en conjunto, como si dijéramos el bloque entero de la historia antigua del Perú, aparece, según las anteriores palabras, no poco inflado. ¿Se referirá Riva Agüero al muy alto nivel que alcanzaron las viejas culturas peruanas? Parece que sí. Cuando Riva Agüero escribe, entre 1910 y 11, precisamente casi treinta años atrás, la arqueología del Perú estaba en sus comienzos, no teníamos otro investigador que Max Uhle. Más, en el tiempo trascurrido, las pruebas acumuladas sobre la calidad superlativa de la civilización del Perú aborígen son de tal magnitud, como el más lego

puede apreciarlo en los grandes museos nacionales y particulares, que no cabe ya un juicio perorativo, si se procede con honradez y no se sirve inexplicables sectarismos.

“Donde más flaquea Garcilaso es en la religión indígena”—escribe Riva Agüero. Es uno de los reparos que ni él ha podido levantar, adhiriéndose a los que formulan. Y ese punto débil es, según los críticos, que Garcilaso sustentara la tesis de un monoteísmo espiritualista entre los Incas. En este caso, como en otros muchos, precisa distinguir entre el pensamiento religioso de la “élite”, de la Clase de Señores o del grupo que encarnaba y difundía el espíritu de la cultura incaica y las creencias populares, múltiples y distintas, que profesaban las muchas naciones que componían el Imperio. Una fué la teología del Cuzco y otra muy diferente la de las otras regiones que se le sometieron, y como la política de los Incas no tendía a desarraigar ni el idioma, ni la religión, ni las costumbres, ni el mismo gobierno local, es explicable que fuera difícil separar, discriminar, del denso conjunto, aquella doctrina que, por razón de clase, era mejor conocida por el Inca Garcilaso. Después del himnario religioso de los sacerdotes del Cuzco, cuyo texto han conservado tan completo los más diversos compiladores como Cristóbal de Molina el cuzqueño, Juan de Santa Cruz Pachacutic Salcamaygua y Felipe Huaman Poma de Ayala, no se puede quitar la razón que asistía a Garcilaso al sostener que sus antepasados concibieron un Ser Supremo, sin presencia visible, que podía estar en el cielo como en la tierra y que ellos invocaban como Creador. Una interpretación cada vez más en lo justo de las numerosas representaciones simbólicas que aparecen en el arte de los antiguos peruanos se aproxima a la concepción de un Gran Dios que anima todo lo existente y que se vale de todas las formas para hacer que se le presenta en todos los momentos y aspectos de la vida.

¿Quién puede hoy, con todo lo que la investigación ha avanzado, sostener que fuera fetichismo el de los Incas? Cuánta razón tenía Garcilaso al distinguir entre “latria” y

“*dulia*”, cosa que hace treinta años escandalizaba a su sabio defensor. Un estudio cada vez mejor dirigido sobre el acervo lingüístico, nos depara sorpresas extraordinarias, como ya comienza a percibirse con el examen del vocablo “*Viracocha*”, devuelto a su primitiva pureza e integridad de “*Apu-Kon-Ti-Ti-Wira-Kocha*”, Señor del Agua, del Fuego, de la Tierra, de todo lo creado... O la etimología sencilla—que ya nadie puede discutir—de Pachacamac, “El animador o fecundador de la Tierra”, el creador en su sentido más profundo.

Queda finalmente el último y más difícil de dilucidar: el problema histórico relativo a los sacrificios humanos. Garcilaso distingue con acierto entre el suicidio funeral de mujeres y servidores y la inmolación humana; niega esta última terminantemente. La totalidad de los historiadores participan de su criterio en cuanto se refiere al sacrificio de adultos pero no le acompañan en lo absoluto de su afirmación porque estiman que hay pruebas suficientes de que lo hubo de niños.

La investigación arqueológica podría inclinarse por este extremo; porque se han encontrado cuerpos de criaturas muy tiernas en las huacas y santuarios. El mero hallazgo tampoco es prueba sustantiva, mientras no se demuestre la inmolación. De todos modos, Garcilaso no mintió; pudo ocultársele esa práctica excepcional que repugnaba al nuevo espíritu.

Los Comentarios y su resonancia universal

Tarde como siempre la administración española se dió cuenta del profundo sentido revolucionario de la obra del Inca historiador. Recién por la resonancia interna y mundial que adquiriera comenzaron a leer en la interlinea y a interpretar la preterición. Fué necesario que una tremenda convulsión política remeciera desde sus cimientos el Estado español de Ultramar a finales del siglo XVIII con el levantamiento de José Gabriel Condoreanqui, para que los curiales des-

pertaran de su confiado sueño. “Son muchos los abusos—comienza diciendo la Real Orden Reservada de 21 de abril de 1782—de que están poseídos los indios de ese reino del Perú y demás provincias y de ellas han nacido sus costumbres detestables en muchos casos; entre el todo de sus desórdenes y entusiasmos es de notar muy principalmente la ninguna solemnidad y verdad con que se persuaden a que sus entroncamientos o descendencia de los primitivos reyes gentiles les da derecho a ser nobles y apellidarse Inca”. Y más adelante comprueba “este desorden envejecido y no reflexionado”.

¿Quién sino Garcilaso había exaltado la grandeza del reino fenecido y mostrara como el mayor timbre de orgullo descender de aquellos Incas buenos y paternos que tanto contrastaban con los Carlos y Felipes despóticos y crueles, máximos frutos de una corrompida reyecía usurpadora?

¿Quién sino el cuzqueño insigne criticó más valientemente la obra destructiva de los invasores, sembrando la semilla de justas reivindicaciones, de futuros e inevitables movimientos de conciencia étnica, de liberación política y cultural?

¿Quién sino él enrostró al bárbaro conquistador el crimen que cometiera arrasando un Imperio que era espejo y modelo de justicia, de probidad y de grandeza humana?

Nadie había osado hasta él poner a la América, al Perú sobre todo, a la misma altura de los pueblos próceres de todos los tiempos, comparando su civilización a las más antiguas y prestigiosas y sus reyes frente y por encima de los más eminentes de la historia universal. El estudio de sus instituciones, modelo de justicia social, había conmovido a los ingenios más agudos, a los humanistas esclarecidos de la orgullosa Europa, fecundando las conciencias libres hasta producir los primeros frutos del pensamiento revolucionario en vedada forma de Utopías y Ciudades del Sol.

Si en el Perú su libro era el evangelio de los oprimidos y la visión de la Jerusalén reconquistada de las razas nativas en Europa fué el germinal de las grandes renovaciones del pensamiento político y económico que, por caminos diversos

por rutas a veces contradictorias, hace su épica ascensión de siglos, que nunca fueron fulminantes los cambios sustanciales en el espíritu humano.

Decía la Real Orden Reservada con cauteloso acento:

“Igualmente quiere el rey que con la misma reserva procure V. E. recoger sagazmente la historia del Inca Garcilaso, donde han aprendido esos naturales muchas cosas perjudiciales y los otros papeles detractorios de los tribunales magistrados del reino que andan impresos de un tiempo en que se les creyeron inocentes, aunque nunca debió permitirse la profesía supuesta del prefacio de la historia; para este fin prevengo a V. E. de orden de S. M. se valga de cuantos medios regulares sean conducentes; aunque sea haciendo comprar los ejemplares de estas obras por terceras personas de toda confianza y secreto; y pagándolas de la Real Audiencia; pues tanto importa el que llegue a verificarse su recogimiento para que queden esos naturales sin ese motivo más de vivificar sus malas costumbres con semejantes “documentos” etc.

En este documento se refleja nítido el espíritu torvo, inquisitorial, pero a la vez pávido y tortuoso del gobernante español. Tiemblan los tiranos cuando un rayo de luz se filtra en lo que ellos quisieran tinieblas absolutas. Los hierros de las mazmorras no son suficientemente sólidas para la acción erosiva de las ideas. El Perú y la América encadenadas al poder tiránico de los reyes de España estaban abiertos—pese a todas las precauciones—a las nuevas doctrinas. Pero, con razón, más temibles eran las páginas de Garcilaso que llegaban al alma de los nativos que las disertaciones teóricas de los Rousseau, Montesquieu o D'Alembert. Habían de penetrar hasta las raíces mismas del mundo americano las palabras empapadas de emoción, vivas, con sangre india, que destilaban silenciosa, ocultamente, los “Comentarios Reales” del Indio que llamaba a sus hermanos, al mestizo y al criollo.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DR. ALFREDO
YEPEZ MIRANDA, EN LA SESION SOLEMNE CELEBRA-
DA POR EL INSTITUTO AMERICANO DE ARTE,
EN LA CASA NATAL DEL HISTORIADOR, EL
DIA 12 DE ABRIL**

Señores:

Traigo la voz del Instituto Americano de Arte, para rendir homenaje a Garcilaso Inca, en la casa solariega en la que pasara los primeros años de su vida, las instituciones culturales del Cuzco reunidas en este hogar, tributan su fervoroso homenaje de admiración al representativo más alto de la peruinidad, vivimos solemnes momentos de recordación al admirar al gran mestizo, que naciera para bien del Perú en el corazón de América, y expresara con emoción única la maravilla de nuestro paisaje y el hechizo misterioso de nuestra historia.

En Garcilaso tenemos el representativo espíritu del Cuzco, bloque de granito forjado por dos culturas y dos razas. Es el primer peruano que surge a la vida, como resultado brutal de dos civilizaciones rivales, es una nueva juventud que brota de las cenizas de la muerte, es un nuevo tipo vital, fundamento de nuestro pueblo, la sangre renovada de sus venas, sintió pasión por la tierra cuzqueña a la que cantó en páginas admirables, que se han hecho inmortales, por la grandeza magnífica en el vuelo de su pensamiento, y el suave perfume de sus plácidas descripciones.

Nuestra patria ha vivido largos períodos de despersonalización, ahora vuelve los ojos ansiosos hacia sus propias fuentes de originalidad y el alma creador, para vivir con una idiosincrasia peculiar que sea su más seguro camino de porvenir. Es por eso que si hace un siglo en 1839, en los primeros años de la república, el nombre de Garcilaso no sirvió aun de acicate para la función espiritual del nacionalismo, porque no lo

permitía la anarquía política de entonces, ahora se le dá, su justo valor y se reivindica su gloria como bandera triunfal del Cuzco y de América toda, porque sabemos que es necesario volver a nosotros mismos, volver a la tierra, para ser grandes y fuertes, las naciones que resisten las tragedias de la historia, son las que han ácerado su espíritu a la sombra de sus grandes hombres, que son el nervio y el corazón de los pueblos, y en esta América en plena formación espiritual, en proceso de creación no concluido aun necesitamos redescubrir los tesoros de nuestro patrimonio económico-moral y artístico para ser libres y originales, tal vez con una concepción nueva de la vida, que ponga término a las inquietudes que conmueven a la actual civilización occidental.

Por eso una institución de cultura como el Instituto Americano de Arte ha propiciado con todo entusiasmo la celebración de esta efemérides de trascendencia continental, para rendir homenaje a Garcilaso en la casa solariega que le sirvió de hogar en su ciudad natal, en esta casa que a través de cuatrocientos años, conserva todavía en la cantería de sus bases, la fortaleza de las piedras puestas por los artífices incas, y tiene también en sus muros y en el patio soleado, el recuerdo de la arquitectura española. En esta casa que será de hoy en adelante el templo espiritual del peruanismo, porque reunirá en su museo toda la tradición viva del pasado y tendrá en su Facultad de Letras la promesa de una juventud nueva, cada vez renovada, cada vez más peruana.

Al recordar a Garcilaso en su casa nativa, vinculando su nombre al solar, su persona a la casa, reunimos la grandeza de su nombre a la de su ciudad como un todo inseparable, nadie como Garcilaso tan unido a la historia y destino de su patria, siente en carne propia la tragedia en la que se convulsionara América. Es el cantor de un mundo, que desaparece para siempre, por eso la dulce nostalgia por un atardecer histórico que se esfuma en la sombra de los siglos. Garcilaso hace palpitar el alma incaica, en las páginas conmovidas por la desesperanza del poeta que quiere atrapar el pasado que huye. Nunca se es-

cribió un epitafio más conmovedor que este: "Cuando se perdió aquel imperio, cuando saquearon sus más preciadas riquezas y derribaron por el suelo sus mayores majestades; y solo quedaron algunos de sus hechos y dichos encomendados a una tradición flaca y miserable enseñanza de palabra de padres a hijos, la cual se va también perdiendo con la entrada de la nueva gente y trueque de señorío y gobierno ajeno".

El quiso retener ese imperio, para la posteridad y lo consiguió en los Comentarios Reales.

Mientras su espíritu se recreaba con las tradiciones que le relataban sus parientes como Inka Kusihualpa y Francisco Huallpa Tupac, sus ojos contemplaban absortos, las guerras civiles ensangrentando las calles del Cuzco sagrado y más de una vez oía el estruendo de los arcabuces resonando en las plazas solemnes con un eco trágico.

Fué cuando tenía seis años cuando se realiza, la conspiración de Gonzalo Pizarro, todos los leales a las autoridades huyeron a Lima, entre ellos el Capitán Sebastián Garcilaso, furioso Gonzalo hace saquear su casa, la que hubiera sido destruida al no mediar consejos y súplicas, con todo, la artillería desde la puerta de la Catedral tronó a través de Cusipata, Garcilaso oyó aterrado el estruendo que ensordecía y resonaba en la casa solariega, cesado el bombardeo, Garcilaso y los suyos viven ocho meses asediados hasta que la muerte de Alonso de Toro permite su salida fuera de la ciudad, es así como este niño de seis años es actor de las guerras civiles entre los conquistadores. Asiste también a las épocas de esplendor del orgulloso capitán en las que sienta a su mesa a doscientos comensales todos los días, tratándolos con magnificencia de príncipe, asiste también a la entrada triunfal de Gonzalo y sus ojos se recrean con las grandes fiestas celebradas en su honor, desde sitio preferente asiste al recibimiento de las huestes de la Gasca, pinta con relieves magníficos la varonil apostura del Demonio de los Andes o de Pedro Martín de Sicilia, así como la facha desgarrada de la Gasca. Hace de la tierra su religión, de su amor a ella un culto, son las páginas más hermosas y heu-

chidas de frescor aquellas en que describe “aquella nunca jamás pisada, de hombres, ni de animales, ni de aves, inaccesible cordillera de nieves” junto con esa majestad formidable que sabe expresar al describir los Andes, en la que parece que colocara moles sobre moles, sabe también recoger la ternura infinita de la queja amorosa como nos lo describe en el bello párrafo que dice:

“Aquella flauta que desde el otero me llama con mucha pasión y ternura”, expresión del dulce erotismo indio.

Antes de dejar el Cuzco visita las momias de los desenterrados emperadores, y coge la mano firme del gran Huayna Capac, este es el último recuerdo de su Cuzco, dar el adiós postero a la representación material del pasado, que tanto impresionó su existencia, dar su mano llena de vida nueva, a lo muerto para siempre, es el símbolo del Perú nuevo que se despedía del pasado.

Desde España ama más que nunca al Cuzco, la lejanía acrecienta su instinto de nostalgia y este mitimae, enclaustrado por la Geografía abre las ventanas de su emoción al recuerdo, volcando en sus libros la historia inmortal de su pueblo.

Garcilaso es el Herodoto de nuestra historia y el Homero de nuestra raza.

**DISCURSO PRONUNCIADO EN EL SALON DE ACTOS DE
LA UNIVERSIDAD DE SAN ANTONIO DEL CUZCO,
EN LA ACTUACION DEL DOMINGO 16, POR EL
MINISTRO DEL ECUADOR EN EL PERU Y
REPRESENTANTE DE LAS ACADEMIAS DE LA
HISTORIA Y DE LA LENGUA DE QUITO,
DOCTOR GONZALO ZALDUMBIDE**

Venir a esta ciudad insigne, a la que ya Garcilaso con su claro instinto de grandeza y perdurable acierto de expresión,

llamó "otra Roma", es para todos y en cualquier sazón uno de los más altos placeres del espíritu y de los sentidos. Y venir a honrar en su cuna, en tan solemne conmemoración como ésta, al primogénito de nuestras letras, al americano por esencia y por excelencia, es oportuno y bien venido privilegio. Particularmente adicto a este deber americano de honrar a uno de los primeros, al mayor analista de nuestros orígenes, al primer y mayor épico de la doble, dos veces noble, alcornia que al Perú da rango de excepción en la historia, las dos Academias de Quito han querido hallarse presentes en este recuerdo primigenio y me han honrado con su representación.

Deber de todo americano culto, consagrar a Garcilaso una hora de reminiscencia que tiene de ser esperanza, para seguir en espíritu la trayectoria que él dejó trazada como un zodiaco de la sombra incierta del pasado a la certidumbre del porvenir. Deber más particular era para Quito, cuyo nombre aparece tantas veces en los **Comentarios**, pues tan ligados estuvieron Quito y Cuzco. Del Cuzco a Quito, el camino del Inca, el Ingañán, como todavía llaman allá los naturales a los trozos que quedan de él, era trasiego constante de gentes y recíprocos menesteres, de autoridades e informadores de artesanos y traficantes de chasquis que hacían la carrera en 18 días; influencia de espíritu y costumbres, cimentada por el habla que los maestros especiales de la lengua Cuzco, como la llama Garcilaso, iban a enseñar, perfeccionar e imponer a lo largo del Imperio.

Y demasiado sabéis que uno de los mayores Emperadores cuzqueños se prendó de la tierra del Quito "por ser la primera que ganaba" el "mozo rico en hazañas", cual es el propio significado del nombre de Huaina-Capac. "En lo que mucho se aventajaron los indios del Quito, dice Garcilaso, porque le sintieron la afición que les había cobrado, la cual creció adelante en tanto grado, advierte el mismo historiador, filosofando, "que le hizo hacer extremos nunca usados por los Reyes-Incas, que fueron causa que su Imperio se perdiese y su sangre real se apagase y consumiese"... Así, serena y me-

lancólicamente se refiere el proveccto filósofo, al desgraciado, por ambicioso, Atahualpa, a quien el mismo Garcilaso, de rapazuelo, jugando con otros niños cuzqueños, solía en las calles del Cuzco cantarle pullas, imitando, con el nombre de Atahualpa, las cuatro notas del gallo.

Recibid, pues, de la hoy más que antes lejana Quito, esa hermana menor y modesta del Cuzco, este saludo fraterno. Y excusad el discurso; pues ante quienes han oído las magnificas oraciones con que se ha celebrado este centenario, ¿qué puede decir un profano?

Sobre todo, después del insuperable, exhaustivo elogio del Inca, hecho de mano maestra por su condigno continuador eruditísimo y justipreciador cabal de sus méritos, José de la Riva Agüero, cuya obra de reivindicación es cúpula de todo monumento al Inca.

A más de la tersa y atrayente imagen por él esculpida en el más puro mármol de la lengua, nos dió el incommovible basamento de su fama, en la polémica con el anciano Gonzálcz de la Rosa. Estatua y pedestal están ya labrados para las edades, en estos escritos de Riva Agüero, y mal se pueden desenlazar los nombres del uno y del otro, unidos por el amor del mismo suelo y la fuerza de la verdad.

Y qué decir en el orden literario, por lo que concierne a Garcilaso, de la parte de Ventura García Calderón, no sólo porque ha vuelto a poner al alcance de todos las mejores páginas del Inca, sino porque, de los primeros, desde mucho antes, al divulgar por lo alto, como él suele, una selección de la **Florida**, hizo de Garcilaso, en el estilo fulgurante y certero que es el suyo, la revelación, al público extranjero, de lo que significaba un caso como el de nuestro Herodoto.

Ya en su Historia de la Literatura Peruana lo definió en toda su originalidad. Y desde París ha seguido aquel infatigable servidor de las letras peruanas en el exterior irradiando, con su formidable capacidad de trabajo y eficaz poder de acción a todos los ámbitos, la gloria de los mejores nombres y obras peruanas. Ninguno como él para descubrir y definir,

con valentísima originalidad y propiedad, las características de autores, así ignorados como Espinoza Medrano o el enigmático **Lazarillo de ciegos caminantes**, que él no se resigna a no proclamarlo mestizo, como de los consagrados: Palma o González Prada o Chocano. Gracias le son dadas, a cada paso, en Europa, por sus servicios a los curiosos de nuestras letras.

Al dedicarle en su reciente, hermosísima colección, un volumen íntegro a su predilecto Garcilaso, ha hecho un beneficio muy oportuno. Mediante la fácil y nítida lectura del copioso volumen contentivo de sus mejores capítulos, el Inca hoy anda en lenguas por América, Francia y España, no con solo su nombre, que ha sido como el de tantos el de un ilustre desconocido, sino en toda su gracia inmarcesible de clásico siempre actual.

En Garcilaso hemos aprendido, y muchos desde niños, a amar y conocer con placer contrastado e igual, la América prehispana, que es también la nuestra y nuestra España de América, que es la España nuestra.

En el alma de aquel mestizo, de prosapia insigne por ambas progenies es donde, en efecto, vemos pasar, con el más sensitivo estremecimiento la dual emoción de la estirpe ante el espectáculo de su formación y destino.

El íntimo contraste, de sombras y luces alternas, que tan apta y cambiante vuelven nuestra sensibilidad histórica como en vaivén entre dos mundos igualmente propios y contrarios, es en el alma misma del historiador autóctono, donde más a lo vivo lo vemos oscilar, aclararse y augurar.

El hijo de conquistador y de princesa indígena, primer fruto feliz del injerto que iba a prosperar en las sucesivas generaciones fué por tan propicio concurso, la naciente conciencia de un mundo en formación casi contemporáneo de los sucesos que narra, tan vívida es su narración y tan singular y maravillosa la materia de ella, que él es no sólo el historiador, sino, y sin esfuerzo, el primer poeta, el primer novelista de América.

No se desdeñaba de nada porque todo lo de su tierra lo amaba. Fué el primero en el elogio descriptivo del maíz y de sus usos, de la quinua, del molle siempre verde y sus racimos refrescantes en una especie de hidromiel, “del árbol magüey y de sus provechos”, “de las legumbres que crecían debajo de la tierra”, “de la preciada hoja llamada “cuca” y del tabaco, de la cantuta y otras flores”, “de las diferencias de los papagayos y su mucho hablar”, y más cosas “que había en aquella tierra para el sustento, a fin de que no se confundan con las que no había, que después acá nos han llevado los españoles”. No de otro modo que éste, familiar y ameno, describió los dioses y leyendas y con respeto celebró a sus héroes. Por eso la historia y las letras le honran al par, en lo grande y en lo pequeño.

Singular figura. Arrullaron su cuna los cantos de la triste raza vencida, mientras afuera sonaban las dianas anunciadoras de nuevos triunfos de los castellanos. Oía a su madre y parentela materna contar los fastos de sus reyes Incas, y a las matronas cuzqueñas, desposeídas plañir tan infausta ruina. En torno y por turno, vástagos ya tronchados y supervivientes de la nobleza descendida de su cima y poderío nativo, acudían como a un velorio a recordar el pasado de ayer no más y ya para siempre ido.

Llenaban el alma del niño con la nostalgia de sus leyendas; y de mozo, como presintiéndose llamado a hacerlas perdurar, ávido de saber como predestinado a salvar del olvido tan alta gloria, interrogaba a todos, como más tarde a Gonzalo Silvestre para su crónica de la **Florida**.

Imaginémosle así: está oyendo, en las visitas a su madre, el plañidero relato del vencimiento y la agonía del Imperio, cuando en eso resonaba el tropel marcial de los caballos irresistibles, las voces y las espadas y las espuelas de los castellanos que regresaban de pacificar alguna provincia alzada.

Armas y caballos, soldados y palafreneros, letrados y capitanes, compañeros de su padre, maestros y amigos del mancebo, le eran la vida en triunfo; y el avisado mancebo gus-

taba de tratar con ellos del noble arte de la guerra, sintiendo plegarse su ánimo, a pesar de todo, a la irrevocable gloria irrupiente de los conquistadores. Más sabía de armas y caballos que de latines, confiesa él mismo.

Su heredado instinto de caballería, su mismo rango de hijo-dalgo, el ímpetu bullente de su propia mocedad y el sentido de una civilización indiscutiblemente superior aun en medio de su terror y dureza, sentido ya perceptible para su conciencia de historiador en ciernes, aminoraban en su alma el poder letal de la elegía materna. Sin embargo, a piedad y fidelidad lo llamaba, desde temprano, la desgracia ilustre que expiraba en su derredor.

En las páginas admirables de candor y fuerza de sus **Comentarios Reales**, infusa está y como manando de vertiente montañosa, toda la poesía de esta ínclita dualidad, de esa verdad siempre dramática del doble origen, tan sensible a toda alma americana, alma por fuerza mestiza, aun en el caso de pureza de la sangre, pues no sólo opera el mestizaje en la sangre.

De sangres y glorias contrarias y aún contradictorias está hecha nuestra América de hoy, varia y una y única, aunque múltiple. Unos tienden más, por simpatía o por prejuicio o por educación hacia lo indio, otros a lo blanco. En mi escuela de primeras letras, el buen maestro de escuela, de tipo ya desaparecido, que se había deleitado en la parte idílica y arcádica de los **Comentarios**, al enseñarnos la historia no se consolaba de la desaparición de esa era en que sólo veía la edad de oro, porque en ella el oro no era codicia. Nos enternecía sobre la suerte de los príncipes americanos coronados de halo tan infausto, le dolían la tradición y el dolo, revivían las escenas como un drama actual. El ingenuo maestro era un mestizo que debía su existencia a los sucesos que condenaba y sin los cuales no hubiera sido el que era.

Desventurado Montezuma, desventurado Atahualpa, crueles Cortés y Pizarro....

Sensibles, como todos los niños, a esa endecha mortuo-

ria, pero sensibles también a la épica de la conquista, defendernos no podíamos de cierta admiración y pasmo ante el valor sobrehumano de esos hombres blancos que hasta allí llegaron en buques fantasmas y pudieron ser arrollados y no lo fueron y se hallaron pronto crucificados entre la palabra dada, de caballeros, y su destino de conquistadores inverosímiles. Decapitar el Imperio les fué, en Méjico y Cajamarca, fatídica necesidad. Más, frente a la fatalidad de esa hora decisiva no todo fué alegría bárbara en esos civilizados. Patética perplejidad la de su conciencia de cristianos viejos, que aunque encallecida por la guerra y el hambre y la necesidad, por algún resquicio se les filtraba luz de compasión. Obedecieron a su misión por el lado más flaco y universal: el de la política necesaria. No de otro modo pereció Huáscar a manos del mismo Atahualpa. Y los hados de América se cumplieron.

Una tarde, sentado el que os habla en el umbral derruido de la casa de Pizarro, en Trujillo de Extremadura, sintió converger de pronto como a un solo punto de la conciencia todos esos pensamientos tímidamente incoados desde la escuela primaria.

Sí, ahí estaba la casa del porquerizo que de allí huyó a Andalucía y de allí se embarcó para las Antillas como Cortés, y de allí vino como Balboa hasta Panamá y de allí por la mar del Sur, a la gloria imperecedera. ¡Cuánta vida y cuánta gloria, cuánta, cuánta, nos había salido de Extremadura a dilatarse hasta el Cuzco! Con sólo enumerar nombres de lugares y gentes, que vasto panorama de historia, que ríos de múltiple sangre, que diversidad de almas, que imponente caudal de linajes de venturas y desventuras, de virtudes y vicisitudes, de fortunas y de infortunios, de creencias y de querencias, de costumbres y modos de pensamiento y de acción, no habían dimanado de la Peínsula entera, como de providencial inexhausta fuente, tras del pastor huidizo que vino a dar al Cuzco y que, muerto en Lima, todavía sigue presidiendo desde su túmulo, donde sólo en apariencia yace, el sucederse

de hombres y siglos conforme al empupje inicial con que el mismo imprimió nuestro rumbo a la independencia definitiva. Ha cuatro siglos que manda.

La magnitud y la enseñanza misma del Cuzco, no deben hacernos olvidar, como a ninguna hora lo olvidó Garcilaso, dechado de americano integral, la obra de España en América. Epoca prodigiosa que no se repetirá, la de la conquista y la colonia. "Los caballos eran fuertes, los caballos eran ágiles", dice Chocano en su Oda, como si, en comparación hasta los caballos de ahora hubiesen, como los hombres, venido a menos. Pasmosa fué, asimismo, la civilización incaica, civilización arquitectónica por excelencia y que hasta a su política dió una arquitectura de líneas amplias y rígidas; pero tampoco se repetirá. Grandiosas són estas ruinas del Cuzco. Pero, si no fuera porque aun superviven en torno y porque están unidas a nosotros por tantos vínculos, los vástagos de la raza que erigió estos testimonios de su poder, estos mismos monumentos ya inánimes, vaciados de su contenido a los ojos mismos del atónito Garcilaso, serían para nosotros tan yertos y ajenos como las ruinas de los caldeos o los asirios. Otra es ahora la vida aun para los mismos indios puros. Y todo intento de reviviscencia, por respetable que sea en lo sentimental es puramente ilusorio, o sirve de ingenuo móvil a abstrusos y aún más extraños mesianismos de tabla rasa. Ante estas ruinas cíclopes detengámonos por un momento a pensar también en el trabajo de Sísifos que es aún ahora la instalación material de la civilización en nuestras selvas y sierras todavía bravas. Imaginémonos que tuviéramos aún que hacer todo lo que los españoles nos dejaron hecho en nuestros campos y en las ciudades que nos legaron ya triseculares para honra y prez de la antes barbárica América. Decid si el ánimo no se doblega al solo considerar lo que supone esa lucha contra la distancia arisca, el tiempo lento y la naturaleza terca, en esa y que fué antes el Imperio del viento en la puna, de la soledad y aislamiento entre los peñascales. Todo el aspecto

habitable humano, civilizado en la ardua región andina de toda América, obra es de España o de su impulso se deriva.

Cuánto le debemos.

Pero ahí es nada, aquello de suponer que tuviéramos de rehacer o de improvisar todo el aparato el aspecto externo de la civilización urbana y campesina que ellos montaron transportándolo todo a lomo de tardas mulas o de indios. Lo trágico hubiera sido que nos hubiésemos quedado sin el irremplazante agente de intercomunicación espiritual con la Europa madre y maestra, sin esta lengua que nos permitió aprender y aprovechar y continuar el alma del mundo antiguo, adheridos ya al tesoro hereditario de la cultura de los siglos; sin esta lengua que nos incorporó de lleno a las corrientes del pensamiento universal.

En ella vertió al mundo su caudal el Inca Garcilaso. De poco le habría servido escribir en quechua. Figúremonos la diversidad de la vasta América, ahora una en alma y cuerpo, hablando babélicamente las lenguas de las Mayas, los Chipchas, los Caribes, los Guaraníes, los Araucanos y cien más naciones de gentiles, cómo entendernos entre nosotros mismos y con Europa.

La lengua, reflejo o espejo del alma, es lo que hermana más hondamente. Ocasiones como ésta en que se trata precisamente de un escritor de tan buena cepa, de habla sabrosa y abundante, de espontánea y fina sintáxis, incitan a parar mientes en cuanto entraña la virtud de un común idioma. Y que éste, que es ahora el nuestro, sea una lengua ilustre entre las ilustres, equivale a participar de su gloria y sabiduría en el acervo de siglos, como de herencia que ni España mismo pueda disputarnos.

Usamos uno de los instrumentos más poderosos con que haya contado la humanidad para el lento ascenso de la Verdad, a la belleza, al bien. Así no nos hubiera hecho España otro don que el de su idioma preclaro, gratitud infinita deberíamos.

Por obra de España, gracias a su lengua pudo Garcilaso mostrar su América a Europa y hacerla soñar en ella como en un refugio para la humanidad.

La transfusión de la lengua marcó para siempre el destino de nuestra América. Podrá ella, quizá, continuar llamándose, como Chocano:

Una mitad soy Inca, otra mitad Virrey...

Pero fué la marca virreinal, la lengua, la que había de imprimir su sello imborrable, en la sucesión de los tiempos.

Del lustre que dió a la lengua Garcilaso, testimonio es el elogio de Riva Agüero, elogio tan bello a su vez, que durará lo que la lengua en que está escrito. El amor al quechua, su lengua materna, aún dado que la hablara al par de la castellana no podía inducir al Inca a rendir culto a sus reyes en su habla propia.

Bien sabía que hablar en castellano es de suyo dar alcurnia al discurso.

Merced al lazo fraterno de la lengua, no es menester entrar a discriminaciones de los componentes de nuestra tan varia sangre para definir la a menudo indefinible raza, complejidad inextricable en ciertos casos, pero de resultado patente en la innegable comunidad. Patente está, aunque de orígenes indiscernibles, patente aún en el simple modo de ser, de pensar, de vivir y hasta de morir, este secreto de comunión americana.

Bien llamamos madre a España.—Hijos de su lengua somos. Quién infunde la lengua dá el alma: los vocablos son los moldes de la sensibilidad. No hace al caso cual sea la estirpe. Ni el indio puro de nuestras selvas deja de llevar este signo de haberse trocado su antiguo Imperio por otro mayor y más alto.

La docta y blanda resignación de Garcilaso es buena prueba de lo que debemos ser. Y este Cuzco arcaico en que se funde, crisol perenne el metal de las dos razas nobles por igual, no de otro modo ha resuelto el problema de su destino. Ciudades como ésta son ciudades con alma. Hablan al espíri-

tu tanto como a los sentidos. Ciudad como ésta rica de pasado en nación como ésta, rica de porvenir, da al Perú su envidiable prestigio. Desnudos de alma son muchos paisajes que agrandan a los ojos. Costumbre tenemos de celebrar la belleza de nuestra naturaleza. No dudo de ella, pero ríos y montes y valles, poco más o menos en todas las latitudes son parecidos. Otro es el ascendiente inconfundible del paisaje de historia, es decir de alma. Poco más imponentes y atrayentes con su misterio y con su verdad que éste del Cuzco. Y el alma toda del Cuzco, está en cifra y compendio en la obra persuasiva y emotiva del mayor y mejor de sus hijos.

NOTA.—La extensión de los artículos debidos a prestigiosos escritores con motivo del cuarto centenario del nacimiento de Garcilaso, nos obliga a reservarlos para otro tomo de la REVISTA.